SAN ANTONIO DE PADUA

ARCA DEL TESTAMENTO

Emiliano Jiménez

En tu palabra echaré las redes (Lc 5,5-7). En tu palabra, no en la mía echaré las redes. Mientras las eché en mi palabra no pesqué nada. ¡Lástima! Cuantas veces las eché en mi palabra, me lo atribuí a mí mismo y no a ti; me prediqué a mí, no a ti; prediqué mis palabras, no las tuyas. Por eso no pesqué nada; y si algo atrapé no fueron peces, sino ranas locuaces que me alabasen, lo cual es nada. Pero en tu palabra echaré la red. Echa la red en la palabra de Jesucristo quien nada se atribuye a sí mismo, sino todo a El; quien vive en conformidad con lo que predica; si así lo hiciere, la captura de peces será copiosa.

 De los Sermones de San Antonio

 INDICE (los números de página se refieren a la edición impresa)

INTRODUCCION 5

1. NI SANTO, NI ANTONIO, NI DE PADUA 9

2. CAMBIO DE NOMBRE 15

3. CAMBIO DE HÁBITO 21

4. CAMBIO DE DIRECCION 27

5. EN MONTEPAOLO 33

6. EL SERMON DE FORLI 37

7. PREDICACION EN RIMINI 41

8. ENSEÑANTE EN BOLONIA 47

9. EN FRANCIA CONTRA LOS HEREJES 53

10. MINISTRO PROVINCIAL 59

11. PADUA 65

12. EN ROMA 71

13. SERMONES 75

14. DOS SERMONES (Fragmentos) 83

15. HA MUERTO EL SANTO 89

 INTRODUCCION

 San Antonio de Padua es el santo más popular y, sin embargo, es el menos conocido de todos. Su imagen está presente en todas partes; como dijo el Papa León XIII, es "el santo de todo el mundo". "En efecto, dice Juan Pablo II, es difícil encontrar una ciudad o un pueblo del mundo católico en el que no se encuentre, al menos, un altar o una imagen del santo". La iconografía, con numerosos artistas anónimos y otros más conocidos han popularizado su imagen en estampas, pinturas o tallas, grabados populares...

 En todo el mundo se le venera, pero sus innumerables devotos desconocen casi todo de su vida. Por ello deseo presentar esta vida para mostrar su verdadero rostro, como aparece en la historia, en sus escritos, en su teología y en su espiritualidad. Pues Antonio, el "doctor evangélico", tiene mucho que decirnos a los cristianos de hoy. En él encontramos una palabra llena de gracia, proclamada a viva voz con la fuerza del evangelio, dirigida a todos con el deseo de regenerar la vida cristiana, "porque la palabra es semilla fecunda". El Papa Pío XII, en su bula Exulta, Lusitania felix, escribe: "El que recorra atentamente sus Sermones, descubrirá en Antonio un exégeta experto en la interpretación de las Escrituras... Y, puesto que Antonio tenía el hábito de confirmar sus palabras con pasajes y sentencias del Evangelio, con todo derecho merece el título de Doctor evangélico". Es la confirmación de lo que ya en vida de Antonio dijo el Papa Gregorio IX, al llamarle: "Arca del Testamento, en la que reposan las tablas de la Ley y los tesoros de la Sabiduría".

 Por ello, como decía Juan Pablo II, durante su visita al santuario de Padua en 1982: "Los tiempos cambian, pero los principios fundamentales permanecen inmutables. Es urgente anunciar al hombre de hoy el kerigma de la salvación inalterado en su contenido, y el sacramento de la reconciliación". Es el "binomio evangélico" de la predicación de Antonio. Ya Tomás Gallo, prior del monasterio de Vercelli, dio este testimonio de él: "San Antonio, con el que he tenido encuentros familiares, había penetrado los arcanos de la teología mística. Y, a ejemplo de Juan Bautista, que era 'una luz ardiente y brillante' (Jn 5,35), ardía con un fuego cuyo ardor iluminaba". Y en el mensaje de Juan Pablo II en el VII Centenario del nacimiento de San Antonio escribe:

Es necesario redescubrir con devoción sincera la persona de san Antonio, estudiar su camino espiritual, saber comprender sus virtudes y escuchar dócilmente el mensaje que brota de su vida... Toda su predicación fue un anuncio continuo e incansable del Evangelio sin glosa. Anuncio verdadero, intrépido, límpido. La predicación era su modo de encender la fe en las almas, de purificarlas, consolarlas e iluminarlas. Construyó su vida en Cristo. En efecto, enseñó de modo eminente a hacer de Cristo y del Evangelio un punto de referencia constante en la vida diaria... De la sed de Dios y del anhelo de Cristo nace la teología que, para Antonio, era irradiación del amor a Cristo... Espero que toda la Iglesia conozca cada vez mejor el testimonio, el mensaje, la sabiduría y el ardor misionero de un discípulo tan grande de Cristo y del Poverello de Asís. Su predicación, sus escritos y, sobre todo, su santidad de vida, ofrecen también a los hombres de nuestro tiempo indicaciones muy vivas y estimulantes sobre el compromiso necesario para la evangelización. Hoy, como entonces, urge una catequesis renovada, fundada en la palabra de Dios, especialmente en los Evangelios, para hacer comprender nuevamente al mundo cristiano el valor de la revelación y de la fe. La comunidad de los creyentes debe renovar siempre su conciencia de la perenne actualidad del Evangelio, reconociendo que, a través de su predicación, la figura del Verbo encarnado reaparece ante nosotros, como sucedió en la predicación de san Antonio, auténtica, actual, cercana a nuestra historia, rica en gracia y capaz de suscitar una intensa efusión de caridad sobrenatural en los corazones.

 Antonio, en su corta vida, en fidelidad sin reservas al Evangelio, supo poner por obra las orientaciones del Concilio IV de Letrán. En ello es un modelo para nosotros, llamados a llevar a las parroquias la renovación del Vaticano II. Tras la estela de Antonio podemos adentrarnos con su amor a la Escritura, para salir al mundo con esa Palabra hecha carne en nosotros y darla en las catequesis populares, para arrancar a los hombres del mundo estrecho y reducido de su vida, encaminándoles hacia la vida eterna, mediante el anuncio de la conversión a Cristo. Como dice él mismo: "El predicador riega el espíritu de los fieles con el agua de la palabra que salta hasta la vida eterna (Jn 4,4)". Juan Pablo II afirma la actualidad de san Antonio:

Antonio, durante todo el arco de su existencia terrena fue un hombre evangélico; y si lo veneramos como tal es porque creemos que en él se ha posado con una efusión particular el mismo Espíritu del Señor, enriqueciéndolo con sus dones admirables y moviéndole "desde dentro" a emprender una actividad tal que, siendo de gran intensidad en los cuarenta años de su vida, lejos de haberse agotado en el tiempo, continúa también vigorosa y providencial aun hoy en nuestros días.

 Antonio es, ante todo, hombre de oración, franciscano que vive en humildad y pobreza, en obediencia y castidad, estudioso apasionado de la Escritura y de los Padres, infatigable predicador. Evangelizador itinerante, no duda en marchar, primero, de Lisboa a Marruecos y, luego, todo el norte de Italia y el sur de Francia conocen la medida de sus sandalias. Con su testimonio vivo del Evangelio y de la fe en Cristo, nos invita a vivir "en la unidad de la Iglesia, asamblea de los fieles". Pero también nos dice que los verdaderos fieles son "los pobres de espíritu", los que "como la paloma, hacen su nido en el agujero de la roca, ocultándose en el costado abierto de Cristo. Sus cantos y melodía son las lágrimas y suspiros; y con las alas de la humildad y de la paciencia vuelan hacia la realidades celestes".

 La principal fuente de información sobre la vida y el mensaje de Antonio de Padua son sus propios escritos: Sermones para los domingos y las fiestas de los santos. Estos escritos, compuestos en Padua al final de su vida, no contienen indicaciones autobiográficas, pero nos revelan su profundo conocimiento y amor a la Escritura, su gran cultura teológica y de las ciencias, su carácter y personalidad dotada de una gran sensibilidad y de una fe firme, capaz de entusiasmos y de impulsos místicos. Los sermones reflejan su pensamiento y su persona. La imagen de Antonio, dibujada por su misma pluma, al darnos su vivencia personal de la Palabra de Dios, nos llevará a amarle más y mejor, al encontrar en él un camino de conversión a Dios. En el prólogo nos señala el espíritu y los deseos con que los escribe:

Así, pues, para gloria de Dios, edificación de las almas y, a fin de que quienes lo lean o lo oigan, hallen consuelo en entender la Sagrada Escritura, echando mano de ambos Testamentos, he compuesto estos Sermones con temor y pudor, sintiéndome incapaz de asumir una tarea tan grande; lo he hecho instado por las oraciones y el afecto de los hermanos... He formado una especie de cuadriga, para que por ella pueda el alma elevarse, como Elías, de las cosas de la tierra y ser arrebatada al cielo, llevando ya aquí vida celestial. Y como la carroza tiene cuatro ruedas, de igual manera esta palabra se compone de cuatro elementos, relacionados entre sí: los evangelios de los domingos, las historias del Antiguo Testamento, según se leen en la Iglesia, los introitos y las epístolas de la misa dominical. He reunido estos temas relacionándolos entre sí según la gracia que Dios me ha concedido y mi pobre y limitada capacidad. Procedo como Rut, la moabita, en el campo de Booz: voy detrás de los segadores, tímido y avergonzado, recogiendo las espigas caídas.

 De ellos dice Juan Pablo II: "los escritos de san Antonio, tan ricos en doctrina bíblica, y en los que abundan las exhortaciones espirituales y morales, son también un modelo y una guía para la predicación. Entre otras cosas, muestran ampliamente hasta qué punto la enseñanza homilética, en la celebración litúrgica, puede hacer experimentar a los fieles la presencia operante de Cristo, que sigue anunciando el Evangelio a su pueblo para obtener su respuesta en la oración y en el canto (Cf SC 33)".

 En los Sermones, Antonio nos ha dibujado la realidad viva de su tiempo. Ciencia, arte, costumbres, ambiciones, pasiones y vicios, en suma, la vida de los hombres pasan como en una película ante nosotros. Pero hay en ellos algo más: el amor apasionado de Antonio a los hombres, penetrado por el amor de Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. La palabra de Antonio, recia y, a veces, ásperamente profética, siempre cálida y misericordiosa, es la voz de Dios en busca del hombre. Antonio actúa con el Espíritu de Cristo y, con Cristo, lleva a los hombres al encuentro con el Padre. Y este abrazo del pecador con el perdón del Padre se da en la Iglesia, en los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía. Cristo se halla vivo en la Iglesia. Cristo es cabeza viviente de la Iglesia, su esposa amada. Con amor de Esposo sigue hablando a la Iglesia en su Evangelio. Antonio se nutrió de la Escritura y vivió para la Iglesia. Es lo que nos transmiten sus Sermones. Por ello tiene actualidad hoy y la tendrá siempre. En él podemos hallar lo que el Concilio Vaticano nos dice:

La Iglesia introdujo en el ciclo anual el recuerdo de los mártires y de los demás santos, que, llegados a la perfección por la multiforme gracia de Dios, y habiendo ya alcanzado la salvación eterna, cantan la perfecta alabanza a Dios en el cielo e interceden por nosotros. Porque, al celebrar el tránsito de los santos de este mundo al cielo, la Iglesia proclama el misterio pascual cumplido en ellos, que sufrieron y fueron glorificados en Cristo, propone a sus fieles sus ejemplos, los cuales atraen a todos por Cristo al Padre y por los méritos de los mismos implora los beneficios divinos. (SC 104).

 Además de los Sermones contamos con las biografías cercanas a los acontecimientos, como la Assidua o Vita prima, escrita a los pocos meses de su muerte, y la Vita secunda. La Assidua, punto de referencia de las demás biografías de San Antonio, fue escrita el año mismo de la canonización, en 1232. Su autor, que dejó anónimo su escrito, aprovechó la presencia en el acto de canonización de quienes habían conocido y tratado a Antonio para recoger personalmente los testimonios de dichos testigos, entre otros del obispo de Lisboa, Soeiro Viegas II. La Vita secunda escrita por fray Giuliano da Spira antes del año 1239, presenta a Antonio como "insigne por su doctrina y santidad". La Rigaldina, escrita por el franciscano Juan Rigauld, natural de Limoges y Ministro Provincial en 1298, llena el vacío de la Assidua en lo referente a la actividad apostólica de Antonio en tierras de Francia. En cambio las otras, más tardías, son un canto a la gloria de Antonio, y están recargadas de relatos maravillosos. Junto a estos escritos contamos con la variada e innumerable iconografía. "Resulta difícil, dice Juan Pablo II, encontrar una ciudad o un pueblo, donde no haya por lo menos un altar o una imagen de San Antonio: su efigie serena ilumina con suave sonrisa millones de casas cristianas, en las que la fe alimenta por medio de él la esperanza en la Providencia del Padre celestial". Giotto, Donatello, Rubens, Van Dick, Murillo, Tiépolo, el Greco, Carreó, Goya..., y un sin número de artistas nos han transmitido su figura y sus obras en la pintura, escultura, bajorrelieves... Las primeras, que se remontan al siglo XIII, las menos idealizadas, nos le muestran más bien bajo, fuerte y corpulento. La imagen más antigua y la más cercana a la realidad le representa con el libro en las manos, símbolo de su ciencia, de su predicación y de su enseñanza.

 Antonio, "figura carismática, universalmente venerada e invocada", como dice Juan Pablo II "supo hablar con el mismo lenguaje de sus oyentes, logrando transmitir con eficacia los contenidos de la fe y de los valores del Evangelio". Es el Santo de todo el mundo, conocido, amado e invocado principalmente por el pueblo sencillo, que ve en él el protector de los pobres. Antonio es un santo, en quien Dios se ha complacido, y en quien nosotros podemos encontrar lo que encontró Juan Pablo II:

El testimonio de san Antonio fue tan luminoso que en mi peregrinación a su santuario de Padua, el 2 de septiembre de 1982, también yo quise presentarlo a la Iglesia, como ya había hecho el papa Pío XII, con el título de hombre evangélico. En efecto, san Antonio enseñó de modo eminente a hacer de Cristo y su Evangelio un punto de referencia en la vida diaria y en las opciones morales, privadas y públicas, sugiriendo a todos que alimenten de esa fuente su valentía para un anuncio coherente y atractivo del mensaje de la salvación.

 Con este libro uno mis deseos a los del Papa: "Quiera Dios renovar en nosotros los sentimientos de auténtico fervor en el anuncio de la verdadera fe, junto con el cuidado atento y diligente de la predicación, el conocimiento y la estima de la palabra de Dios y la dedicación incesante y esmerada a la nueva evangelización, ya en los umbrales del tercer milenio cristiano".

 2. CAMBIO DE NOMBRE

 Fernando llega al monasterio de Coimbra en 1212. Tiene de diecisiete a veinte años. Allí, en la recoleta ciudad medieval, situada entre verdes colinas, encuentra Antonio un ambiente propicio para su espíritu. La Assidua nos dice: "Se había trasladado al monasterio de Santa Cruz por amor a una disciplina más severa y a una tranquilidad más fecunda. Había cambiado no sólo de lugar, sino también de costumbres". Este monasterio, como el de San Vicente, pertenece también a los canónigos de San Agustín. Más aún, éste era la cuna de los canónigos en Portugal, y de él dependía el de Lisboa.

 El monasterio de Santa Cruz de Coimbra es unos veinte años anterior al de San Vicente de Lisboa. Su fundador, Don Telo, era un canónigo de la catedral, que había acompañado a su obispo a Tierra Santa, quedando impresionado por la espiritualidad del clero de Oriente. De vuelta a su ciudad, decidió reformar su propio clero, llevándoles a una vida evangélica de oración, de pobreza y de estudio. Reunió doce sacerdotes, adquirió el patronato de la iglesia de Santa Cruz en las afueras de la ciudad, recibió un terreno donado por el rey Alfonso Enríquez y en 1132 instaló allí la pequeña comunidad, dándole como norma de vida la regla de San Agustín. Pero Don Telo no se conformó con la formación material del monasterio. De paso por Aviñón, en uno de sus viajes por Italia, visitó el monasterio de San Rufo, también perteneciente a los canónigos regulares y decidió adoptar para Santa Cruz su régimen de vida. Los dos monasterios establecieron entre sí relaciones permanentes, uniéndose por una hermandad espiritual.

 En los Sermones de Antonio encontramos numerosos rasgos de la espiritualidad de ambos monasterios, en particular el trípode humildad, pobreza y caridad, tan querido de san Agustín: "Entre todas las virtudes -decía Agustín- la primera es la humildad, la segunda la humildad, la tercera la humildad; y cuantas veces me hagas la misma pregunta, te daré la misma respuesta: humildad". Como un eco, con su estilo adornado de imágenes, escribe Antonio:

La humildad es la madre y la raíz de todas las demás virtudes. En una familia donde la madre representa a la penitencia, la pobreza es el hermano del esposo; pero la humildad es la hermana y la esposa. Dichoso el pobre que toma a la humildad en matrimonio...

La caridad consiste en el doble amor de Dios y del prójimo. Por el primero, el hombre, como un pez en el mar, recorre los caminos del mundo para socorrer las necesidades del prójimo que sufre; por el segundo, se eleva como un pájaro hacia las alturas de la contemplación a fin de observar, en la medida de sus capacidades, al Rey en su gloria.

Pero descansar en Dios no significa huir del mundo. Por un movimiento circular repetido sin cesar, el hombre saca de Dios la fuerza para acudir en socorro del prójimo; a su vez, las necesidades del prójimo le obligan a elevarse hacia Dios para sacar nuevas fuerzas. Camina así de acción en contemplación y de contemplación en acción, hasta el día en que llegue a la posesión de la patria eterna, recompensa del hijo adoptado por la gracia de Dios.

 En el monasterio de Santa Cruz de Coimbra, en medio del esplendor de su iglesia con las tumbas de los reyes, entre los claustros, que circundan los jardines interiores, disfrutando de la paz, el silencio y la soledad, recibe Fernando, durante nueve años, la formación cultural y espiritual que le lleva al sacerdocio. En ese monasterio hay buenos maestros, unos sesenta compañeros y una rica biblioteca con libros de Agustín, Ambrosio, Beda, Gregorio, Isidoro de Sevilla... Con celo extraordinario cultiva su espíritu y, siempre que sus ocupaciones se lo permiten, se dedica a la lectura espiritual. La ciudad es la sede de los soberanos y el Arzobispo Primado reside en Braga, muy cerca de Coimbra. Cuando en 1260 la capital pasa a ser Lisboa, Coimbra mantiene su fama gracias a su célebre universidad, surgida del estudio teológico agustiniano.

 La participación en la liturgia coral, en la Eucaristía y en el Oficio divino con sus lecciones y meditaciones, en los Capítulos celebrados después de la hora de "prima", el silencio y el estudio de la regla de San Agustín, eran parte del horario cotidiano del monasterio. En este ambiente cae, sin saber por qué, Fernando. Las crónicas antiguas han transmitido el nombre de su primer maestro, D. Gonzalo Mendes, que después fue prior del monasterio. Con su ingenio agudo y su prodigiosa memoria, Fernando asimila, durante nueve años, todo el saber de la época en el campo de la teología, de la filosofía, y de las letras y ciencias en general. El estudio es su principal ocupación. Esto explica el hecho de que desde el principio la iconografía le haya representado con un libro en la mano. Pero no es sólo el estudio lo que le interesa. Aquí, mediante la muerte al mundo, vive sólo para Cristo. Para ello se sirve de todos las medios que le ofrece la ascética cristiana, con la que busca dar muerte al hombre viejo para vivir únicamente en Cristo y para Cristo. En sus Sermones escribe más tarde: "Hazte como cera blanda para que en ti quede grabada la figura de Jesucristo". ¿De qué manera?:

Interroguemos a Cristo por qué camino va al Padre y nos dirá que por el camino de la cruz, según leemos en Lucas: "Pues qué, ¿por ventura no era conveniente que el Cristo padeciese todas estas cosas y entrase así en su gloria? (Lc 24,26)". Cristo tuvo una doble herencia. Una de parte de madre: trabajo y dolor. Otra de parte de su Padre: gozo y reposo. Como nosotros somos coherederos suyos, debemos buscar esta doble herencia suya. Y, por lo mismo, nos equivocamos cuando pretendemos poseer la segunda sin la primera. Para que no busquemos la una sin la otra, Dios injertó el árbol de la vida en el árbol de la ciencia del bien y del mal cuando el Verbo se hizo carne. Recibamos, pues, la primera herencia, que Jesucristo nos legó, a fin de que podamos llegar a alcanzar la segunda.

 De Fernando en Coimbra conocemos que el "estudio asiduo" y la "meditación" le ocupan "día y noche", que llama la atención por su memoria prodigiosa y por el interés y "curiosidad en escrutar el sentido de la palabra de la Escritura". Fernando lee y reflexiona sobre la Escritura no con frialdad, como si el estudio y el saber le interesase por sí mismo, sino para confrontar con ella la vida. La vida es un don de Dios y el no quiere perderla. Desea dedicar todo su tiempo a Dios, entregado de lleno en cada momento a lo que Dios dispone para él. Más tarde escribirá: "Nada más precioso que el tiempo y, sin embargo, nada se desprecia con tanta ligereza. Los días pasan y nadie se acusa de haber perdido infructuosa-mente un día que no volverá".

 La Assidua nos testimonia que "cultivaba su inteligencia con estudios intensos y ejercitaba su espíritu con la meditación. Día y noche no interrumpía la lectura de la palabra de Dios. Al leer los textos bíblicos deducía su sentido literal y robustecía su fe con comparaciones alegóricas; aplicándose a sí mismo las palabras de la Escritura, alimentaba sus impulsos afectivos con una vida plena de virtud. Escudriñando con feliz curiosidad el sentido oculto de las palabras divinas, se servía de la Escritura Santa para prevenir su interior contra los ataques del error. Se entregaba además a la lectura de las sentencias de los santos Padres de la Iglesia. Y cuanto leía lo confiaba a una memoria tan tenaz que en poco tiempo dio pruebas de un conocimiento tal de la Biblia como nadie lo hubiese esperado". El mismo Antonio escribe: "En el Antiguo y en el Nuevo Testamento reside la plenitud de toda la ciencia. Ella sola constituye el saber; ella sola hace sabios, pues enseña a amar a Dios, a despreciar al mundo y a tener sumisa la carne". Al estudio de la Escritura añade la lectura de los Padres, en especial de San Agustín. Como dice de este período Juan Pablo II: "Son diez años de vida caracterizados por la búsqueda diligente y activa de Dios, por el estudio intenso de la teología y por la maduración y el perfeccionamiento interior".

 En estos nueve años, dedicados al estudio y a la meditación de la Escritura, se forma el maestro y predicador, que por su ciencia y santidad sorprenderá a sus oyentes e incluso al mismo Papa Gregorio IX. Con la ayuda de los Santos Padres aprendió a descubrir en los libros sagrados el "sentido histórico, alegórico, moral y anagógico", según la exégesis de la Escritura en su época. El sentido histórico o literal enseña los hechos; el alegórico edifica la fe con la instrucción doctrinal; el figurado o moral orienta la vida de los oyentes en su actos; y el anagógico presenta la vida sobrenatural a la que tiende la fe, animada por la esperanza y la caridad. Antonio privilegiará el sentido moral, pues en su predicación buscará ante todo la conversión de sus oyentes, mover el corazón más que iluminar las mentes. En esto será fiel a lo que Francisco propone en la Regla franciscana: "Amonesto y exhorto a que, cuando prediquen sean ponderadas y limpias sus palabras, para provecho y edificación del pueblo, pregonando los vicios y las virtudes, la pena y la gloria, con brevedad de sermón, porque palabra breve hizo el Señor sobre la tierra". Es lo que buscará Antonio: sembrar la semilla de la Palabra de Dios en sus oyentes, aplicándola a la vida de cada día. En un Sermón dice:

Dice Salomón en los Proverbios: Apurando las ubres se hace la manteca (Pr 30,33). Las ubres indican el Antiguo y el Nuevo Testamento; la leche, el lenguaje alegórico; la manteca, el sentido moral. El predicador, pues, debe sacar de ambas ubres la leche de la narración para hacer con ella la mantequilla suavísima del sentido moral. Ten en cuenta que la leche consta de tres sustancias: suero acuoso, queso y mantequilla. El suero significa el sentido histórico; el queso, el alegórico; la mantequilla, el moral. Este, cuanto más suave sea, tanto más delicadamente penetra en los corazones de los oyentes. Y como las costumbres están corrompidas, se debe insistir más en el sentido moral, que informa las costumbres, que en la alegoría, que informa la fe, pues la fe, por la gracia de Dios, se encuentra extendida por toda la tierra.

 El conocimiento de las Escrituras y de la Teología, junto a sus dotes personales, además de la intensa oración, le facilitaron sobre todo la exposición y aplicación de la doctrina a la vida. Con ello estaba preparado para ser ordenado sacerdote. No se conoce la fecha de su ordenación, pero seguramente fue ordenado por estas fechas, entre sus veinticinco y treinta años, por el obispo de Coimbra. Fray Gracián, en el Capítulo de las Esteras de 1221, le admitirá en su Provincia, precisamente por ser sacerdote.

 La vida diaria de Antonio es ejemplar, según nos la describe un franciscano anónimo: devoto en el coro, callado en el claustro, casto en el dormitorio, fiel en el aconsejar, manso en las reuniones capitulares, modesto en el refectorio, discreto en los coloquios, humilde en los roces con los demás, de parcas costumbres, simple en el rostro, ardiente de espíritu, obediente con los superiores, desenvuelto con los compañeros, servicial con los subordinados.

 En Coimbra, lejos de los familiares, sin la distracción de las visitas, Fernando puede dedicarse de lleno al estudio y a la vida de piedad. Pero tampoco se puede decir que el ambiente de Coimbra sea paradisíaco. No todo marcha bien. Una comunidad grande provoca tensiones inevitables con el poder de la corte y con el obispo diocesano. También aquí el demonio anda enredando la vida con el conflicto entre el poder regio y el eclesiástico. Al subir al trono, Alfonso II usurpó los bienes de sus hermanos y en la lucha que siguió se vieron envueltos los eclesiásticos de mayor rango. Tanto la casa real como los nobles conceden favores y privilegios, de un lado y de otro, a sus partidarios. Llueven excomuniones y entredichos. En 1220 tiene que intervenir el mismo pontífice, denunciando la situación insostenible: "Casi todos van por sus propios caminos y tras los propios intereses, buscando excusas ante el banquete del rey eterno para su condenación. Hasta los sacerdotes desde el altar hablan abiertamente, como en Sodoma, de sus pecados, convirtiéndose en lazo de ruina para los fieles. No se halla uno que levante un muro en favor de la casa de Dios".

 El obispo de Coimbra está en contra del Arzobispo de Braga, primado de la Iglesia de Portugal; y el prior de Santa Cruz ha dilapidado los bienes del monasterio, llevando una vida disoluta, abandonando las bridas de la disciplina interna del convento. Los dardos de Honorio III se dirigen a ambos bandos. De este modo, hasta dentro de los muros del convento, las disputas y abusos están a la orden del día. La comunidad de los canónigos está dividida en dos bandos y Fernando se halla del lado opuesto al prior. Recordando este tiempo, escribirá años después: "El superior es llamado casa del Padre, porque debajo de él el súbdito, como hijo dentro de la casa paterna, debe hallar refugio de la lluvia de la concupiscencia carnal, de la tempestad de la persecución diabólica, de las apetencias de la prosperidad mundana. Sin embargo, hoy no hay feria, no hay tribunal civil o eclesiástico en donde no se hallen presentes monjes y religiosos. Compran y venden, edifican y destruyen, transforman los cuadrados en círculos. En los procesos provocan a las partes, discuten ante los jueces, exhiben abogados y leguleyos, llevan testimonios dispuestos a jurar por cosas transitorias, frívolas y vanas. Decidme, fatuos religiosos, si en los profetas o en los evangelios de Cristo o en las epístolas de Pablo, si en la regla de san Benito o de san Agustín habéis encontrado estos litigios y engaños y gritos y protestas por cosas tan transitorias". Merece la pena leer un largo párrafo del Sermón del primer domingo de Cuaresma:

Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo (Mt 4,1). Jesucristo habitó en el desierto cuarenta días y cuarenta noches y sufrió la tentación de gula, de vanagloria y de avaricia. Jesús fue conducido a tres desiertos. Primero al del vientre de la Virgen; segundo, al que se refiere en el evangelio de hoy; y tercero, al del patíbulo de la cruz. Del primero dice Isaías: Envía, Señor, el cordero dominador de la tierra desde la roca del desierto hasta el monte de la hija de Sión (Is 16,1). ¡Oh Padre!, envía un cordero, no un león; un dominador, no un devastador; desde la roca del desierto, es decir, de la Santísima Virgen, llamada piedra del desierto, porque es siempre virgen, intacta antes del parto, en el parto y después del parto. Envía al monte de la hija de Sión, o sea, la Iglesia excelsa, la Jerusalén celeste.... En el tercer desierto Cristo estuvo coronado de espinas y en total abandono de los hombres. Pero, con las manos clavadas en la cruz, derrotó al enemigo.

Porque el Hijo de Dios había venido a restaurar el mundo desfigurado por los pecados, convenía que curase lo contrario con su contrario. El pecado de Adán fue: gula, vanagloria y avaricia. Los tres pecados están mencionados en el Génesis: Dijo la serpiente a la mujer: El día en que comáis de él se os abrirán los ojos (gula), seréis como dioses (vanagloria), conocedores del bien y del mal (avaricia). Obedeciendo a Dios Padre, Cristo restauró lo perdido, curó lo contrario con lo contrario.

Adán, puesto en el paraíso, rodeado de delicias, fue derrotado. Jesús fue conducido al desierto, donde, perseverando en el ayuno, venció al diablo. Fíjate en la coincidencia entre ambas tentaciones en el Génesis y en san Mateo: Dijo la serpiente: El día en que comiereis. Y, acercándose el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes; vemos aquí la gula. Y luego, seréis como dioses. Entonces el diablo lo llevó consigo a la ciudad santa y le puso en el alero del templo. Tentación de vanagloria. Finalmente: conocedores del bien y del mal. También le llevó consigo el diablo a un monte muy alto, le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, y le dice: Todo esto te daré si te postras y me adoras. Es la avaricia. Todos los que aman el dinero o las glorias mundanas, se postran ante el diablo y lo adoran. Pero la Sabiduría, que siempre actúa sabiamente, superó la triple tentación del demonio con tres sentencias del Deuteronomio... Nosotros, por quienes Jesucristo descendió al vientre de una Virgen y se sometió al tormento de una cruz, instruidos por su ejemplo, vayamos al desierto de la penitencia y, con su ayuda, refrenemos el ímpetu de la gula, el viento de la vanagloria y el incendio de la avaricia. Adoremos a Aquel a quien los ángeles sirven.

El diablo procede de lo semejante a lo semejante. Del mismo modo que tentó a Adán en el paraíso, tentó a Cristo en el desierto y tienta a todo cristiano en este mundo. Tentó al primer Adán con la gula, la vanagloria y la avaricia. El tentador venció. De modo semejante tentó al segundo Adán, a Cristo, pero fracasó. Nosotros, que participamos de ambos, de Adán según la carne, de Cristo según el espíritu, despojémonos del hombre viejo con sus obras, que son la gula, la vanagloria y la avaricia, y revistámonos del hombre nuevo (Col 3,9), con el ayuno, la oración y la limosna o la humildad, pues además de la codicia de dinero está la codicia de honores.

¡Oh religiosos! Tal debe ser el desierto de vuestra vida, el desierto al que, para habitarlo, salisteis de la vanidad del mundo. ¿Qué salisteis a ver? ¿Una caña agitada por el viento? La caña arraiga en el lodo de la gula y de la lujuria, y es vacía, aunque parezca bella.

 Con el paso de Lisboa a Coimbra, Fernando no había resuelto nada. En la primera ocasión abandonará el hábito blanco de los agustinos por el sayal ceniza de los franciscanos. Pero, a pesar de la corrupción, los años en el monasterio le han ayudado a madurar en la fe, en la sabiduría y en la ciencia. Todo ello ha ido confirmando su deseo de entregarse al servicio del prójimo con todo su ser.

 En los prestigiosos monasterios de Lisboa y de Coimbra es donde recibe su formación humana y espiritual antes de hacerse franciscano, predicador, misionero y maestro en Italia y en Francia. Pasados sus primeros años en el ambiente de su familia rica, envuelto por las ambiciones de su condición social, un día le tocó la gracia y decidió dejarlo todo para hacerse sacerdote. Cambió familia y amigos, poder y dinero por el sayal blanco de los agustinos. El ingreso en el monasterio agustino provocó un cambio radical en su vida; era el cambio de la vida alegre y despreocupada al silencio del monasterio. Pero la gracia sigue impulsándole a una nueva conversión, que le llevará al cambió de nombre, de condición y de aspiraciones. Del monasterio pasará a la celda, del lujo a la pobreza, del aparecer al ser, del vivir en sí mismo a la renuncia total de sí mismo. Será el paso de Fernando a Antonio. Recorriendo sus Sermones encontramos las huellas del camino por donde Dios le va llevando:

El Hijo salió de Dios, para que tú salieses del mundo. Vino a ti, para que tú fueses a El. ¿Qué cosa es salir del mundo e ir a Cristo, sino refrenar los vicios y unir el alma a Dios con el vínculo del amor?

Jesús respondió a la Samaritana: Quien bebe de este agua volverá a tener sed (Jn 4,11-13). ¡Oh Samaritana, con cuánta verdad dices que el pozo es hondo! En realidad, la codicia del mundo, raíz de todos los males (1Tim 10,6), es honda, porque nunca se sacia. Y por ello, todo el que beba del agua de este pozo, que significa las riquezas y las delicias transitorias, tendrá de nuevo sed. Sí, porque, como dice Salomón en los Proverbios: Dos hijas tiene la sanguijuela: dame, dame (Pr 30,15). Las riquezas y las delicias, las dos hijas del diablo, no cesan de decir: dame, dame, y nunca dicen basta.

Dios detesta la soberbia por encima de todo. Por eso dice San Pedro: Dios resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes (1Pe 5,5). La lujuria de la carne humilla a los engreídos. Por eso dice Oseas: La arrogancia le sale a Israel a la cara (Os 5,5). De hecho suele ocurrir al que no reconoce la soberbia oculta que de ella tiene que avergonzarse cuando es conocida por el vicio de la lujuria.

Pero, si otro más fuerte que él viene, le vence... Más fuerte que el soberbio es la humildad, de cuya fortaleza dice David a Saúl: Tu siervo ha matado leones y osos (1Sam 17,36). El humilde cuanto más se humilla más fuerte se hace. De él se dice: Los ojos del Señor lo contemplan y lo levanta de su humillación y muchos se admiran de ello (Eclo 11,13). El humilde se tiene, como David, por siervo, se echa a los pies de todos, se rebaja, se tiene a sí mismo por menos de lo que es. Este siervo humilde mata al león de la soberbia y al oso de la lujuria. Advierte que se dice haber matado primero al león y después al oso, porque nadie puede mortificar en sí mismo la lujuria si antes no expulsa del atrio de su corazón el espíritu de la soberbia... Sobreviene, pues, la humildad por Jesucristo, que dice: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mt 11,29). Entra en la casa del valiente, en el atrio del corazón, refugio de la soberbia, la vence y la echa fuera. Efectivamente la triaca de la humildad expulsa el veneno del orgullo. Una vez expulsado, la humildad le quita las armas en que confiaba, para que no aparezcan más en los sentidos corporales orgullo alguno, altivez, vicios, sino que en todo estén presentes las señales de la humildad... Roguemos, pues, a Jesucristo, quien con su humildad venció la soberbia del diablo, que nos conceda quebrar, con la humildad del corazón, los cuernos de la soberbia y del orgullo; y mostrar en los sentidos de nuestro cuerpo la señal de la humildad para que merezcamos llegar a su gloria.

 3. CAMBIO DE HÁBITO

 Al comienzo del siglo XIII, en el año 1205, la conversión de Francisco de Asís ha arrastrado en pos de él a otros ciudadanos de su ciudad, hombres de pueblo, mercaderes, gentes de letras e incluso sacerdotes. Todos, renunciando a su familia y a sus bienes, desean seguir a Cristo en pobreza y anunciar la Buena Nueva en todas partes como los apóstoles, viviendo de limosna y compartiéndolo todo con hermandad, simplicidad y alegría. Muy pronto se les ve recorriendo Italia, Francia y el resto de Europa.

 Los franciscanos llegan a Portugal en 1217, inmediatamente después del capítulo general de ese año. Por su aspecto y predicación, la gente les acoge con curiosidad y, a veces, con una cierta desconfianza, considerándolos herejes. Pero, una vez superada la primera impresión, ganan credibilidad y comienzan a echar raíces. En Coimbra les reciben con simpatía la reina Urraca y su cuñada Sancha. Viendo la pobreza de su vida creen conveniente ayudarles y les donan una pequeña iglesia, situada en medio de olivos en la pendiente de una colina cercana a la ciudad. La iglesia estaba dedicada a San Antonio Abad. Adyacente a la iglesia levantan el pequeño eremitorio, formado por pequeñas celdas hechas de palos y ramajes. Se llama convento de Olivares.

 En el verde altozano de los olivos, los pocos hermanos menores, rudos, sin letras y mal vestidos, viven en gran pobreza; sólo tienen un deseo: conocer y seguir a Cristo crucificado. Por eso gozan de la alegría de quien nada tiene, libres de intrigas y luchas humanas, lejos de afanes de dinero y lujo, de comodidad y placer. Desde la colina bajan, de dos en dos, a la ciudad a pedir limosna de puerta en puerta. Y llaman con frecuencia también a la abadía real en que vive Fernando. No hacen gala de teología ni de ciencia profana, pero dan un claro testimonio de su radicalidad evangélica. Visten unas pobres túnicas de saco, con los lomos ceñidos por una ruda cuerda, con los pies descalzos o calzados con toscas sandalias de madera. Cuentan a todos cómo su padre fundador ha abandonado en Asís su vida rica y alegre para dedicarse totalmente al Señor, arrastrando a muchos a seguir su camino. Su simplicidad se transparenta en sus rostros y en sus palabras; el alegre amor y dedicación a Dios y al prójimo les confiere un atractivo singular.

 Fernando, desde el primer momento, siente una viva simpatía por ellos. Sus pobres hábitos, su manera de presentarse sin pretensiones, su libertad con relación a los bienes materiales contrasta fuertemente con la riqueza del monasterio y con los abusos de los que es diariamente testigo. Al final de su vida, recogiendo la experiencia de toda su vida, escribe:

Descendió, en efecto, sobre Jesús en el río Jordán el Espíritu Santo en figura de paloma, ave mansa que tiene por canto el gemido. Muy difícilmente se conserva la humildad entre riquezas y nunca o casi nunca se observa la castidad entre delicias. Si hallareis ricos humildes y amadores de delicias viviendo castamente, consideradlos como luminarias del firmamento. Pero, ¡ay!, temo más bien que semejantes luminarias estén teñidas de hipocresía. Quien desee, pues, ser verdaderamente humilde, deje la carga de las riquezas, por cuyo contacto se inficiona la humildad y se engendra la soberbia.

 Los acontecimientos políticos del incipiente reino de Portugal repercuten en el monasterio de Santa Cruz. Sancho I, primer rey de Portugal, ávido de riquezas y deseoso de construir suntuosos castillos, se apoya en la burguesía para despojar de sus bienes a la nobleza y a la Iglesia. Vive en su alcázar, cerca de Coimbra, capital del reino, y frecuenta para sus devociones el monasterio de Santa Cruz, cuyos monjes, en guerra con el obispo de Coimbra, son una constante preocupación para el Papa Inocencio III. Sancho se declara abiertamente contra la Iglesia; sitia en su palacio al obispo de Oporto y destierra al obispo de Coimbra. Este, en represalia, decreta el entredicho de todo el obispado de Coimbra. El rey, molesto por esta medida, manda confiscar los bienes eclesiásticos de quienes se nieguen a celebrar la eucaristía, declarándoles enemigos personales suyos. El prior de Santa Cruz se pone de parte del rey. Sólo la muerte de Sancho aplaca la tirantez entre el Reino y la Iglesia.

 Pero Alfonso II, que le sucede, se muestra animado de los mismos sentimientos de su padre. El arzobispo de Compostela y el obispo de Zamora lo excomulgan. El Papa, que busca la unión de todos los príncipes cristianos para emprender una cruzada contra los moros, le absuelve. Pero el rey, después de un corto intervalo, sigue su política de oposición a la Iglesia, gravándola con impuestos cada vez más insoportables. El arzobispo de Braga lo excomulga y el Papa Honorio III ordena a los obispos de Palencia, Astorga y Tuy que hagan lo mismo, poniendo en entredicho a todo su reino. Santa Cruz no queda al margen de estas luchas. El monasterio se divide. El prior, llamado Juan, con algunos cómplices, se convierte en siervo sumiso de ambos reyes, Sancho I y Alfonso II. Según acusaciones llegadas al Papa de parte de algunos religiosos del monasterio, el prior está dilapidando los fondos de la comunidad, reduciendo el monasterio a la miseria. A pesar de ser excomulgado diversas veces, continúa celebrando los oficios. Públicamente es acusado además de crímenes infames y vergonzosos. Pero, hipócritamente, para desorientar a los enviados del Papa, se finge arrepentido y se retira a un desierto para llevar allí vida eremítica, pero, una vez que se marchan, se instala de nuevo en el monasterio. Algunos monjes siguen el ejemplo del prior, mientras otros buscan en otra parte la paz que allí no encuentran y otros se oponen abiertamente al prior, enviando a la Santa Sede graves acusaciones contra él. Finalmente, el Papa Honorio III ordena a los priores de los tres monasterios de Lisboa, -San Jaime, San Miguel y Santa Magdalena-, que se trasladen a Coimbra e investiguen la verdad de las acusaciones. Hecha la investigación, se llega a la conclusión de que "Juan, prior de Santa Cruz, con algunos cómplices y partidarios suyos, ha dilapidado hasta tal punto los bienes del monasterio que lo ha reducido a una extrema pobreza". Antonio escribirá:

¡Ay de aquellos que de buen grado reciben presentes, que ciegan los ojos de los sabios. Con su sangre edifican Jerusalén, es decir, con sus consanguíneos, sobrinos y sobrinillos, otorgándoles beneficios eclesiásticos. Es una especie de sacrilegio dar lo que pertenece a los pobres a otro que no lo es.

 En este ambiente de intrigas y defecciones dolorosas vive Fernando, entregado a la oración y al estudio, pero sufriendo la situación del monasterio. Había buscado en él la paz y ahora se encuentra en medio del desasosiego. Por ello, más tarde, en sus Sermones, Antonio se mostrará muy severo con los religiosos, que provocan tales escándalos, de los que dice:

Son compañeros de Judas. Dan los bienes del monasterio, que pertenecen a los pobres, a sus parientes. No caminan en la verdad del evangelio y llevan una vida engañosa. Buscan sus intereses, no los de Jesucristo. ¡Cómo se ennegreció el oro, cómo se cambió su bello color! (Lam 4,1). El blanco de la castidad y el rojo del deseo ardiente del Esposo celestial, color tan bello, ¡lastima! está hoy a punto de desaparecer ennegrecido por la codicia... Hoy no se hacen ferias, no se celebran reuniones seculares o eclesiásticas en que no haya monjes y religiosos. Compran y vuelven a vender. En causas judiciales convocan a las partes, litigan delante de los jueces, contratan procuradores y abogados, citan testigos dispuestos a jurar en favor de un asunto transitorio, frívolo y vano. Decidme, oh religiosos fatuos, si en los Profetas, o en los Evangelio de Cristo, o en las cartas de San Pablo, en la Regla de San Benito o de San Agustín habéis encontrado esos litigios y divagaciones, alegatos de causas judiciales por asuntos perecederos. De manera muy diferente habla el Señor: Os digo, amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnien. Al que te hiere en una mejilla ofrécele la otra, y a quien te quite el manto no le impidas quitarte la túnica... (Lc 6,27-34). Esta es la regla de Jesucristo, que debe ser preferida a todas las reglas, instituciones e invenciones. Por ello, el mismo Jesucristo dice a todos estos, tanto religiosos como clérigos: Habéis anulado la palabra de Dios por vuestra tradición, ¡hipócritas! (Mt 15,6-9;Lc 11,42-49).

 Es el recuerdo de estos años, que no ha olvidado nunca. Es el contraste entre su monasterio y los franciscanos, que llaman a sus puertas pidiendo limosna. A esto se añadirá otro hecho que le tocará las fibras más secretas de su espíritu. En 1219 Francisco ha dispuesto una misión para Africa. Francisco cree que se puede llevar los musulmanes a la fe en Jesucristo con otros medios distintos de las armas. Los Hermanos Menores les darían testimonio de su fe en Cristo, confesándole sencillamente con su vida evangélica o, si era voluntad de Dios, anunciando públicamente la Palabra de Dios. La misión está dirigida por el hermano Vital, acompañado de los sacerdotes Berardo, Pedro y Otón y de los hermanos Adjuto y Acurcio. Parten de Italia, cruzan Francia, Aragón y Castilla y llegan a Portugal. Un breviario del monasterio de Santa Cruz refiere que los cinco frailes se hospedan en dicho monasterio, precisamente durante el tiempo en que Fernando tiene a su cargo la hospedería. Tratando con ellos, Fernando se entera de sus planes de evangelizar a los musulmanes y se le encienden los deseos de emular su valentía en confesar a Cristo.

 Con el apoyo, en Coimbra, de la reina Urraca y, en Lisboa, de Sancha, hermana del Rey, se embarcan para Sevilla, aún en manos de los sarracenos. El hermano Vital se enferma y tiene que renunciar a la misión. Y, para los demás, apenas comienzan a predicar, comienzan los problemas: condenados a muerte, son amnistiados y expulsados de Sevilla. Pero la persecución no les hace renunciar a la misión. Expulsados de Sevilla, emprenden la marcha hacia Marruecos. Allí son, de nuevo, encarcelados, torturados y expuestos a las burlas de los moros y, finalmente, puestos en libertad. Pero inmediatamente el hermano Berardo, feliz de haber sufrido los azotes por Cristo, corre a la plaza y comienza a gritar, llamando a los moros a conversión. El Califa, sintiéndose desafiado públicamente, no lo resiste y corta la cabeza a los cinco. "Ahora puedo decir que realmente tengo cinco hermanos menores", es la exclamación de Francisco, al llegarle la noticia. A Fernando también le llega la noticia y su vida monástica, tranquila, dedicada al estudio, es sacudida profundamente. La idea de poder dar testimonio de su fe con el martirio se le clava en el corazón.

 Es el 16 de enero de 1220. Los cinco franciscanos, huéspedes del monasterio, a los que Fernando ha acogido y servido con envidia, han logrado la palma del martirio. El infante Don Pedro, hermano de Alfonso II, que se había retirado a Marruecos con sus caballeros de armas, se hace cargo de los restos de los mártires, colocándolos en dos preciosas urnas, que transporta a España, llevando el precioso tesoro hasta Astorga. Allí confía las dos urnas a quien ha sido su capellán en Marruecos, Juan Roberti, monje del monasterio de Santa Cruz, para que traslade las reliquias a Coimbra. Así los cuerpos de los mártires son llevados a Coimbra y enterrados en el claustro del monasterio de los agustinos, junto a las tumbas de los reyes. La reina Urraca sale personalmente al encuentro de los mártires, acompañada de una inmensa multitud. Ante estos mártires, apóstoles de Cristo, que han partido a llevar su Nombre sin cultura ni medios humanos, armados únicamente con la fe y el amor, Fernando se siente conmovido en lo más íntimo de su espíritu. No puede por menos de examinar y comparar su vida en la abundancia de la abadía real con la de estos entusiastas apóstoles, ricos sólo de la palabra de Dios. Frente a la vida cómoda, que él lleva, estos hermanos menores, con su precariedad, son una llamada de Dios a la que no puede resistir.

 Para Fernando, en crisis con los agustinos, el acontecimiento de las solemnes exequias de los mártires, -con la presencia del rey Alfonso II y de la reina Urraca y el cortejo de prelados, caballeros, nobles y una multitud interminable de fieles-, es la última gota para llevar a cabo la decisión que ha ido madurando en su interior. Dios responde a sus deseos, disipando todas sus dudas. El hagiógrafo de la Assidua nos describe lo que siente el corazón de Fernando:

Cuando el infante don Pedro trajo de Marruecos las reliquias de los santos mártires franciscanos, Fernando, impulsado por el Espíritu Santo, ciñéndose los lomos con el cíngulo de la fe, se preguntaba en su corazón: "¡Oh, si el Altísimo se dignara hacerme partícipe de la corona de sus santos mártires! ¡Oh, si la cimitarra del verdugo me encontrara arrodillado y tendiendo mi cuello por amor de Dios! ¿Tendré la gracia de verlo? ¿Encontraré un día esa dicha tan deseada? En estos pensamientos permanecía embebido largamente".

 Y sigue la Assidua:

No lejos de la ciudad de Coimbra, en un lugar llamado "San Antonio", vivían algunos Hermanos Menores que, aunque iletrados, enseñaban con sus actos la sustancia de las divinas Escrituras. Estos hermanos, fieles a la regla de su fraternidad, iban con frecuencia a pedir limosna al monasterio en que vivía el hombre de Dios.

Un día Fernando, habiendo acudido a saludarlos, según su costumbre, dijo en el curso de la conversación: "Hermanos, deseo vivamente vestir el sayal de vuestra Orden si me prometéis enviarme, cuando sea uno de vosotros, al país de los sarracenos; deseo compartir la corona de vuestros mártires".

 Fernando rompe, pues, con los agustinos y solicita a los franciscanos que le admitan con ellos. Desea seguir las huellas de los cinco testigos de Cristo: llevar el anuncio de la buena nueva a los infieles. Sin pérdida de tiempo, los franciscanos, "llenos de alegría", se lo comunican al superior, el padre Juan Parenti, provincial de España, que ha ido a Coimbra para honrar los restos de los mártires. Tras una breve información, da su consentimiento. A la mañana siguiente temprano, los hermanos corren al convento de Santa Cruz llevando el sayal franciscano para Fernando.

 Pero es necesario obtener también el permiso del prior y de la comunidad agustina. El reglamente prohíbe salir del monasterio sin la licencia escrita y ser admitido en otro convento sin ella. Es uno de los privilegios que el Papa ha concedido a Coimbra, que colocaba al monasterio bajo la protección de San Pedro: "que a ningún fraile, después de haber profesado en el monasterio, le sea lícito salir del mismo sin la autorización del prior y de toda la congregación". A pesar de la excomunión, continúa ejerciendo como prior el padre Juan. Aunque la pérdida de un canónigo tan estimado como Fernando constituye un daño para el convento y un motivo más para fomentar los comentarios maliciosos que corren ya sobre los canónigos, el prior no duda en conceder el permiso. Se libra así de un crítico incómodo. En el umbral de la casa, el ayudante del prior, con sorna, despide a Fernando:

 -Vete, vete, ahora te convertirás en santo.

 Fernando le replica:

 -Si un día oyes que me he hecho santo, entonces alaba a Dios.

 En el oficio litúrgico de San Antonio, compuesto por Julián de Spira, se dice que aquel día se alegraron tanto San Agustín como San Francisco. Y, aún hoy, en el convento franciscano de Olivares la celebración de la fiesta de San Antonio la preside un canónigo agustino.

 Fernando, pues, entre abril y mayo de 1220, abandona el monasterio, que conocía bien y no le agradaba, e ingresa en el convento de los hermanos menores de Olivares, que no es ni convento, sino una simple casa adosada a la pequeña iglesia, circundada de olivos. Fernando no conoce casi nada de la nueva vida que emprende, pero intuye que es ahí donde Dios le quiere. Como expresión del cambio de vida, pide y le es otorgado cambiar el nombre de Fernando por el de Antonio, en honor del santo titular de la iglesia. Es el verano de 1220. Sin elocuencia ni tanta ciencia, los nuevos hermanos le enseñan a conocer y amar la pobreza, la castidad y la obediencia. Trasladado de la abadía real a aquel barracón aislado, estas tres palabras adquieren un sabor áspero, pero verdadero. Allí se hace experiencia personal y comunitaria el seguimiento de Cristo, nacido en una gruta y viviendo en casa de un carpintero. Vestido con el rudo sayal olivastro recorre mendigando las calles que antes le han visto vestido de lanas blancas. El pan mendigado tiene el sabor de la caridad. Si se burlan de él, su corazón exulta, al ver cumplidas en él las palabras del Evangelio: "Si os odian o se burlan de vosotros por causa mía, aquel día exultad de gozo, pues grande será vuestra recompensa en los cielos". Al final de su vida, cuando escribe sus Sermones, describe en qué consiste seguir a Cristo:

Jesús les dijo: En verdad os digo que vosotros que me habéis seguido..., no dice que habéis abandonado, sino que me habéis seguido. Muchos abandonan sus cosas y, sin embargo, no siguen a Cristo, porque, por decirlo así, se poseen a sí mismos. Si quieres seguirme y conseguirme, te es necesario abandonarte a ti mismo. El que sigue a otro en el camino, no mira a sí mismo, sino a aquel a quien ha constituido guía de su vida. Abandonarse a sí mismo, no confiar de sí en ninguna cosa, reputarse inútil cuando haya hecho todo lo que está mandado, despreciarse como a perro muerto o a pulga viva, a nadie anteponerse en su corazón, estimarse inferior a todos, aun a los mayores pecadores, considerar todas sus buenas obras como paños sucios, ponerse delante de sí mismo y llorarse como a muerto, tenerse por vil en todas las cosas y arrojarse todo entero en Dios... Este sigue a Cristo.

El Se humilló a sí mismo y tomó la condición de siervo (Flp 2,7). Porque Adán en el paraíso no quiso servir al Señor, el Señor asumió la forma de siervo, para servir al siervo, para que en adelante el siervo no se avergüence de servir al Señor.

 Antonio ha tomado a Cristo como guía de su vida y Cristo le llevará por este camino, que al final de su vida conoce tan bien. Pero ahora aún no se halla tan libre de sí mismo y de sus planes. Cuando, al atardecer, pasea su vista sobre las colinas y valles de Olivares, azulados como el mar, bañados por la paz de Dios, su corazón, su mente y fantasía vuelan y sueñan con lo contrario de lo que tiene ante sus ojos. Desea partir a la tierra seca, con el sol hiriente y las arenas abrasadas de Marruecos. El ansia del martirio no le deja gozar plenamente de la paz que Dios le está regalando. Aún le queda por experimentar que, si todo es posible en Aquel que nos conforta, solos no somos capaces de levantar una paja o de aguantar unas décimas de fiebre. Es la próxima lección que le tiene preparada el guía de su vida, Cristo. Aún no conoce que "la humildad es madre de la simplicidad". Más tarde reconocerá que "cuanto más hondos pongas los cimientos de la humildad tanto más alto se levantará el edificio".

El espíritu del hombre está en la presencia de Dios cuando piensa que no tiene nada bueno de sí, en sí y por sí mismo, sino que todo lo atribuye a Aquel que es todo bien, sumo bien del cual, como del centro, todos los rayos se difunden derechamente por la circunferencia. Por lo cual El mismo dice en Isaías: A éste es al que yo miro: al humilde y abatido de espíritu, al que tiembla ante mi palabra (Is 66,2).

Dice el Apóstol: Nadie puede decir: Jesús es el Señor, sino en el Espíritu Santo (1Cor 12,3). Decir Jesús es el Señor con verdad es creer en El de corazón, confesarlo con la boca y testimoniarlo con la vida. Lo uno sin lo otro es negarlo (Mt 7,20). La vida blasfemaría tanto como la lengua alaba.

Cristo es llamado Pontífice de los bienes eternos. Pontífice quiere decir como quien hace un puente, un camino para los que han de seguirle. Se puso El mismo como un puente desde la ribera de nuestra mortalidad hasta la de su inmortalidad, a fin de pasar por El, como por un leño atravesado, a la posesión de los bienes eternos.

 4. CAMBIO DE DIRECCION

 Fernando ha cambiado de hábito y de nombre. Su nuevo nombre es Antonio. Cada vez que le llaman siente el gozo interior de saberse un Hermano Menor de Jesucristo y de Francisco. Pero Antonio sigue reflexionando sobre su propósito de partir como misionero. El amor a Dios y a los hombres le apremia. Desea anunciar el Evangelio a los musulmanes al estilo de Francisco, con el testimonio de su vida y, si es preciso, con su vida. Lleva en su alma lo que escribe a propósito del martirio de san Pedro y san Pablo: "¡Oh amor de Cristo que haces dulces todas las cosas amargas! La pasión de los apóstoles fue horrible y amarga, pero el amor de Cristo se la hizo gozosa y dulce".

 Dos años antes el Papa ha dirigido una encíclica a los sacerdotes invitándolos a llevar la buena nueva a los infieles. Francisco ha escuchado la voz del Papa y ha incitado a sus hermanos menores a seguirla; él mismo ha partido a Oriente. También Antonio desea predicar el Evangelio a los infieles. Dice la Assidua: "La sed del martirio devoraba de tal manera el corazón de Antonio, que no daba punto de reposo; por lo cual los frailes le dieron licencia para que cuanto antes marchara a tierra de sarracenos". Además, su salida del monasterio agustino ha suscitado resquemores y animosidades en algunos monjes contra los franciscanos de Olivares. Todo ello aconseja el inmediato alejamiento de Antonio de Coimbra.

 Así, pues, por septiembre o primeros de octubre, acompañado del español fray Felipe, una mañana sale del convento de Olivares. Atraviesan Coimbra y se encaminan rumbo el norte, dirigiéndose hacia Oporto. Allí se embarcan los dos en la primera nave que parte para Marruecos. Pero, durante el viaje o apenas pone sus pies en tierra africana, Antonio coge la malaria, que le postra en cama. Después del desembarco persisten las fiebres. La enfermedad le dura todo el invierno y, con los primeros calores de la primavera, temiendo por su vida, le convencen de que regrese a su patria. Con dolor, no le queda más remedio que aceptarlo. Se siente débil y agotado. Y, mientras el pobre cuerpo arde de fiebre, su espíritu se quema en la lucha por descubrir los designios inescrutables de Dios.

 Obligado por la enfermedad, Antonio renuncia a sus deseos y acepta los caminos de Dios, que distan de los del hombre como el cielo de la tierra. Resignado, más que gozoso, al comienzo de la primavera zarpa de la costa de Marruecos en dirección a Portugal. Pero el velero, que le lleva, es investido por una tempestad, que le arranca velas y timón. Dejado a la deriva, las olas del Mediterráneo lo llevan a la otra parte, a Sicilia. El mar es el instrumento de Dios para llevar a Antonio donde El quiere. Por el mar no se va, se deja uno llevar. Antonio, maltrecho y harapiento, desembarca al sur de Mesina. Náufrago y desorientado no sabe dónde dirigirse. Viendo su hábito franciscano, alguien le informa que allí hay un convento de su Orden. Se dirige a él y llama a sus puertas. Allí es recibido, cuidado y curado por los hermanos con la delicadeza, que les ha enseñado Francisco: "Cada uno de los frailes ame y cuide a su hermano con el mismo amor y ternura con que la madre ama sus hijos. Y si alguno de los hermanos cae enfermo, sea donde fuere, los demás hermanos deben servirle como ellos mismos desearían ser servidos. Si una madre alimenta y ama a su hijo según la carne, ¡con cuánto más afecto debe cada uno amar y alimentar a su hermano según el espíritu!".

 Dos meses le cuesta recobrar la salud. El clima de la isla, la brisa templada del mar, mezclada con los aromas de los naranjos en flor, le devuelven las fuerzas y tonifican el corazón. Así, pues, pasa dos meses reflexionando acerca de los designios de Dios sobre su vida. Creía que Dios le llamaba a evangelizar Africa y Dios, con la enfermedad, le ha cerrado los caminos de Africa; luego, con la tempestad, le ha vomitado, como la ballena a Jonás, donde él nunca había imaginado. Antonio se pregunta: ¿Dónde y qué desea el Señor de mí? El está dispuesto a seguir su designio. Y, algo que ha aprendido, es que el designio de Dios no coincide con los deseos del corazón humano, por santos que parezcan, sino con la obediencia, como escribe más tarde: "Solidarios con el lobo infernal, con Satanás, se hacen quienes se niegan a llevar el yugo de la obediencia en nombre de Quien fue obediente hasta la muerte en cruz". La vocación franciscana, que ha sentido con tanta fuerza, no es la vocación a hacer la propia voluntad, sino a la pobreza y a la humildad, "al pleno abandono en las manos de Dios". Dios está formando "su alma franciscana".

 Desembarcado en las costas de Sicilia, Antonio se encuentra solo ante lo desconocido. Dios le ha arrancado de su familia y de su patria, como a Abraham. Ahora se encuentra en un país del que lo ignora todo: lengua, costumbres, geografía e historia. Más aún, salió de su tierra en la plenitud de sus fuerzas y Dios le ha golpeado, como a Jacob, y ahora se encuentra débil y agotado por la larga enfermedad y el viaje por el mar. Hasta ahora ha dirigido él su vida. Ahora sólo le queda abrirse a los caminos nuevos e insospechados que Dios le irá marcando a cada paso.

 Mientras le cuidan, los hermanos le dan una buena noticia. Francisco ha vuelto de Tierra Santa y convoca a todos los hermanos. En mayo de 1221, los frailes menores deben reunirse en Asís para el acostumbrado capítulo general de Pentecostés. Los Capítulos se celebraban dos veces al año: el general en Pentecostés y el de los Provinciales en la fiesta de San Miguel Arcángel. El capítulo general, al comienzo, estaba abierto a todos, sacerdotes y hermanos, fueran superiores o no. Antonio, sin estar del todo restablecido, se encamina "con esfuerzo" hacia Asís con los demás hermanos. A pie, desde Sicilia, cruza la península italiana hasta llegar a la Umbria y divisar, finalmente, las torres y almenas de Asís. Le ha dado fuerzas para el camino la curiosidad de ver al fundador de la Orden, a quien sólo conoce de oídas. Espera oír directamente la palabra de Francisco y también que le indique la vía que el Señor tiene dispuesta para él.

 Al llegar a la explanada de Santa María de los Angeles, con la pequeña iglesia de la Porciúncula, cuna de los franciscanos, ante Antonio aparece un gran campamento, un hormiguero de frailes, agrupados en pequeños grupos, hospedados en las cabañas improvisa-damente construidas para la ocasión con cañas y esteras. Reina un ambiente de alegría contagiosa. Cantos y oración se alternan con las reuniones y el intercambio de experiencias. El cardenal Rainiero Capocci, delegado del cardenal Hugolino, preside las reuniones y fray Elías Bonbardone, vicario de la Orden, grita dando instrucciones y avisos.

 Entre frailes y novicios son unos cinco mil; comen en veintitrés mesas, dispuestas en orden. La población, partícipe de la alegría del acontecimiento, proporciona pan y vino en abundancia. Son tantas las provisiones que les llegan que, a los siete días, los frailes se ven obligados a no aceptar más. Y, una vez terminado el capítulo, para no ofender a los donantes, los frailes se quedan en Asís dos días más "solamente para consumar los víveres ya aceptados". Así cuentan Las florecillas el ambiente de este Capítulo de las esteras:

En el llano alrededor de Santa María, unos cinco mil frailes, se sentaban en grupos de cuarenta, cien, doscientos o trescientos, ocupados exclusivamente en hablar de Dios, en rezos y devotas lágrimas... Había en aquel campo ciertos cobertizos, ya de mimbre o ramas cortadas, ya de esteras, y dispuestos separadamente para cada grupo, según las diversas provincias a que pertenecían los frailes; y por eso se llamaba el Capítulo de las Esteras. La cama era la desnuda tierra y, el que más, tenía una poca paja, servía de almohada una piedra o algún madero... Las gentes de Perusa, Espoleto, Foligno, Asís y de toda la comarca llevaron de comer a aquella santa congregación: pan, vino, habas, queso y otros buenos manjares, según necesitaban los pobres de Cristo... Terminado el Capítulo, San Francisco, confortándolos a todos, los mandó a sus provincias con la bendición de Dios y la suya, llenos de consuelo y alegría espiritual.

 El tema del capítulo está tomado del salmo 143: "Sea bendito el Señor, mi Dios, que adiestra mis manos para el combate". Tornado muy enfermo después de un año de misión en Oriente, Francisco apenas habla, aunque no deja de predicar a sus hermanos: "Hijos míos, hemos prometido grandes cosas, pero mayores son las que Dios nos ha prometido. Breve es el placer del mundo, pero la pena que le sigue es sin fin. Ligeras son las penas de esta vida, pero la gloria en la otra es eterna. Que ninguno de vosotros se preocupe por lo que comerá o lo que beberá; dedicaos solamente a orar y a alabar a Dios".

 Mientras se dedican a la meditación y a la oración, se examina también el estado de la Orden. En este punto es donde nacen las discusiones y divisiones, sobre todo al afrontar el tema de la Regla, problema que no se resolverá hasta el año 1224, cuando el capítulo decida adoptar la Regla II.

 Lo que había comenzado como un pequeño grupo de hermanos menores reunidos en torno a Francisco, fue creciendo y, con el multiplicarse de sus miembros, surgieron los problemas de cómo organizarse, en los que Francisco no había ni pensado. Muy pronto surgieron dos corrientes: por una parte, los que querían fidelidad absoluta a la experiencia de los orígenes, con el evangelio como única norma, sin ninguna glosa; y, por otra parte, los que pensaban que un número tan grande no podía subsistir sin una estructura bien reglamentada. Durante la ausencia de Francisco en Oriente, los dos vicarios habían cambiado la Regla, ante lo que Francisco, a su retorno, reaccionó con todas sus fuerzas. Más tarde, en el capítulo de 1220, vio su impotencia y renunció al cargo de Ministro General, que asume Pedro Cattini. Pero Francisco sigue siendo la cabeza espiritual, a la que no pocos obedecen más que a la autoridad del Ministro General.

 Este estado de cosas hace necesaria una nueva Regla. Francisco, con la ayuda de Cesario da Spira, se dedica a su redacción. Esta nueva Regla es la que se presenta en el capítulo de 1221, el primero en que participa Antonio. Francisco mantiene aún su prestigio, paro no goza de ningún poder y la Regla no es aceptada. Los jefes hablan con el cardenal Hugolino y éste convence a Francisco de la necesidad de modificar el texto. Aunque lo acepta, amargado, se retira al eremitorio de Santeano, en las cercanías de Chiusi. Francisco, a solas, lucha en su interior; no le cabe en la cabeza que el Evangelio no pueda vivirse como ha salido de la boca del Señor, sin necesidad de glosa alguna. Se resiste a introducir cambios, no escucha los consejos de los hermanos y sólo, ante la insistencia del cardenal Ugolino, acepta introducir normas jurídicas de tipo organizativo. Se perdió así el espíritu fresco de la regla, que hablaba, en nombre del Evangelio, directamente al corazón del hombre para convertirlo a Dios. La nueva Regla será aprobada por el Papa el 29 de noviembre de 1223. En los Sermones de Antonio podemos escuchar un eco de lo que su corazón seguramente sentía en este momento:

Dios al primer hombre le dio un solo precepto: No comerás del árbol de la ciencia del bien y del mal (Gén 2,17). Y a pesar de ser tan sencillo, no lo cumplió. Pero a los hombres de nuestro tiempo se imponen muchos y nuevos preceptos y largos reglamentos. ¿Crees que los observarán? Al contrario, se hacen transgresores. Oigan tales sujetos lo que dice el Señor en el Apocalipsis: No os impongo ninguna otra carga; sólo que mantengáis firmemente hasta mi vuelta lo que ya tenéis (Ap 2,24-25): el Evangelio.

 En este Capítulo de las Esteras, Francisco se limita a una pequeña plática. Lo demás lo hace el vicario general, fray Elías. El es quien pide noventa misioneros para Alemania. Tres años antes, en 1219, Francisco había mandado unos sesenta, sin que conocieran ni una palabra de alemán. Unicamente sabían decir la palabra ja (sí) con la que lograban obtener todo. Pero un día les preguntaron si eran herejes y respondieron como siempre: ja. Fueron fustigados y devueltos a Italia. Ahora se vuelve a pedir voluntarios para una nueva misión en Alemania. Sin pensar en las dificultades, ya conocidas, se ofrecen noventa.

 Antonio se encuentra envuelto en la tempestad. El, neófito en la Orden, no entiende bien la discusión y se mantiene al margen. Pero, aparte las discusiones sobre la Regla, el capítulo tiene que nombrar los nuevos superiores y la distribución de los hermanos según las necesidades de cada provincia. Antonio espera su destino. Además de la curiosidad por conocer a Francisco, es lo único que espera del capítulo. Pero, siendo un novato desconocido, que no se sabe para qué sirva, ninguno de los ministros provinciales lo pide para su provincia. Si le ha dolido la humillación o se alegró en su corazón no lo han registrado las crónicas del capítulo. El un día escribirá: "Cuanto más se disminuye el justo en la humildad de su corazón, tanto más crece Dios en él".

 Al final, cuando casi todos han partido, no deseando volver a Portugal, y no teniendo ningún convento a donde dirigirse, se presenta a uno de los provinciales, que aún no ha partido. Fray Gracián, Ministro Provincial de la Romaña, en la alta Italia, que necesita un sacerdote para el eremitorio de Montepaolo, cerca de Forlí, le acepta. En el eremitorio de Montepaolo viven seis hermanos laicos y necesitan un sacerdote que les celebre la misa. Antonio es sacerdote; por ello, es aceptado y con los hermanos se encamina a pie a través de los Apeninos. Allí espera realizar el deseo que las palabras de Francisco han sembrado en su corazón: "Conocer, buscar y abrazar sólo a Jesús crucificado".

 Ante la santidad del Poverello, que habla con la simplicidad del Evangelio, a Antonio se le caen de los ojos las últimas escamas que le quedan. ¿Qué valen su ciencia y sus estudios? Rechazadas por Dios sus ansias impacientes de martirio, recién llegado a la Orden, donde sólo ha hecho vivir de la caridad de los Hermanos de Marruecos y de Mesina, sin haber podido hacer nada por ellos, Antonio se siente inútil, el último de todos. En medio de la multitud de frailes, Antonio se encuentra solo y desconocido. Tan callado y escondido está que ningún provincial se fija en él; todos le toman por un simple novicio. En su interior se puede decir lo que escribe más tarde: "Conoce tus caminos en el valle, esto es, conoce tus pecados, con doble humildad. La humildad muestra al hombre tal como es en sí mismo". Con su silencio pasa desapercibido para todos, menos para Dios, que le guía hacia la misión que le tiene destinada. Juan Pablo II, en el citado mensaje para el VIII Centenario del nacimiento, comenta este período:

Partió hacia Marruecos, pero una grave enfermedad lo obligó a renunciar a su ideal misionero. Comenzó así el último período de su existencia, durante el cual Dios lo guió por caminos que jamás había pensado recorrer. Después de haberlo desarraigado de su tierra y de sus proyectos de evangelización de ultramar, Dios lo llevó a vivir el ideal de la forma de vida evangélica en tierra italiana. San Antonio vivió la experiencia franciscana sólo once años, pero asimiló hasta tal punto su ideal que Cristo y el evangelio se convirtieron para él en regla de vida encarnada en la realidad de todos los días. El dijo en un sermón: "Por ti hemos dejado todo y nos hemos hecho pobres. Pero, dado que tú eres rico, te hemos seguido para que nos hagas ricos. Te hemos seguido, como la criatura sigue al Creador, como los hijos al Padre, como los niños a la madre, como los hambrientos al pan, como los enfermos al médico, como los cansados a la cama, como los exiliados la patria. Construyó su vida en Cristo.

 Durante los seis años en que Francisco y Antonio viven contemporáneamente en la misma Orden apenas si se tratan. Antonio ha conocido ahora de vista a Francisco en el Capítulo de las Esteras y no vuelve a verlo en vida. Pero, sin duda alguna, Antonio asimiló fielmente el espíritu franciscano. Con ocasión del Octavo centenario del nacimiento de Antonio, los Ministros Generales de la Familia Franciscana han escrito:

Antonio no está dentro del círculo de amigos, compañeros, colaboradores de Francisco. No obstante, vivió el franciscanismo de los orígenes con plena adhesión y docicilidad absoluta. De Francisco supo captar la sustancia de la vida y de la espiritualidad..., que se manifestaba en la imitación radical de Cristo pobre y humilde. Del espíritu franciscano de los orígenes Antonio recibió:

-el espíritu de itinerancia, de lo provisional que significa, sobre todo, la docilidad de la vida a las necesidades de los hermanos, de la Iglesia y del mundo. Marchó allí donde la obediencia lo enviaba y donde el "pueblo sediento" lo esperaba.

-el sentido de la sacralidad de la palabra de Dios, que para Antonio es "tierra fecunda", que contiene toda sabiduría: quien no conoce la Sagrada Escritura, desconoce todo los demás; anuncio de Cristo misericordioso y piadoso, humilde y crucificado.

-el seguimiento de Cristo, como salvador, rey, pobre y obediente, que invita: "deja la carga, pues no puedes seguirme corriendo si estás cargado. ¿A dónde corre? A la cruz. Corre también tú en pos de El, para que así como El ha tomado su cruz por ti, también tú por ti mismo tomes tu cruz". Es necesario seguir a Cristo "pobre y obediente", precisamente porque 'la pobreza enriquece y la obediencia libera".

 Para Antonio, como escribirá en los Sermones:

Los pobres de espíritu son sencillos como palomas. El nido donde viven y hasta el propio lecho en que duermen corporalmente es áspero y pobre. No hacen mal a nadie, antes perdonan a quien les hace mal. No viven de la rapiña, al contrario, distribuyen lo propio. Alimentan con la palabra de Dios a quienes les fueron confiados; y reparten con alegría la gracia a ellos concedida. No escandalizan ni a los mayores ni a los pequeños. Se alimentan con grano limpio, es decir, con la predicación de la Iglesia, no con la de los herejes, que es inmunda. Hechos todo a todos, se preocupan de la salvación de los extraños como de los propios: a todos aman entrañablemente en Jesucristo. Se sitúan junto a los torrentes de las Sagrada Escrituras. En los agujeros de las piedras, es decir, en el costado de Jesucristo, hacen el nido (Cant 2,14), y si sobreviene la tempestad de la tentación se refugian en el costado de Cristo y allí se esconden, diciendo con el Profeta: Tú eres mi refugio, la torre fortificada frente al enemigo (Sal 61,4). Se defienden no con las uñas de la venganza, sino con las alas de la humildad y de la paciencia. En unión con la Iglesia, asamblea de los fieles, vuelan con ellos a las cosas del cielo. Su canto es gemido; sus melodías, suspiros y lágrimas. En su fecundidad nutren diligentemente a los hijos gemelos, es decir, amor de Dios y del prójimo.

 Y comentando el evangelio de Lc 16,19-31, escribe:

Este rico aparece como un desconocido para Dios, pues ni siquiera tiene nombre. Es justo que su nombre no conste en el Evangelio, ya que nunca iba a ser escrito en el libro de la vida eterna. Este hombre representa a toda persona mundana, vendida al poder del pecado (Rom 7,14). De él dice el salmo: Ese es el hombre que no puso en Dios su refugio, sino en su gran riqueza confiaba (Sal 52,9). Coincide también con lo que se dice en el libro primero de Samuel: Había un hombre en Maón, que tenía su hacienda en Carmelo. Era un hombre muy rico. El hombre se llamaba Nabal (1Sam 25,2-3). Nabal quiere decir necio. El rico de este mundo es necio, porque no gusta las cosas de Dios. Más aún, no quieren considerar las obras de las manos de Dios, esto es, los pobres que El, como alfarero que modela el barro, formó con sus manos en la rueda de la predicación y coció en el horno de la pobreza. Y se viste de la misma púrpura de que se viste la meretriz del Apocalipsis (Ap 17,14).

Y un pobre llamado Lázaro. Contrapón cada cosa a su cosa; contrapón el oro al plomo para que la vileza del plomo se ponga de relieve frente al esplendor del oro. Aquel es un hombre; este se llama Lázaro. Aquel es rico; éste es mendigo: Aquel vestía púrpura y lino; este andaba lleno de llagas. Aquel banqueteaba todos los días espléndidamente; éste deseaba hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico y nadie se las daba...

Lázaro representa a todos los pobres de Jesucristo, que El ayuda, salva y alivia. Yacía al portal del rico. Mira el arca del Señor puesta delante de Dagón (1Sam 5,2). Espera un poco y verás lo contrario: Dagón caído y el arca levantada. El que no quiso dar una miga de pan no mereció recibir una gota de agua... El rico vio a Lázaro en el seno de Abraham... y experimentó lo que dice el libro de la Sabiduría: Al verle, quedaron consternados, sobrecogidos de espanto, estupefactos por lo inesperado de su salvación. Se dirán mudando de parecer, gimiendo con el espíritu angustiado: Este es aquel de quien entonces nos burlábamos, a quien ultrajábamos, insensatos, con nuestros sarcasmos. Locura nos pareció su vida y su muerte una ignominia. ¿Cómo, pues, es contado entre los hijos de Dios y participa en la herencia de los santos?

Deseaba hartarse con las migas. Miga es un porción mínima caída del pan. El verdadero pobre se contenta con lo mínimo, desea lo mínimo; este mínimo, junto a la grandeza de Dios, le sacia y renueva. Por eso dice el pobre en el introito de la misa de hoy: Señor, en tu amor confío; en tu salvación mi corazón exulte. Al Señor cantaré por el bien que me ha hecho (Sal 13,6). El verdadero pobre espera en la misericordia de Dios, exulta en su corazón en medio de la miseria del mundo, y de esta manera cantará al Señor en la gloria eterna. Coincide también con la Epístola de hoy: Dios es amor (1Jn 4,8).

 5. EN MONTEPAOLO

 Durante el camino hacia el norte de Italia, Antonio marcha silencioso, meditando sobre los mil detalles de la experiencia de la Porciúncula. Seguramente va rumiando su emoción y sus dudas. Ha visto a Francisco, pero probablemente Francisco ni siquiera ha puesto los ojos en él. Ha escuchado y guardado en su corazón las pocas palabras del Padre, pero también lleva en el corazón, como un espina, las discusiones que ha oído y las disensiones que ha palpado. Y lleva aún sin resolver el interrogante, que llevó al Capítulo: ¿Cuál es el designio de Dios sobre su vida?

 Antes de dejar los Apeninos, en una zona solitaria y silvestre, se eleva el eremitorio de Montepaolo. Los seis hermanos laicos, que se lamentaban por la falta de un sacerdote, que les celebrase la misa y oyera en confesión, acogen con gozo a Antonio. Con ellos sube la pendiente que les lleva a la ermita.

 El pequeño convento está colocado sobre la cima de una colina escabrosa y de poca vegetación, en las estribaciones de los Apeninos, frente al mar que se divisa hacia el Levante tras la llanura del Po. Consta de una pequeña iglesia, las celdas y un huerto. A Antonio le parece haber vuelto al eremitorio de Olivares. Se siente contento en aquella agreste soledad, deseoso de paz y silencio. Por ello prefiere retirarse a una gruta, aislada en el bosque, para llevar "una vida escondida con Cristo en Dios", siguiendo lo que Francisco había prescrito:

Quienes quieran retirarse a vivir religiosamente en las ermitas, sean tres o al máximo cuatro. Dos de ellos hagan de madres y tengan dos o al menos uno como hijos. Unos lleven la vida de Marta y los otros la de María. Quienes hagan de madres hacen de Marta y los otros de María. Estos tengan una zona recintada en la que cada uno tenga su celda en la que pueda orar y dormir. Todos los días digan completas al atardecer y observen el silencio. Digan las horas canónicas, se levanten para maitines y busquen en primer lugar el Reino de Dios y su justicia. Reciten prima a la hora adecuada; después de tercia pueden romper el silencio, hablar con sus madres, yendo donde ellas, y cuando les parezca pueden pedir limosna por amor del Señor como pobres y pequeños. A su debido tiempo reciten sexta, nona y vísperas. No deben permitir a nadie entrar en el recinto donde moran y a ninguno le es permitido comer allí. Los hermanos, que hacen de madres, procuren estar alejados de toda persona y, por obediencia a su ministro, defiendan a sus hijos de quien sea, para que nadie hable con ellos. Los hijos no deben hablar con nadie, si no es con las madres y con el custodio, si él tiene a bien visitarlos con la bendición de Dios. Sin embargo, los hijos asuman de tanto en tanto el oficio de madres, dándose el cambio entre unos y otros.

 Durante el año, que pasa en Montepaolo, Antonio completa su preparación para la misión, que Dios aún no le ha revelado, pero que tiene dispuesta para él. Allí no hay más libros que los indispensables para las funciones litúrgicas, no hay biblioteca ni tiene doctos maestros, pero aprende algo más importante del testimonio de los hermanos, que le hablan a la mente y al corazón con su vida. Le habla igualmente la naturaleza siempre sorprendente y cautivadora, con sus plantas, aves e insectos; le habla la voz de Cristo en la oración y en las largas horas de contemplación silenciosa. Por ello propondrá, comentando el pasaje bíblico de la escala de Jacob: "Subid, pues, ángeles, prelados de la Iglesia y fieles de Jesucristo; subid, digo, para contemplar lo dulce que es el Señor; y volved a bajar para socorrer y consolar al prójimo, porque eso es lo que necesita".

 El, que ha vivido siempre en ciudad, goza ahora del contacto directo y vital con la naturaleza, aprendiendo el lenguaje y el sentido concreto de las cosas. Sobre esta colina echan raíces algunos elementos que darán fuerza más tarde a su predicación: doctor se hizo en Coimbra; "popular", en Montepaolo. Así podrá unir al lenguaje de la erudición el de las imágenes vivas, con las que cautivará a sus oyentes. Gracias a este año en Montepaolo logra también entender realmente el mensaje de San Francisco.

 A lo largo del día los momentos de vida comunitaria son el de la celebración de la misa, el de la lectura de los textos de la Escritura y durante los encuentros en torno a la sobria mesa. Antonio se encarga de lavar los utensilios de la cocina y limpiar los pisos de la iglesia y del eremitorio. El resto del tiempo lo pasa en la gruta, buscando a Dios en el silencio y la soledad. En sus escritos, ha dejado dicho: "No es el juicio de los hombres el que nos revela lo que somos. Los hombres engañan y se dejan engañar, llaman mal al bien, y bien al mal. Cada uno vale en sí mismo cuanto vale ante Dios y nada más". La Assidua nos relata su vida:

Cierto fraile se había arreglado una cueva que le servía de celda para retirarse allí y dedicarse a la altísima contemplación. Cuando Antonio, que iba explorando el bosque, la vio, se prendó de ella y, con muchos ruegos, se la pidió al devoto fraile, que, vencido por las reiteradas súplicas del santo, se la cedió fraternalmente. Desde entonces todas las mañanas, después de haber tomado parte en la oración comunitaria de la mañana, se retiraba allí, llevándose consigo un trozo de pan y un recipiente de agua para todo el día. Así pasaba las jornadas en la soledad, forzando a la carne a servir al espíritu. Pero, fiel a las prescripciones de la Regla franciscana, asistía por la tarde a la conferencia espiritual, que se tenía en el convento. Pero más de una vez, cuando se aprestaba a unirse a los demás al toque de la campana, su pobre cuerpo se hallaba tan debilitado por las vigilias y tan extenuado por el ayuno que se tambaleaba por el camino e, incapaz de tenerse en pie, caía al suelo, y de no haber sido ayudado por sus hermanos nunca hubiera podido llegar al convento.

 Pero cuando el hombre se retira en busca de Dios, también el diablo va en busca de él. No le faltan a Antonio "asaltos y amenazas de los demonios", a los que tiene que enfrentarse con penitencias y privaciones: "La puerta del cielo es baja y quien desee entrar necesita inclinarse; nos lo enseñó Jesús mismo que, muriendo, inclinó la cabeza". No está la vida en la comida o la bebida: "Así como una migaja de pan, cuando absorbe vino, es absorbida por el vino y baja al fondo del vaso, así también los golosos, de sorbentes se hacen sorbidos, quedándose sepultados en el infierno de su vientre". El, en su retiro, se defiende del enemigo, escondiéndose en el costado de Cristo:

Si alguno entrare por mí, esto es, por mi costado abierto por la lanza, llevando en su corazón la fe, el recuerdo de mi pasión y la compasión, éste será un lugar seguro, como la paloma que se esconde en la cavidad de la roca para substraerse al gavilán que trata de cogerla.

 Antonio, en su fe, se siente sostenido por la gracia de Dios, pero también mortifica su cuerpo, controla los sentidos y pone freno a sus afectos. Está convencido, como escribe, que el lujurioso termina siendo un juguete en las manos del demonio, pues los placeres de la carne, disipan toda virtud, despojan al hombre de toda fuerza, apagando todas sus energías. La gula es la puerta para la lujuria. Comentando Jeremías 13,7, escribe: "La faja estaba podrida en el río Eufrates. La faja de la castidad se pudre en la abundancia de la gula y de la embriaguez". "De la gula viene la fornicación, como se lee en el libro de los Números: Israel se puso a fornicar con la hijas de Moab, las cuales les invitaban a comer los alimentos ofrecidos a los ídolos (Nú 25,1-2)" . Y con una comparación gráfica dice: "Vara de mando de dominio es la lujuria, que todo lo tiraniza. Ella atrae la gula, que cada día apetece la usura de la voluptuosidad con el ansia de la necesidad". Son incontables las veces que Antonio combate la gula. Por ejemplo, comentando Fil 3,17-19, escribe:

"Cuyo dios es el vientre". La Escritura habla siempre en símbolos para que, lo que no se pueda discernir según sus realidades, se comprenda según su semejanza. Por ello es comparado el dios al vientre. A los dioses se les suele edificar templos, erigir altares, destinar ministros para su servicio, inmolar víctimas, quemar incienso. Así, en cierto modo, la cocina es el templo del dios-vientre, su altar la mesa y víctimas las carnes bien aderezadas. Humo de incienso es el perfume de los sabores.

 Por ello Antonio, cuyos pecados sólo Dios conoce, pues sus biógrafos no nos han dejado noticia alguna de ellos, se siente dolorido por sus culpas, hace penitencia y se refugia en la misericordia de Dios. Es la vida de penitencia que llena las horas de su retiro en el eremitorio de Montepaolo. Allí repite la oración del corazón:

¡Señor, hijo de David, ten piedad de mi! (Mt 15,22). Esta debe ser la oración propia del alma penitente, convertida como David, quien, después del adulterio y del homicidio, reconociendo los pecados cometidos, hizo verdadera penitencia. Dice, pues: ¡Señor, hijo de David, ten piedad de mí! Como si dijese: ¡Oh Señor!, tomaste carne de la familia y tribu de David, para infundir la gracia del perdón y extender la mano de la misericordia a los pecadores convertidos que, a ejemplo de David, esperan en tu misericordia y hacen penitencia. Por eso, Hijo de David, ten piedad de mí.

 En lo escondido de la gruta contempla, sobre todo, a Cristo y en El encuentra la paz:

Refiere San Lucas: Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo (Lc 24,39). Nos mostró las manos y el costado diciendo: Estas son las manos que os han formado (Sal 119,73): ved cómo los clavos las traspasaron. Mirad el costado donde nacisteis vosotros, fieles, mi Iglesia, como Eva nació del costado de Adán; ved cómo fue abierto por la lanza para abriros la puerta del paraíso, cerrada por el Querubín y la espada de fuego. El poder de la sangre, que manó del costado de Cristo, retiró al ángel y embotó su espada; el agua extinguió el fuego... Si escuchas y consideras bien estas cosas, oh hombre, tendrás paz. El Señor, después de mostrarles las manos y el costado, les dijo: La paz con vosotros.

 Amante de la soledad, en Montepaolo, Antonio asimila el espíritu de los Hermanos Menores. Es cierto que en sus Sermones no hay ninguna alusión explícita a san Francisco, pero en ellos se trasluce todo el espíritu franciscano, injertado en la espiritualidad agustiniana, que había asimilado anteriormente. Para Francisco lo primero y fundamental es la conversión, el seguimiento de Cristo pobre y crucificado. Por ello, la virtud primera es la pobreza, seguida de la humildad y de la fraternidad, vividas con simplicidad y alegría. Entre los canónigos regulares, en cambio, la humildad era considerada la "madre" de todas las virtudes, en particular de la pobreza y de la caridad. En el sermón de las diez rayas que hay en el reloj de Ajaz (2Re 20,8-11), escribe:

En nuestro reloj tenemos y debemos ejercitar diez grados de humildad, por los cuales el sol, que es el alma iluminada por la gracia de Dios, debe ascender y de nuevo volver a girar. El alma del penitente debe ascender y descender por esos diez grados. Cuanto más descienda, tanto más ascenderá. Y esta es la verdadera señal de que el Señor la curará de toda enfermedad de pecado y que quiere ascender al templo de la Jerusalén celestial, edificado con piedras vivas... En suma, se trata del propio conocimiento y del conocimiento de Dios. Quien se dejare guiar por ella es verdaderamente árbol bueno, que da frutos buenos (Mt 7,17), porque es hijo de Dios. Como la raíz soporta el árbol, así la humildad es soporte del alma.

 Para Antonio, el verdadero pobre es el que se contenta con lo mínimo, desea lo mínimo, porque aspira a poseer la riqueza de la vida eterna. Esta esperanza le lleva a aceptar el peso del día y del calor, usando vestidos austeros. El, que vive gustoso la pobreza franciscana, la exalta unida a la caridad: "No sin gran dolor citamos las actitudes de los prelados de la Iglesia y de los grandes de este mundo; ellos hacen esperar largo tiempo a los pobres de Cristo, que esperan a su puerta llorando y pidiendo limosna, para enviarles al fin, después de haber comido bien, los restos de su mesa y los residuos de su platos".

 Lo importante para Antonio, lo mismo que para Francisco, es la conversión a Cristo en penitencia y obediencia: "El verdadero penitente es el pobre de espíritu, el indigente, que se hace con Cristo obediente hasta la muerte". Estos pobres de espíritu son los elegidos de Dios: "Dios ha llamado a seguirle a los sencillos. Ha escogido lo que en el mundo es inepto y frágil, débil y despreciable, para llamar a los sabios, a los fuertes y a los nobles, a fin de que nadie pueda gloriarse de sí, sino en el que en Nazaret estuvo sometido a sus padres".

 Después de casi un año de retiro en Montepaolo, con ocasión de las ordenaciones sacerdotales, baja a Forlí y allí se encuentra con lo que no buscaba. Dios, que le ha ido preparando, llevándole por caminos siempre sorprendentes, se decide a sacarlo del anonimato, para que comience la misión fundamental de su vida. Podemos aplicarle sus mismas palabras:

En este lugar, los santos brillan como estrellas del firmamento. Cristo les tiene bajo el sigilo de su Providencia, para que no aparezcan cuando ellos quieren, sino que estén preparados para la obra establecida por El. Y cuando sientan resonar en el corazón su mandato, salgan fuera del secreto de la contemplación hacia las obras que exige la necesidad.

 La llama que arde, escondida bajo el celemín, está para ser colocada sobre el candelero y que alumbre a todos. La ciudad edificada sobre la montaña no puede permanecer oculta. Está llegando la hora en que Antonio salga de su retiro. Como dice un biógrafo, "en el invierno vemos cómo muchos árboles aparecen despojados de sus hojas. Se diría que la vida ha desaparecido de ellos. Pero su muerte no es más que aparente. En su interior, la vida sigue pujante. La savia continúa circulando por sus ramas, y las raíces se arraigan más y más a la tierra. Viene luego la primavera y aquella vida interior sale afuera en una epifanía de frutos. Esto es lo que ocurrió con Antonio".

 6. EL SERMON DE FORLI

 Antonio pasa los últimos años de su corta vida entregado a la predicación. Para esa misión se ha preparado estudiando en los monasterios agustinos y orando en los eremitorios franciscanos. Está especialmente dotado para ello, pero la verdad es que nadie lo sabe, quizás ni él mismo. Sólo lo sabe el Señor, que le ha elegido y guiado sus pasos desde el primer momento de su vida.

 Hasta el otoño de 1222 Antonio es totalmente un desconocido. Vive en el eremitorio de Montepaolo dedicado a las más humildes ocupaciones, como lavar los platos o barrer el dormitorio. Pero el 24 de septiembre, en las témporas de otoño, es el día de las ordenaciones sacerdotales. En la antigua iglesia de San Mercurio se reúnen los clérigos que deben ser ordenados. Es una gran fiesta para los sacerdotes y frailes, dominicos y franciscanos, congregados en torno al obispo de la diócesis de Forlí, Ricardo Belmonti. Todos, doctos y humildes, profesores y sirvientes, asisten con regocijo a la ordenación. Entre ellos está también Antonio, que ha bajado a la ciudad con los demás hermanos de Montepaolo. A un cierto punto, un imprevisto -nuestro Dios siempre llega de improviso- rompe la tranquilidad y rutina de la vida de Antonio. "Las delicias espirituales mantienen siempre vivo el deseo y, cuanto más se gustan, más ardientemente se desean". Antonio, gustando la intimidad de Dios en la gruta excavada en la roca, no desea en absoluto abandonar aquel escondrijo de paz. Pero otro es el designio de Dios.

 Sucede que el predicador no se presenta. Es un contratiempo inesperado y molesto. El superior, fray Gracián, busca la forma de salvar la situación, invitando a los padres dominicos a que uno de ellos se haga cargo del sermón. Ellos son los más aptos para ello, ¿no son acaso la Orden de Predicadores? Pero todos ellos rechazan la oferta. Como refiere la Assidua "se excusaron uno tras otro pretextando que no les era posible ni les estaba permitido improvisar sobre un tema tan importante como la palabra de Dios". Sin haberse preparado ninguno está dispuesto a subir al púlpito. Lo mismo dicen los franciscanos más conocidos por su oratoria: en una ocasión tan solemne no pueden predicar sin haberse preparado.

 Molesto y, viéndose obligado a buscar una solución, el superior mira en torno y se encuentra con Antonio. No le ha oído nunca predicar ni hablar en latín. Sólo sabe que es sacerdote y piensa que algo sabrá de la Sagrada Escritura. Quizás aquel joven sacerdote, dispuesto a todo, le pueda sacar del apuro. Sin pensarlo más le pide que predique. Antonio se disculpa, confesándose ignorante e incapaz. Se hace rogar un poco, pero le vence la obediencia: inclina la cabeza y acepta el sermón.

 Al momento del sermón, Antonio, bajito y gordo como es, se levanta, hace la señal de la cruz, invoca la ayuda de Dios y comienza a hablar. Las palabras le salen de la boca lentamente, como si su pensamiento encontrara dificultad en revestirse de las formas verbales. Poco a poco la palabra se va haciendo más fluida, hasta dejarse llevar por ella, libre de toda preocupación. Su voz cobra vigor, dando a su palabra calor. La palabra se hace penetrante, encendida. Las citas de la Escritura le brotan atinadas, convincentes. Los presentes comienzan escuchando con curiosidad, o con cierta malicia quienes se han negado, pero terminan por seguirle con interés y admiración, transportados por el ímpetu de su palabra. Los Hermanos no acaban de creer lo que ven y oyen. "Sabían que era capaz de fregar los platos -dice la Assidua- pero no de exponer los arcanos de la Sagrada Escritura". Todos quedan impresiona-dos "por la profundidad inesperada de su palabra".

 Dios, que ha encendido en Antonio su lámpara, ahora la coloca sobre el candelero. Fray Gracián queda más que satisfecho; un poco de orgullo le recorre el cuerpo. Uno de su orden, de los menores, ha demostrado a los dominicos, que se sienten muy superiores en cuanto predicadores, que también ellos saben predicar. En seguida habla con fray Elías, quien lo comenta con Francisco. De este modo Antonio pasa a ser el enseñante y predicador.

 Si también a Antonio le toca el alma el orgullo, lo vence muy pronto. El no busca aplausos. El dice de los predicadores: "La verdad engendra odio; por ello, algunos, para no incurrir en el odio de los demás, se tapan la boca con el manto del silencio. Si predicasen la verdad, como ella es y como la Escritura impone, incurrirían en el odio de las personas mundanas, que les arrojarían de sus ambientes. Pero, como caminan según la mentalidad de los mundanos, temen escandalizarles, si bien es preciso no faltar a la verdad, ni siquiera a costa del escándalo". Y a sí mismo se dice:

¿Por qué te glorías, tú, que eres ceniza y polvo? ¿Por la santidad de vida? El Espíritu Santo es el que santifica; no el tuyo, sino el de Dios. Quizás el pueblo te alabe cuando dices una palabra oportuna; pero es Dios el que da a tu boca la sabiduría. Tu lengua no es más que pluma de ágil escribano (Is 41,2; Vulgata).

 El en su vida de predicador no mirará a la cara a nadie; más bien será vehemente con los poderosos, misericordioso con los pobres y lleno de piedad ante las miserias humanas. Pero sin ocultar jamás la verdad. Podía hablar con verdad, porque su vida testimoniaba la verdad de su palabra: "amante de la claridad en el pensar y coherente en el actuar". Antonio llama a las cosas por su nombre. En esto participa de algo característico de su época, en la que se dan grandes pecadores, pero llaman al pecado pecado. Por ello se dan también las grandes conversiones. El siglo XIII es un siglo rico en santos de todas las condiciones sociales: reyes, caballeros, burgueses, plebeyos, seglares, religiosos, prelados, vírgenes, casados y viudas.

 Antonio, en sus Sermones, nos describe sin tapujos la sociedad de su tiempo: "Por pecadores se entienden los amantes de este mundo, quienes, llevados de la solicitud y curiosidad, corren en pos de las riquezas y de los placeres; son pecadores quienes echan el anzuelo en el río de los falsos mercaderes y, para prender al que desean comprar, cubren con el cebo de la falsa belleza el anzuelo de su alma; igualmente quienes tienden sus redes sobre las superficie de las aguas de los malditos usureros, que apresan en sus redes a los grandes y pequeños, a los ricos y a los pobres; y, por último, quienes cultivan y rastrillan el lino y tejen telas finas, como los legistas, decretistas y falsos abogados. Todos ellos llorarán en el fin de su vida al verse imposibilitados para negociar, pues se hallarán míseramente desnudos de las riquezas que tan afanosamente adquirieron y tan ardientemente amaron". Son quienes llevan el nombre de cristianos, pero su vida contradice el significado de dicho nombre. Antonio les compara con el búho:

El búho tiene vista débil al mediodía, pero por la noche ve con más claridad. Entonces es fuerte y vuela seguro, porque de día las otras aves vuelan a su alrededor y le despluman (por esta razón los cazadores de aves cogen con él muchas aves). El búho tiene el nombre del sonido de su voz y significa el cristiano, que sólo del sonido de la voz tiene el nombre, porque de Cristo se llama cristiano, pero no tiene la cosa significada por el nombre, esto es, la humildad y la caridad de Cristo. Y por eso se llama vaso vacío, pero señalado. No ve claro de día, porque no tiene la luz de las buenas obras, mas de noche ven con mucha agudeza, porque los hijos de este siglo son más sagaces que los hijos de la Cruz.

 Pero no se conforma con denunciar el pecado. Al pecador le da instrucciones concretas para salir del pecado y recobrar la vida en Cristo: "El pecador ha de orar al Señor para que le libre del poder del demonio. Ha de hacer penitencia, para que se le suelten las cadenas de las malas obras. Ha de rogar que se le rompan los grillos de la costumbre viciosa. Ha de suplicar incesantemente al Señor que le saque de la confusión de la ceguera espiritual". "Con la oración limpiamos el alma de los pensamientos impuros; y con la penitencia refrenamos la insolencia de la carne". Esta es la misión de la Iglesia con los pecadores:

El predicador con el óleo de su predicación debe ungir al pecador convertido para que, en la lucha, no consienta en las sugestiones del demonio, refrene la carne seductora y desprecie al mundo engañador. El aceite también ilumina, porque la predicación es luz. Por consiguiente, en nombre de Jesucristo, recibiré la unción del Evangelio y derramaré el óleo de la predicación con que serán iluminados los ojos de aquel ciego que estaba sentado junto al camino (Lc 18,35).

Nuestro único Samaritano y Mediador es Jesucristo, quien, para cuidar al herido, vivificó al medio muerto y, colocándolo sobre sí mismo, lo reconduce al albergue de la Iglesia, a fin de que, a cambio de su fe en el mismo Jesucristo, le sea dada la promesa de la vida eterna.

 Antonio se alegra viendo a los pecadores levantarse de su pecado y ponerse en camino hacia el albergue de la Iglesia, donde encuentran la luz de Cristo:

¿Quién es ésta, dice el esposo refiriéndose al alma penitente, que se levanta como la aurora? (Cant 6,9). Como la aurora es principio del día y fin de la noche, así la contrición es fin del pecado y principio de la conversión. Por lo cual dice el Apóstol: En otro tiempo fuisteis tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor (Ef 5,8); y en otro lugar: Pasó la noche y llega el día (Rom 13,12).

 El 8 de abril de 1263, terminada la basílica de Padua, los restos mortales de Antonio serán solemnemente trasladados desde Santa María Mater Domini a la nueva Iglesia adyacente. Al reconocimiento de los restos, el Ministro General de la Orden, San Buenaven-tura, descubre con gran sorpresa que la lengua se conserva incorrupta. Tras el altar de la basílica, se halla la urna con la lengua incorrupta. Es el símbolo, junto con el libro, de su identidad.

 En adelante, la vida de Antonio se desenvuelve entre el coloquio con Dios y el anuncio de su Palabra; pasa del silencio de la oración a la catequesis a los instruidos y al pueblo, para volver de nuevo al dialogo silencioso con Dios. La fuente de la sabiduría es esa presencia de Dios, testimoniada en lo íntimo del hombre por el Espíritu Santo. Más que la especulación a Antonio le interesa la vida y experiencia de Dios, gustada en la simplicidad del amor, que brota en el interior del hombre que se abre a la acción del Espíritu de Dios.

Quedaron llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar otras lenguas, según el Espíritu Santo les concedía hablar ( He 2,4). Esto es signo de plenitud. El vaso lleno se desborda; el fuego no puede ocultarse.

Se dice en el segundo libro de los Reyes: Mientras tocaba el tañedor, vino sobre él la mano del Señor (2Re 3,15). Cuando el tocador del arpa, es decir, el Espíritu Santo, egregio tocador de arpa en Israel, canta en el corazón del predicador, entonces la mano del Señor viene sobre Eliseo, que es el propio predicador, confiriéndole el don de fortaleza, ayudándole en todo lo que pusiere la mano. Si este tañedor del arpa no canta, la lengua del predicador enmudece.

 Antonio, que se ha desatado de los lazos familiares, rompiéndolos del todo, vive el gozo de la precariedad, sin proyectos ni ambiciones, abierto con total disponibilidad al querer de Dios. Cierto, no es sólo gozo, es también combate. Antonio da muerte cada día a su yo, sirviendo a los hermanos en la necesidades más humildes y retirándose frecuentemente a la soledad. El sabe que la humildad es la condición imprescindible para encontrar a Dios. Lo ha aprendido desde el principio, en los monasterios de Santa Cruz y de Coimbra. Allí ha tenido como maestros de espíritu a San Agustín y a San Bernardo. Siguiendo sus enseñanzas busca, a través de la humillación, el don precioso de la pobreza de espíritu. Francisco, luego, le abre el camino de la pobreza material como fundamento de la libertad y de la perfecta alegría. Antonio acoge la pobreza como elección de vida, pero sigue fiel a sus primeras enseñanzas: la humildad es la raíz de toda virtud.

 Y con la humildad Antonio busca el silencio. Ya, apenas iniciado el camino de su conversión, deja el monasterio de Lisboa y se traslada a Coimbra, poniendo distancia entre él y sus familiares, que en Lisboa le visitan con demasiada frecuencia. Luego, al ingresar en el franciscanos, pide y le es concedido retirarse a una colina apartada de la Romaña. Mientras esté predicando en Francia, se retirará a Brive. Y durante su permanencia en Padua se alejará frecuentemente a Camposanpiero. El silencio no es una huida de los hombres, de las distracciones de la sociedad corrompida. Antonio busca el silencio de la soledad para encontrarse con Dios y comprender, amar y servir mejor a los hombres. Por ello su palabra es viva y toca lo más íntimo del corazón de sus oyentes. Pero, desde ahora, su vida es cada vez más itinerante, más pública. Predicación popular, conferencias al clero, ministerio de la reconciliación, lecciones de teología a sus hermanos... llenarán las horas de los años de vida que le quedan. La armonía entre la actividad apostólica y la soledad contemplativa se hace difícil, pero es una gracia que el Espíritu Santo concede a Antonio, que siempre buscará, tras su inagotable actividad, "retirarse a lugares apartados, buscando la calma y la soledad, amigas de la contemplación".

Se apareció el Señor a los discípulos mientras faenaban con la pesca. Pesca es la predicación. El Señor se aparece a los que trabajan en ella. Como se dice: Se les apareció la gloria del Señor, que habló a Moisés y le dijo: Toma la vara y reúne a la comunidad, tú con tu hermano Aarón (Nú 20,6-8). Moisés, el predicador, nunca debe tomar la vara de la predicación sin su hermano Aarón; sin éste el pueblo nunca está bien reunido. Y hablad a la roca, es decir, al corazón duro del pecador, que dará aguas de compunción... Hablad, en plural, pues si habla sólo el predicador, mientras que su vida enmudece, no sale agua de la piedra. El Señor maldijo la higuera en que no halló mas que hojas, y no higos (Mt 21,19).

 7. PREDICACION EN RIMINI

A partir del sermón de Forlí la vida de Antonio cambia totalmente. En el capítulo celebrado por la fiesta de San Miguel, a finales de septiembre, su provincial, el hermano Gracián, le nombra predicador para toda la región de la Romaña, de la que es Provincial. La Provincia se extiende desde Bolonia y Ferrara hasta Forlí y Rávena. Esta nueva misión arranca a Antonio de la paz de su soledad en Montepaolo. Antonio escribe más tarde: "Los anunciadores del evangelio son los pies de Cristo, pues ellos le llevan a todo el mundo".

Fiel al profeta Isaías, que dice: "Grita a voz en cuello, no desistas. Como una trompeta, alza la voz, denuncia a mi pueblo sus pecados", Antonio abandona el eremitorio, desciende a la llanura y contempla con sus ojos lo que más tarde escribe, es decir, "que los sacerdotes de la Iglesia no poseían la luz de la sabiduría y que su actuación no era mejor, de modo que el diablo dispersaba las ovejas y el ladrón, es decir, el hereje, se las llevaba consigo". Esto le mueve a dedicarse de lleno a su misión de predicador, pero no sólo con la palabra, pues "el predicador, con la palabra y con el testimonio de vida, debe ser el sol para aquellos a quien predica. Su vida debe ser caliente y su doctrina luminosa".

Leemos en el primer libro de Samuel: Israel salió al encuentro de los filisteos y acampó junto a la piedra del socorro (1Sam 4,1). Por tanto, en nombre de Jesucristo, piedra del socorro, saldré contra el filisteo, contra el demonio, a fin de poder en esta predicación liberar de sus manos al pecador, cautivo del pecado, confiando en la gracia de aquel que salió a salvar a su pueblo.

Es una misión nada fácil. Los predicadores en ese momento son escogidos entre "los hombres poderosos en obras y palabras", según las directrices del IV concilio de Letrán. Y es que por entonces son muchos los clérigos y laicos que se atribuyen la misión de predicadores sin la preparación teológica necesaria, buscando propagar errores y oponerse a los obispos o simplemente con fines de lucro. Basta leer la descripción que nos hace Antonio de estos predicadores en su sermón sobre el administrador infiel (Lc 16,1-4) para darse una idea de la situación:

Por desgracia, yo no puedo hablar de un administrador, sino de un ladrón, de un lobo que disipa el bien que se le ha confiado. El prelado de la Iglesia es un oso sediento de presa, que despoja al pobre pueblo. Con el mal ejemplo de su vida arroja a los que están bajo su autoridad. ¡Cuántos, a causa del mal ejemplo de los prelados, desprecian la fe y se vuelven hacia los herejes..! Guarda, pues, tus rebaños, a fin de que, si alguien está infectado por la enfermedad de la herejía y del cisma, no infecte también a los otros.

Desde hace algunos años se están multiplicando los movimientos de reforma de la Iglesia, predicando la vuelta a la pobreza y al espíritu del evangelio, siguiendo a Cristo crucificado. Por el sur de Francia y el norte de Italia aparecen valdenses, cátaros, albigenses, y pobres de Lyón con características similares. Decepcionados por la corrupción del clero, comienzan cumpliendo a la letra el evangelio, que manda dejar todo, darlo a los pobres y seguir a Cristo bajo el signo de la penitencia y la cruz. Predican la pobreza en las calles y las plazas, atacando públicamente a obispos y clero, sobre todo por sus riquezas, en contradicción con la pobreza evangélica practicada por Jesús y sus discípulos. Pero, en su afán de pobreza, reviven las herejías gnósticas y maniqueas. Buscan liberarse de la materia con el ayuno y la abstinencia de todas las obras de la carne, comprendido el matrimonio. La misma encarnación de Cristo para ellos es absurda, lo mismo que los sacramentos, en los que la materia es indispensable. Son igualmente rechazados los templos y las imágenes, como todo lo que no es puro espíritu. Se llaman a sí mismos cátaros, los puros, o también albigenses, del nombre de la ciudad de Albí, desde donde se difunden. Pero, en nombre del Evangelio, atacan la historia de la salvación, los sacramentos y a la Iglesia institucional.

En Lyón se propagó la herejía de Pedro Valdo -valdenses o pobres de Lyón-. Este, comerciante rico, impresionado con la muerte de un amigo, ocurrida repentinamente en su presencia, vendió todos sus bienes, repartió el importe entre los pobres y salió a predicar el Evangelio. Enseguida se le incorporan otros muchos discípulos. No poseen nada como propio, lo ponen todo en común. Leen las Escrituras y, en un comienzo, se muestran pacíficos. El Papa Inocencio II les da la autorización de predicar. Pero pronto caen en los excesos y herejías de los demás "grupos espirituales". Sus ideas se propagan no sólo en su región, sino que se difunden rápidamente por otras. En Italia es Rímini el centro de atracción de los herejes. En Rímini, en 1220, San Aldebrando se enfrenta a ellos y tiene que refugiarse en el campanario de la iglesia e inmediatamente huir, para escapar de la muerte.

Estas herejías hablan de dos Iglesias opuestas: "Una, la buena, la cátara, la Iglesia de Jesucristo; otra, la mala, la Iglesia romana, designada como la madre de las fornicaciones, la gran Babilonia, la cortesana y basílica del diablo, la sinagoga de Satanás". Esto lleva al escándalo de las divisiones en el seno de la Iglesia. Como escribe Antonio:

La túnica de Jesucristo, sin costura e inconsútil (Jn 19,23) es la fe, la unidad de la Iglesia, que los herejes, los falsos cristianos y los simoníacos, que trafican con las cosas espirituales, intentan dividir: los herejes menosprecian la obediencia a la Iglesia; y los falsos cristianos "han envejecido en el mal" (Dan 13,52); los simoníacos hacen desaparecer el valor de la dignidad eclesiástica comprándola con dinero.

El Papa Inocencio III busca reformar a la Iglesia desde dentro, convocando el IV concilio de Letrán (1215), que adopta disposiciones para la preparación pastoral del clero. También apoya a las nacientes órdenes religiosas de dominicos y franciscanos, que pretenden la vuelta al Evangelio, como los herejes, pero en unión con el Papa y en obediencia a los obispos. Domingo de Gúzmán y Francisco de Asís sostienen la basílica de Letrán, amenazada de ruina, según el sueño del Papa, y que inspira uno de los frescos del Giotto. Para reconstruir la Iglesia, Francisco, inspirándose en el Evangelio y en los Apóstoles, envía a sus frailes de dos en dos, en misión itinerante de ciudad en ciudad. Con su palabra simple y el testimonio de vida llaman a conversión a todos, a los creyentes y a los infieles, a los católicos y a los herejes. Pero, envueltos en las discusiones con los herejes, sienten la necesidad de formar predicadores capaces de rebatir sus sofismas con la misma Escritura, que citan los herejes. Entre los Hermanos Menores, nadie mejor preparado para esta misión que Antonio. La Assidua nos da esta síntesis de la actividad de Antonio:

Antonio llegó providencialmente a la ciudad y, viendo que muchos cristianos habían caído víctimas de la herejía, reunió a todo el pueblo y comenzó a predicar con fervor de espíritu. Iba por las ciudades, las aldeas, los castillos y el campo, sembrando por todas partes la palabra de vida. En Rímini, él, que no había aprendido los sofismas de los filósofos, supo refutar con más claridad que el sol las tortuosas afirmaciones de los herejes. Su vigorosa palabra y su doctrina echaron en los corazones de sus oyentes raíces tan profundas que el veneno del error fue eliminado y una multitud de creyentes se acercó lentamente al Señor. Su palabra conseguía comunicar una oleada de gracia a quienes le escuchaban. Los de más edad se maravillaban de que un hombre tan modesto supiera adaptar tan bien a los sabios las realidades espirituales; los más humildes se sorprendían al ver con qué habilidad desarraigaba las causas y ocasiones de pecado. Hombres de todas condiciones, clases y edad se regocijaban de haber recibido de él enseñanzas tan apropiadas para su vida.

Pero esto es una síntesis de la misión de Antonio como predicador. No todo fue tan simple. Alegre de espíritu e infatigable predicador, también experimentó el cansancio y el desaliento. En Rímini, precisamente, pierde la paciencia, desconfiando de los hombres, y dirigiéndose a predicar a los peces. En Rímini, en un comienzo, no aceptan su predicación, la gente le escucha distraída, cuchichean y se burlan de sus apasionadas palabras. Los herejes impiden la asistencia a sus sermones con amenazas.

El biógrafo de la Assidua dice que "en seguida reunió a toda la población de la ciudad de Rímini". Rímini, la ciudad situada a orillas del Adriático, es el centro de los cátaros. Al ver que Antonio se dirige directamente al pueblo, que le escucha con admiración, los herejes reaccionan ante los sermones encendidos de Antonio, en un primer momento, con astucia, invitándolo a comer, con la intención de envenenarle. Más tarde se dedican a inducir a la gente a desertar de sus predicaciones. Antonio, al ver que nadie acude a escucharle, toma la decisión de dirigirse a la desembocadura del río Marecchia y predicar a los peces. Al contrario de los habitantes de Rímini, los peces corren a escuchar su predicación. Merece la pena transcribir la narración con todo el encanto de Las florecillas:

Queriendo Cristo manifestar la gran santidad de su fidelísimo siervo San Antonio de Padua y cuán devotamente merecía ser escuchada su predicación, entre otras ocasiones, reprimió por medio de los peces la fatuidad de los herejes. Estando en Rímini, donde había gran multitud de herejes y, queriendo atraerlos a la luz de la verdadera fe y al camino de la verdad, predicó y discutió mucho con ellos acerca de la fe de Cristo y de la Sagrada Escritura; pero ellos no sólo no se convencían con sus santas instrucciones, sino que, endurecidos y obstinados, ni aún quisieron oírlo; por lo que San Antonio, por divina inspiración, se fue a la ribera del mar, cerca de la desembocadura del río y comenzó a decir, como predicando de parte de Dios a los peces:

-Escuchad la palabra del Señor, vosotros, peces del mar y del río, ya que no la quieren oír los herejes infieles...

Apenas dijo esto, acudió repentinamente hacia él, a la orilla del mar, tanta multitud de peces grandes, pequeños y medianos, que nunca en aquel mar ni en aquel río se habían visto tantos; y todos levantaron las cabezas fuera del agua y atendían con grandísima quietud, mansedumbre y orden, pues estaban delante, cerca de la orilla, los más pequeños, detrás de éstos los medianos y atrás, donde el agua era más profunda, los mayores. San Antonio comenzó a predicarles solemnemente, diciendo:

-Oh, hermanos míos peces, también vosotros, según vuestra condición, debéis dar gracias a Dios, que os ha creado y colmado de bendiciones. Os ha dado como morada el agua, de modo que tenéis a vuestro gusto el agua dulce y la salada, y os preparó muchos escondrijos para refugiaros en las tempestades. Transparente y clara es vuestra morada, para que podáis ver siempre las vías por donde os movéis; tenéis abundancia de alimento para vosotros y vuestros hijos, porque el Señor os ha mandado crecer y multiplicaros. El os ha bendecido y, cuando durante el diluvio murieron todos los otros animales, que estaban fuera del arca, sólo vosotros fuisteis preservados de la muerte. Además, os proveyó de aletas para que podáis discurrir por donde os plazca. A uno de vosotros, además, le fue concedido salvar al profeta Jonás y devolverlo a tierra sano y salvo después de tres días. Vosotros proporcionasteis a vuestro Señor Jesucristo la moneda del censo que él, como pobrecillo, no tenía con qué pagar. Vosotros habéis tenido el privilegio de ser el alimento del rey eterno, Jesucristo, y de los apóstoles, antes y después de la resurrección. Por todos estos motivos estáis obligados a alabar y bendecir al Señor que os ha bendecido más que a ninguna otra criatura.

A estas y semejantes palabras de San Antonio, comenzaron los peces a abrir las bocas e inclinar las cabezas, y con estas y otras señales de reverencia alababan a Dios de la manera que les era posible. Viéndolo, San Antonio se alegró vivamente y dijo en alta voz:

-Bendito sea el eterno Dios, que más lo honran los peces que los hombres herejes, y mejor escuchan su palabra los animales irracionales que los hombres infieles.

La noticia del prodigio corre de boca en boca. Así, de nuevo, la gente vuelve a escuchar su predicación. Sin ningún cumplido, Antonio apostrofa a los herejes: "Hipócritas, falsos profetas contra quienes nos pone en guardia Jesucristo, vosotros no tenéis parte en su reino, porque os habéis alejado de su cuerpo místico, convirtiéndoos en ramas secas, sarmientos para ser arrojados al fuego. Sois árboles sin fruto, porque toda vuestra virtud y honradez no es más que de palabra..., oh herejes". La palabra, que ha penetrado en las profundidades del mar, logra también alcanzar las profundidades del corazón de sus oyentes.

Pero Antonio apostrofa igualmente a los malos predicadores, que engañan a los fieles con razonamientos tortuosos y con mentiras. Con un lenguaje simple y directo él arremete contra la mentira:

Cristo ha dicho: "Yo soy la verdad" (Jn 14,6). El que predica la verdad, confiesa a Cristo; el que la calla, reniega de él... La verdad, se afirma, engendra el odio. Algunos, pues, para no incurrir en el odio de los otros, tapan su boca con el manto del silencio. ¡Oh predicadores ciegos, que os exponéis a la ceguera del alma porque teméis escandalizar a los que como vosotros son ciegos!.

Antonio no teme escandalizar. No le importa exponerse al odio de los demás. Ya lo ha sufrido en el monasterio de Coimbra y Dios le ha bendecido. Como ahora confirma su palabra con la fuerza del Espíritu y los prodigios que la acompañan. El sabe muy bien que los milagros no son obra suya, sino de la potencia de Dios, que acompaña a sus enviados. Antonio escribe:

Le rasurará asimismo toda la barba de suerte que no ponga confianza en ninguna de sus obras como si fueran suyas propias. La razón es porque debemos confiar sólo en Aquel que nos hizo y no en las obras que hemos hecho. Y, en verdad, el que nos hizo es todo bien, el sumo bien. Y el bien que hemos hecho es como paño de mujer menstruosa. Distingue, pues, tú mismo el bien en que has de poner tu confianza. Debes ponerla, sin duda, en el Señor Jesucristo, bien nuestro, a quien dice el profeta: Tú eres bueno.

Puesta la confianza en Dios, a Antonio los milagros le parecen algo normal:

Jesús dijo de sus discípulos: En mi nombre expulsarán demonios, hablarán nuevas lenguas, pisarán serpientes y, si algún licor de venenos bebieren, no les hará daño. Pues bien, quien haya recibido estas cuatro cosas, también puede obrar la quinta en el prójimo: Pondrán las manos sobre los enfermos y éstos quedarán curados. El enfermo se llama así porque necesita de remedio o de medicamento. El enfermo es el pecador, el cual tiene mucha necesidad de medicamento para que quede curado y vuelva a la penitencia; el predicador le conforta, no sólo con la palabra, sino también con el ejemplo de la santa operación.

El milagro que Antonio desea siempre es el de la conversión del pecador. Si Dios es capaz de convertir al pecador, mucho más fácil es cualquier otro milagro, como signo para llevar al hombre a la conversión. Ya lo dijo Jesucristo: "¿Qué es más difícil, decir: perdonados son tus pecados, o decir: levántate, toma tu camilla y anda?".

Antonio no teme el milagro, como no teme las injurias, sólo teme el aplauso de las gentes, de las que el diablo se sirve para que los enviados de Dios se atribuyan a sí mismos lo que es de Dios, robándole su gloria. Sobre esto escribe:

Como se examina el oro en el crisol, así el hombre es probado por boca de quien le alaba. El fuego de la alabanza consume el fuego de la paja y baña de más brillantez la plata y el oro. La injuria infligida pone de relieve lo que cada hombre esconde en su interior.

La elocuencia de los prelados y de los predicadores se ha tornado escoria o vanagloria. Y el vino de la predicación se ha aguado con la mezcla de la adulación y el sórdido lucro temporal.

Está comentando Is 1,21-23: "¿Cómo te has prostituido, ciudad fiel, en otro tiempo llena de justicia? Tu plata se ha tornado escoria. Antes habitaba en ella la justicia, ahora el homicidio; tu vino puro se ha aguado. Tus príncipes son prevaricadores, compañeros de bandidos. Todos aman las dádivas y van tras los presentes; no hacen justicia al huérfano, no tiene a ellos acceso la causa de la viuda". Y comentando también a Isaías (2,20), -"Aquel día arrojará el hombre sus ídolos de plata y sus simulacros de oro, que se había hecho para adorar a topos y murciélagos"-, añade:

¡Ay! ¡Cuántos predicadores y prelados de nuestro tiempo, sirviéndose de la elocuencia y sabiduría que les ha conferido el Señor, se fabrican ídolos, los adoran; buscan, en efecto, ser enriquecidos y honrados, siendo llamados maestros y saludados en el foro... El hombre carnal, que sabe a tierra, de la plata de la elocuencia y del oro de la sabiduría se fabrica ídolos, es decir, topos de avaricia y murciélagos de vanagloria, que son obras de tinieblas.

La vida de los predicadores y prelados repercute en el pueblo, que sigue el camino de sus guías, que les llevan "al mar, es decir, a la amargura de los tormentos, fruto de la amargura de los pecados":

Por eso dice el Génesis que cuando salieron del oriente para el occidente encontraron una llanura en la tierra de Senear (Gén 11,2). Del oriente de la gracia parten los hijos de Adán para el occidente de la culpa y cuando hallan la llanura de gozos mundanos se sitúan en la tierra de Senear, que significa corrupción. En la corrupción de la gula y de la lujuria construyen la casa de su vivir; no como cristianos, sino como paganos que toman en vano el nombre de su Dios. Toman en vano el nombre de Dios los que llevan consigo no la realidad del nombre, sino el nombre sin la realidad. Entran así al mar, es decir, a la amargura de los pecados, desde la cual llegarán luego a la amargura de los tormentos.

"El diablo cerca la Iglesia con la empalizada de los herejes y con la fortificación de los falsos cristianos (Cf Eclo 9,14-15). Pero, Jesús dice, no temáis, pequeño rebaño (Lc 12,32), este cerco, porque el Señor, con la tentación, os dará modo de resistirla (1Cor 10,13)". Con esta confianza, puesta en el Señor, a predicadores y prelados recomienda, en cambio, lo que él vive primero y escribe después en el Sermón del domingo de Ramos:

Decid a la hija de Sión: He aquí que tu Rey viene a ti, manso y sentado en una asna (Mt 21,4-5). La hija de Jerusalén es la santa Iglesia. A ella llega el Rey, Cristo, manso, justo, salvador y pobre. Así debe ser también el obispo: manso para los súbditos; justo con los soberbios, derramándoles vino y aceite; salvador de los pobres; pobre en medio de las riquezas. Dicho de otra manera: manso en la injuria sufrida; justo en dar a cada cual lo que le pertenece; salvador por la predicación y la oración; pobre por la humildad de corazón y desprecio de sí mismo.

El perfumero, es decir, el predicador, debe preparar en el corazón del pecador, ungüentos saludables (Eclo 38,7). La unción se compone de dos elementos: vino y aceite; el vino que fluyó de la vid verdadera, cuyo zumo fue exprimido en el lagar de la cruz. Y el aceite con que en el día de Pentecostés fue ungida la primitiva Iglesia; ungida con la sangre de Jesucristo y con la gracia del Espíritu Santo. Con estos dos elementos debe el ungüentario preparar las unciones, para ungir los miembros de Cristo, los fieles de la Iglesia.

 8. ENSEÑANTE EN BOLONIA

Pío XII declaró a Antonio Doctor de la Iglesia. Además de su apostolado infatigable como predicador, Antonio es el primer teólogo franciscano, el primero en dedicarse a la enseñanza. Mientras Francisco es un hombre del Evangelio a secas, sin glosa, Antonio es un doctor del Evangelio. Francisco se sirve de palabras simples, que tocan sobre todo el corazón; Antonio es el maestro erudito del mismo mensaje, que reviste de un lenguaje científico. Con Antonio la Orden franciscana responde a las directrices del IV Concilio de Letrán de 1215.

En Umbria, más religiosa, basta el testimonio de vida de los Hermanos Menores. Pero en el norte de Italia la situación es muy diversa. La herejía ha echado profundas raíces y los mismos fieles sufren la amenaza del contagio. Muchos herejes no sólo están mejor preparados doctrinalmente, sino que su vida, "en pobreza evangélica, al modo de los apóstoles", contrasta con la de muchos obispos y sacerdotes católicos.

En medio de una sociedad corrompida por la rivalidad y la ambición, el clero no da un testimonio de vida, que aliente a los fieles a seguir el Evangelio. La ambición y los intereses personales son un terreno donde fácilmente brotan la simonía y la lujuria. En este ambiente la herejía crece y se difunde como cizaña entre el trigo. Muchos, al principio con buenas intenciones, movidos por el deseo de reforma, terminan por caer en el error y la rebelión contra la Iglesia, arrastrando tras de sí a tantos fieles que, engañados, creen, que separándose del tronco viejo de la Iglesia, pueden germinar como planta nueva y más evangélica. Las sectas de los espirituales se multiplican por todas partes.

La verdad es que la herejía, con sus visos de fidelidad radical al evangelio, es una amenaza para la Iglesia. El Papa en sueño, donde le afloran sus inquietudes, ve cómo la Iglesia de Letrán, su basílica, está en ruinas, a punto de derrumbarse. Pero ve también a dos hombres pequeños, que la sostienen con sus espaldas. El Giotto y fray Angelico han fijado para siempre este sueño en sus pinturas. Dios, para defender a su Iglesia, amenazada por la herejía y por la vida escandalosa de sus ministros, ha suscitado a Francisco y a Domingo de Guzmán, con todos los hermanos mendicantes que les siguen.

San Antonio es llamado "martillo de los herejes". En realidad dada la dureza de hierro de los herejes se necesita un martillo para doblegarles. Antonio les ataca con la palabra; acepta sus retos y recurre al milagro con tal de arrancarles de la herejía, como el milagro de la mula, que recuerda la capilla octagonal construida en 1518 en la plaza de Julio César, llamada también Plaza del Mulo. Un tal Bonvillo, hereje cátaro desde hace unos treinta años, llegado al estado de "perfecto", seguro de sí mismo, "hundido en los abismos de la incredulidad", quiere burlarse de Antonio y le desafía públicamente: creerá en la eucaristía sólo ante una prueba clamorosa y evidente, que él propone:

-Creeré si mi mula, en ayunas de tres días, puesta ante haz de heno fresco y la hostia consagrada, deja el heno y se arrodilla ante la hostia.

Pasados los tres días del ayuno, la mula es conducida a la plaza en medio de la muchedumbre, que acude curiosa. Antonio celebra la misa y, luego, avanza con la custodia, pasando en medio de la gente. Al llegar ante la mula, ésta se arrodilla, sin mirar siquiera el heno y la avena, que Bonvillo le muestra. Así, "el Señor, por medio de su siervo Antonio, le volvió al camino de la verdad; y, habiendo recibido su penitencia, se hizo sinceramente obediente a la santa Iglesia y permaneció siéndolo hasta el fin de sus días".

Antonio, incansable martillo contra los herejes, se enfrenta a ellos con el fuego de su palabra, pero no recurre a los métodos violentos, como otros, que hacían quemar vivos a los herejes en la hoguera. Más bien se opone a ello, según se expresa en uno de sus Sermones: "Así como no se pone fuego a una casa donde yace un muerto o se celebran funerales, tampoco vosotros debéis destruir aquella casa en la cual Dios viene a menos por los golpes de la herejía, especialmente cuando podéis esperar que él resucitará para la gloria. Pero, aunque tuvierais certeza de la obstinación, siempre debe darse lugar a la tolerancia, ya que Dios es el primero en darnos ejemplo". El cardenal Cushing comenta acertadamente esta actitud comprensiva de Antonio con los herejes:

San Antonio y los primeros franciscanos poseían una cualidad que nosotros hemos perdido muchas veces. San Antonio no predicaba sobre los herejes, predicaba a los herejes. No les denunciaba a los otros. Con paternal caridad les hablaba suavemente. Lo que denunciaba eran su errores. Y los vencía, no porque supiera más que ellos, sino porque los amaba más.

Antonio, frente a los cátaros, que niegan los sacramentos y, en particular, la Eucaristía, expone en los Sermones con claridad la fe en ella:

Hoy -dice a propósito de la cena del Señor-, Jesús prepara para todos los pueblos que creen en él un banquete de manjares deliciosos. Lo que la Iglesia hace hoy es verdaderamente su cuerpo, el que la Virgen engendró, el que estuvo clavado en la cruz, colocado en el sepulcro, que resucitó al tercer día y subió a la derecha del Padre. Ese cuerpo es el que da hoy a los apóstoles, el que la Iglesia confecciona y distribuye cada día a sus fieles. ¡Oh caridad del ser amado! ¡Oh amor del esposo a su esposa, la Iglesia!.

Pero, no sólo se enfrenta a los herejes, busca la conversión de los fieles, cuya vida mundana es el caldo de cultivo en que brota y crece la herejía. Busca la reforma de la Iglesia desenmascarando el pecado y atacándalo en su raíz. Para vencer la lujuria, ataca la pereza y el lujo como fuentes de ella: "Del descanso, esto es, de la tibieza y ociosidad, nace el calor de la concupiscencia. Del calor de la concupiscencia se origina el movimiento de la carne... La lujuria, etimológicamente, procede de la palabra luxu, equivalente a lujo, es decir, a exceso en comida y bebida, sobreabundancia que hace retozar a la carne viva y petulante con desenfrenada voluptuosidad". Con la imagen del erizo describe al pecador empedernido:

El erizo está todo cubierto de espinas. Si alguien intenta agarrarlo, se recoge dentro de sí mismo y se hace como una pelota en la mano del que lo atrapa. Tiene la cabeza y la boca con cinco dientes en la parte inferior. Erizo es el pecador obstinado, circundado por todas partes de las espinas de sus pecados. Si tú intentas corregirle por algún pecado cometido, se repliega rápido interiormente y se excusa de la culpa cometida. Por eso tiene la cabeza y la boca en la parte inferior. Con la cabeza se designa la mente; con la boca, la lengua. ¿Qué otra cosa hace el pecador mientras se excusa de la maldad perpetrada sino inclinar más bajo, hacia las cosas terrenas, la mente y la palabra? Precisamente por eso se dice que tiene cinco dientes en la boca. Los cinco dientes en la boca del erizo son las cinco clases de excusas del obstinado. Cuando se ve acusado, se excusa aduciendo la ignorancia, la mala suerte, la sugestión del diablo, la fragilidad de su carne o de que otro le ofreció la ocasión. Y de este modo, como añade Isaías, alimenta sus crías, esto es, sus pasiones, y cava alrededor y las abriga a la sombra de sus excusas (Is 34,15).

Pero Antonio no desespera; aunque el pecador se encierre en sí mismo como el erizo, la fuerza de la predicación puede liberarlo de sí mismo y salvarlo. "El corazón del pecador, deformado por el pecado, adquiere de nuevo forma por la predicación del uno y otro Testamento, pues con los dos Testamentos Dios hace que 'filtren las aguas en medio de los montes' (Sal 103,10)". "Para ello en el predicador se deben dar cuatro cosas: el conocimiento de los dos Testamentos, para instruir al prójimo; la abundancia de la caridad, para amarlo; la paciencia en la tribulación, para sufrir afrentas por Cristo; y la valentía del celo, para fustigar todo mal". Este es el secreto de los frutos de la predicación de Antonio. El sabe que la Iglesia es madre y que

miembros de la Iglesia son también los pecadores. La Iglesia tiene su hijo, que ha concebido con el semen de la Palabra de Dios, grita como una mujer en parto a causa de los penitentes y es atormentada de dolores de parto en la conversión de los pecadores.

Desde el comienzo se ha representado a San Antonio con un libro en la mano. A veces sobre el libro está sentado Jesús niño. El libro es símbolo de su sabiduría; por ello se encuentra en las imágenes de los apóstoles y de los doctores de la Iglesia. No podía faltar en quien el Papa Gregorio IX llamó Arca del Testamento. Ya en el sermón de Forlí, que le sacó de la vida escondida, más que el ímpetu de su palabra, llamó la atención su conocimiento de la Escritura, de las obras de los Padres y de los Doctores de la Iglesia. Esta sabiduría continúa brillando cada día con más intensidad en la predicación y en las discusiones con los herejes. "Sabio alude al sabor, porque, así como el gusto es para distinguir el sabor de los alimentos, así es el sabio, para conocer la sabiduría de lo sabroso y de lo insípido, de lo bueno y de lo malo". La sabiduría que él gusta es la palabra de la Escritura, la teología: "Todas las ciencias mundanas y lucrativas no son un canto nuevo, sino canto de Babilonia; sólo la teología es el cántico nuevo, que resuena, dulce, en el oído de Dios y renueva el alma".

Además del apostolado público, Antonio ejerce otro ministerio más discreto, pero no menos fecundo. A él recurren con sus dudas teológicas y espirituales muchos religiosos, comenzando por los de su Orden, sacerdotes y obispos, buscando una palabra que les ilumine en su vida y en su ministerio. A esto se unen las conferencias en conventos y en las diócesis para los sacerdotes. Gastarse y desgastarse por Cristo y su Evangelio, en la reconstrucción de la Iglesia, es su gozo y su corona. Sólo comienza a inquietarse cuando, al ser llamado de tantas partes, se siente llamar maestro. La fama le asusta. Ha obedecido, sin poner ninguna resistencia, cuando se le ha destinado al ministerio de la predicación, pero ahora vuelve a desear esconderse de todos, retirado en un eremitorio o, mejor aún, en alguna gruta como la de Montepaolo. En sus escritos escuchamos el eco de su combate interior: "Quien hace ostentación de sus propias dotes y de sus buenas acciones, comete una especie de idolatría, que es el más grande de los pecados, porque niega la gracia de Dios, atribuyéndose a sí lo que es únicamente don de El". Se siente turbado viendo acudir a él tantos religiosos, sacerdotes y obispos:

Hemos de temer el brillo de los elogios humanos; apenas oídos, necesitamos recogernos y encerrarnos en nuestro interior para no perder, entre las aclamaciones del mundo, el precioso tesoro, que va madurando en el interior de nuestro espíritu.

Francisco ha querido que sus frailes sean apóstoles entre el pueblo con humildad y simplicidad de vida y de palabra más que con la ciencia y la doctrina. Temía que la cultura se convirtiera en fuente de vanidad y soberbia para los Hermanos, "más doctos que piadosos". Estaba convencido de que, para convertir a los pecadores, servían más el testimonio, la oración y las lágrimas de los simples hermanos menores que no los discursos de los doctos y elocuentes oradores. Pero acepta también en la Orden a aquellos que tienen estudios, aunque les pide que, al vestir el hábito de los humildes, se despojen de su confianza en la ciencia y, desnudos de cuanto antes poseían, se abandonen en los brazos del Crucificado. Quiere que sean todos iguales en pobreza y humildad, inflamados únicamente de la caridad fraterna. Ante sus ojos había muchos predicadores que anteponían la filosofía humana a la Sagrada Escritura.

A Francisco, sin duda, le llegan noticias de Antonio, de su elocuencia y de sus muchas letras. Esta popularidad no le entusiasma y, menos que nada, los milagros; más bien le pondría en guardia: ¿Qué hay detrás de todo ello: Dios o el diablo? Por las florecillas sabemos lo que piensa de ello Francisco:

¡Oh, hermano León!, aunque los frailes menores diesen la vista a los ciegos, curasen a los tullidos, arrojasen a los demonios, diesen oído a los sordos y habla a los mudos y, lo que es mayor, resucitasen muertos de cuatro días, escribe que no está en esto la perfecta alegría... ¡Oh, hermano León, si los frailes menores supiesen todas las lenguas y todas las ciencias, aunque les fuesen revelados todos los tesoros de la tierra y conociesen las propiedades de los pájaros, y de los peces, y de todos los animales, y de los hombres, y de los árboles, y de las piedras, y de las raíces y de las aguas (pareciera que ha leído los Sermones de Antonio, aún no escritos), escribe que no está en eso la perfecta alegría... El hermano León, después de oírle hablar de este modo por más de dos millas, le interrumpe: Padre, te ruego en nombre de Dios, que me digas en qué consiste la perfecta alegría. Y Francisco le responde: Si, cuando hayamos llegado a Santa María de los Angeles, el portero sale enfadado y nos dice: "Sois dos bribones que andáis engañando al mundo y vivís de las limosnas de los pobres; marchaos de aquí", y nos hace pasar la noche a la intemperie con la nieve, y el agua, y el frío y el hambre; si entonces tanta injuria, y tanta crueldad y tantos vituperios los soportamos pacientemente, sin turbación ni murmurar, pensando humilde y caritativamente que aquel portero verdaderamente nos conoce y que Dios le hace hablar contra nosotros, ¡oh, hermano León!, escribe que en esto está la perfecta alegría; si todo eso lo sufrimos con paciencia y con alegría, pensando en las penas de Cristo bendito, las cuales nosotros debemos sufrir por su amor, ¡oh, hermano León! escribe que en esto está la perfecta alegría.

Sin embargo, al extenderse la Orden de los Hermanos Menores y al enfrentarse a los herejes, Francisco acepta que son necesarias nuevas armas para desenmascarar los errores escondidos en los sofismas y astucias retóricas de los herejes. Un conocimiento seguro de la Escritura y de la Teología ayudará a ganar estas almas para Dios, sacándolos de los errores en que han caído prisioneros. Así, cuando desde la Romaña le llega la petición de los frailes y de tantos otros religiosos, que quieren tener a Antonio como maestro, le envía este mensaje:

A fray Antonio, mi obispo, fray Francisco augura salud. Me complace que tú leas la sagrada Teología a los hermanos, con tal de que con este estudio no se apague el espíritu de la santa oración y devoción, como pide la regla.

Antonio recibe, pues, del mismo Francisco el encargo oficial de enseñar Teología, aunque haya seguramente una pizca de ironía en lo de "mi obispo". De todos modos, con el breve mensaje de Francisco nace la escuela teológica franciscana. Antonio, con su disponibilidad total y con las dotes que posee, es el instrumento que Dios manda a Francisco para preparar a los hermanos menores para defenderse de la herejía, que les circunda y amenaza. Francisco, en el fondo, deseaba y esperaba el ingreso en la Orden de hermanos como Antonio. Lo muestran las palabras que dirige a los hermanos:

Encontraréis hombres fieles, dulces y benévolos, que acepten vuestras palabras con alegría; pero encontraréis otros, más numerosos, que, con reproches, os resistan a vosotros y a vuestras palabras... Mas dentro de poco, muchos sabios y nobles vendrán a unírsenos; serán nuestros compañeros para predicar a los reyes, a los príncipes y a numerosos pueblos.

Dios ha preparado a Antonio para esta misión desde pequeño. De muchacho ha frecuentado la escuela catedralicia, la primera escuela de Lisboa. Luego, al sentir la vocación al sacerdocio, entra en el convento de San Vicente, de los canónigos regulares de San Agustín, a pocos metros de los muros de Lisboa. Allí estudia durante dos años y pasa al célebre monasterio de Coimbra. Lo hace para alejarse de la familia y de la corte, pues las vistas le distraen y quitan la paz, pero, en realidad, es Dios quien guía sus pasos. En el monasterio de Santa Cruz de Coimbra se encuentra envuelto por el viento del renacimiento de los estudios, que sopla por toda Europa. Los Agustinos de Coimbra y los cistercienses de Alcobaca son los primeros en abrirse a este espíritu renovador. Serán los fundadores de la primera universidad portuguesa, sostenidos por el apoyo económico de Sancho I. Ahora, Antonio vuelve a tomar contacto con los agustinos, que han abierto una abadía en Vercelli. A ellos recurre para que le orienten en la nueva tarea.

Al pensar en la escuela de teología, que desea abrir en Bolonia, Antonio busca ayuda en el famoso místico llamado Tomás Gallo, formado en la escuela de San Víctor de París. Está al frente del monasterio de San Andrés de Vercelli. En él da sus lecciones de Teología mística. Antonio quiere escuchar sus enseñanzas. Así muy pronto surge entre los dos una profunda amistad. Tomás Gallo dirá más tarde:

Muchas veces penetra el amor allí donde no puede llegar la ciencia. Esto lo he experimentado yo en fray Antonio, de la Orden de los Frailes Menores, con el cual estuve unido en la más estrecha amistad. Fray Antonio ambicionó aprender la teología mística y lo consiguió de tal modo que puedo decir de él lo que se decía de San Juan Bautista: que era una lámpara de luz que brilla al exterior por el buen ejemplo.

En la carta de Francisco, con su bendición y aprobación de la enseñanza de la Teología, Antonio escucha la voz de Dios, que responde a sus interrogantes. La obediencia disipa todos sus temores. Es voluntad de Dios que él sea el primer maestro de Teología de la Orden, pero Francisco le recuerda que no puede apagar con la ciencia la santidad de vida, fruto de la oración e intimidad con Dios.

De este modo, Antonio comienza algo nuevo entre los franciscanos: el estudio teológico en los conventos. Nombrado profesor por Francisco abre la primera escuela conventual en Bolonia, donde comienza su actividad de teólogo. Durante los años 1223-1224 enseña en el convento de Santa María de la Pugliola, en los mismos años en que estudia teología en Bolonia el dominico Alberto Magno. Antonio, que desde que dejó Coimbra, había abandonado el estudio, se dedica de nuevo a él con la pasión con que se dedica a lo que Dios le pone en cada momento delante. Pero Antonio, al subir a la cátedra, no se viste con las plumas del pavo real; no buscaba crecer, sino que sólo se siente intérprete y fiel mensajero de la palabra de Dios.

A Bolonia corresponde el don de ser la sede de la enseñanza de Antonio. Y al convento franciscano comienzan a llegar de todas partes numerosos alumnos, frailes, clérigos y seglares. La enseñanza de Antonio nunca es pura especulación árida y fría; habla a la mente y al corazón, intentando llevar a los alumnos a vivir lo que les enseña. La base de su enseñanza es la Escritura, con la que abre las inteligencias al conocimiento de la actuación de Dios, para mover la voluntad a aceptar su voluntad. Al final de su vida, Francisco en su Testamento recomienda "venerar a los teólogos y a los que nos comunican las palabras santísimas de Dios, que nos suministran espíritu y vida". Y es que Antonio nunca olvida las palabras de Francisco. Mantine siempre vivo el espíritu de la santa oración y devoción. En sus lecciones, con frecuencia repite a los hermanos:

Para que la ciencia sirva a vuestra salvación, no abandonéis nunca la oración. Consultad más a Dios que a vuestros libros. Cuando vuestro espíritu se sienta fatigado por el estudio, refrescad el árido corazón a los pies de Jesús Crucificado. Pues las ciencias son dones del Padre de las luces y no obra de la carne.

El, en medio de su incansable apostolado, se retira siempre que puede a refrescar su espíritu en la soledad del campo, refugiándose en un eremitorio. En el campo, en contacto con la naturaleza busca las huellas del Creador: "La obra del Señor, escribe, es la creación, la cual, bien mirada, lleva al que la contempla al conocimiento de su Creador. La sabiduría del Artífice resplandece en su obra. Pero esto no lo entienden los que se hallan entregados a la vida de los sentidos ni consideran las obras de las manos del Señor, taladradas con clavos en la cruz. Clavado en efecto de pies y manos en la cruz, venció al demonio, sacando de su poder al linaje humano". Siempre llega a Cristo. La creación, el hombre, las fiestas son para él como la estrella que le lleva a Jesús. En el Sermón de la Epifanía escribe:

Hasta que, llegada (la estrella) sobre el sitio donde estaba el Niño, se paró. He aquí el fin del trabajo, la meta del viaje, la alegría del que busca, el premio del que encuentra. Alégrense, pues, los corazones de los que te buscan a Ti, Jesús. La estrella antecede, la columna precede. Aquella muestra el camino para la cuna del Salvador. Esta, para la tierra de promisión. Manando tanto en la cuna del Salvador como en la tierra de promisión la miel de la divinidad y la leche de la humanidad. Corre, pues, en pos de la estrella, apresúrate detrás de la columna, para que te conduzcan a la vida. Trabaja para llegar pronto y encontrar el deseo de los santos, la alegría de los ángeles.

 9. EN FRANCIA CONTRA LOS HEREJES

 Antonio tiene que dejar la escuela de Bolonia y la predicación en Romaña para realizar la misma actividad misionera en el sur de Francia, donde los cátaros se han extendido de modo particular. Albí es el centro de la herejía. Los albigenses tienen tal influencia que consiguen expulsar de sus diócesis a algunos obispos escandalosamente corruptos. Además presionan a los fieles para que no paguen los diezmos y ataquen a los eclesiásticos que tienen posesiones de tierra. Así, mientras con sus disputas teológicas implican a las autoridades religiosas, incluido el Papa, con las agitaciones populares hacen que intervenga el poder político. Los señores locales les apoyan, no por simpatía con sus doctrinas heréticas, sino en cuanto que sus batallas les llevan a apropiarse de los bienes de la Iglesia. Impiedad, violencias y guerras desolan el suelo francés. El conde Raimundo de Tolosa escribe al Císter: "Ha invadido esta herejía hasta a los sacerdotes; abandonadas y en ruina yacen las iglesias, niégase el bautismo, se desprecia la penitencia. Mis fuerzas no alcanzan. El error inficiona a mis principales vasallos". De los castillos salen bandas de fanáticos a despojar y quemar iglesias. El clero, al estar relajado, no tiene ningún prestigio. Un escudero del conde de Tolosa mata al mismo legado del Papa, Pedro de Castelnau.

 Para frenar la expansión de la herejía se ha recurrido primero a medios pacíficos. Con la predicación lo intentan algunos monjes cistercienses y lo mismo hace el obispo de Osma, don Diego, acompañado de Domingo de Guzmán. Los legados pontificios, presentándose con gran boato de caballos y palafreneros, no hacen más que estimular a los herejes en sus intenciones de reforma de la Iglesia. Más ha conseguido Domingo de Guzmán, con su pobreza y santidad de vida. Pero, considerando insuficientes estos métodos, en 1209, el Papa Inocencio III convoca al rey y a los nobles a una cruzada contra los herejes. Pero esta cruzada, tras victorias y derrotas, no consigue extirpar la herejía, que sigue, más bien, echando raíces cada vez más hondas. En 1223 el Papa Honorio III se lamenta con el rey Luis VIII:

Debéis doleros grandemente viendo que en una de las regiones más florecientes de vuestro reino, la de Albí, los herejes combaten abiertamente y con insolencia a la Iglesia, tienden insidias a la vida cristiana, burlándose hasta del mismo Salvador. Vemos con dolor que los esfuerzos llevados a cabo hasta ahora para desarraigar esta herejía han resultado casi inútiles, porque cada día se difunde más, de modo que puede contaminar a todo el reino. Por lo mismo os exhortamos y conjuramos por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, como príncipe católico y como sucesor de príncipes católicos, a que ofrezcáis las primicias de vuestro reinado abrazando en esta ocasión la causa de Cristo, con la seguridad de la ayuda espiritual y material de la Santa Iglesia Romana.

 Entre los esfuerzos, de los que habla el Papa, están los hechos por Santo Domingo de Guzmán con su predicación y testimonio de vida pobre y santa; y también los esfuerzos que se han hecho con la fuerza, a la que han recurrido los poderosos, que ven amenazada su riqueza y tranquilidad y la cruzada promovida por el Papa Inocencio III. El Papa anima a proseguir en los dos campos: el de la predicación y el de la lucha armada contra los herejes, a pesar de que Santo Domingo se opone abiertamente a esta última. Dada la situación de la época, a los intereses del Papa se asocian los del rey. Es el momento del rey Felipe, en que Francia vive un momento de gran desarrollo, crecen las ciudades y van perdiendo poder e influencia los señores feudales. Está naciendo el sentimiento nacional. El rey, pues, aprovecha la oportunidad que le ofrece el Papa y se lanza a la cruzada contra los albigenses, buscando de este modo extender su dominio en los territorios del sur. Al final pasarán a la corona las posesiones de los señores acusados de herejía, incluidos los bienes de la Iglesia.

 Y, desde el punto de vista religioso, aunque murieron miles de herejes, la herejía siguió pululando por mucho tiempo. En realidad, como dice Santo Domingo, la batalla debe librarse en el interior de la Iglesia. La falta de credibilidad de la Iglesia, que propicia la extensión de la herejía, se debe al sistema de obispos príncipes y a la vida disoluta de las cortes y de las mismas casas curales y de los claustros. También el Papa, aunque impulsa la lucha armada contra los herejes, es consciente de que no está ahí la solución. Por ello busca organizar un equipo de predicadores, adornados de ciencia, celo apostólico, ciencia y santidad de vida. Para ello escribe a la universidad de París solicitando su ayuda.

 En esta situación también a los hermanos menores se les pide una ayuda. A partir del IV Concilio de Letrán y después que el capítulo general de 1217 decidió la irradiación misionera de la Orden, Francisco mismo piensa en elegir a Francia como campo de misión para él. Se siente atraído hacia ella; su madre era francesa y él la había visitado con el padre en sus viajes comerciales. Pero el cardenal Hugolino le disuade, haciéndole ver la necesidad de permanecer en Italia para cuidar personalmente las no fáciles relaciones con la curia romana. Francisco manda, entonces, a fray Pacífico, llamado "rey de los versos".

 Pronto los franciscanos experimentan su impotencia frente a las impugnaciones teológicas de los herejes. Francisco recurre entonces a Antonio, el mejor preparado teológicamente de todos los hermanos menores. Francisco y Antonio están de acuerdo en que no se trata de bendecir caballeros y estandartes para luchar contra los herejes, sino de evangelizar a fieles y herejes con la sabiduría bíblica y con la pobreza.

 Apenas llegado a Francia en 1224, Antonio participa en el capítulo que el provincial Juan Benelli convoca en Arlés para la fiesta de San Miguel. Ya conocido predicador, es el encargado de la homilía a los hermanos. Les predica sobre las palabras del título de Cristo sobre la cruz: "Jesús Nazareno Rey de los Judíos". Y cuando Antonio habla de Jesús deja el tono duro, y habla transido de ternura, hasta el punto de que todos dicen que destila palabras más dulces que la miel.

El diablo perdió el dominio por el mismo camino que siguió para usurpar la soberanía del mundo. Engañó al hombre y a la mujer con el fruto del árbol prohibido y por la serpiente. Por un hombre, Jesucristo, y por una mujer, la Santísima Virgen, por el árbol de la cruz y por la serpiente, o sea, por la muerte de la carne de Cristo, significada en la serpiente que levantó Moisés sobre la vara en el desierto (Nú 21,8-9), el diablo perdió la soberanía del género humano. Rafael, medicina de Dios, es figura de Jesucristo, que nos preparó el antídoto contra la serpiente, por su cuerpo crucificado (Cfr Tob 12,20).

 En Italia, Francisco, el Poverello se siente ya próximo al final; se ha reducido a una sombra, con grandes sufrimientos físicos y morales; sobre su cuerpo lleva las señales de la pasión del Señor y en su espíritu se mezclan las inquietudes por la Orden y la alegría por verse pronto unido a su Señor. Así, pues, mientras Antonio transmite a los demás los sentimientos de su alma, en el aire, con los brazos abiertos en cruz, aparece Francisco, bendiciendo a Antonio y a sus hermanos. Lo ve con claridad el hermano Monaldo, un fraile anciano muy querido del provincial. Este lo comunica a los demás, que se sienten llenos de una indecible alegría con la presencia del Padre. Con esta bendición de Francisco, Antonio se siente confortado en su nueva misión. Tomás Celano en su Vida de San Francisco lo refiere así:

Como en cierta ocasión se celebrase en la provincia de Provenza el Capítulo, estaba en él fray Antonio, a quien el Señor había abierto su espíritu para que entendiera las Sagradas Escrituras y predicara al mundo entero las dulcísimas palabras de Jesús como quien derrama miel y suavidad. Predicando, pues, este fray Antonio a los religiosos con encendidísimo fervor y devoción sobre aquellas palabras Jesús Nazareno, Rey de los judíos, un tal fray Monaldo dirigió la mirada hacia la puerta de la casa en que se hallaban reunidos y vio con sus ojos corporales al seráfico Francisco suspendido en el aire, extendidas las manos en forma de cruz y bendiciendo a los religiosos.

 De Arlés Antonio pasa a Montpellier, la ciudad que ha permanecido fiel a la Iglesia, como una isla en medio del mar agitado por la herejía. Dominicos y franciscanos se preparan allí para la misión con los herejes. Como en Bolonia, Antonio funda una escuela para los Hermanos; así enseña teología desde la cátedra y predica al pueblo desde el púlpito y en la calle. En Montpellier sitúa el Liber miraculorum el episodio que dará origen a la devoción de San Antonio para encontrar los objetos perdidos:

Una noche, un novicio escapa del convento llevándose el Salterio (o manuscrito de unos comentarios a los Salmos) del que se servía Antonio para sus oraciones y para sus clases de teología y para sus sermones. Doliéndose Antonio de la perdida del querido libro, se puso en oración. Y, cosa extraña, el diablo mismo cierra el paso al ladrón en plena noche y le obliga a rehacer el camino para devolver el objeto robado a su propietario: "Vuelve a tu Orden y devuelve al siervo de Dios, fray Antonio, el Salterio, si no te arrojaré al río, donde te ahogarás con tu pecado". El novicio, arrepentido, devolvió el Salterio y confesó humildemente su culpa a Antonio, que estaba en oración para encontrarlo, creyendo su libro extraviado.

 En Montpellier Antonio permanece todo un año, ejerciendo su misión tanto en la cátedra como en el púlpito. Antonio se multiplica: sermones y clases, coloquios y controver-sias con los herejes y conferencias públicas para el clero. Siente que es necesario instruir al clero y a los cristianos tanto más que combatir a los herejes, para que el enemigo no abrá una brecha en la fe de los fieles, escudados tras la débil muralla de su ignorancia.

Vete, toma el libro y devóralo te amargará las entrañas, pero en tu boca será dulce como la miel (Ap 10,8-9). El libro significa la abundancia de la predicación santa. El libro es el pozo que Isaac en el Génesis llama abundancia (Gén 3,26). Es el río cuya corriente alegra la ciudad de Dios (Sal 46,5), es decir, el alma en que Dios habita. ¡Oh hombre! recibe este libro y devóralo. Devora el libro quien oye la palabra de Dios con avidez. Por eso en el libro de Nehemías se dice que los oídos del pueblo estaban atentos al libro de la Ley (Ne 8,3).

 De Montpellier se encamina a Tolosa, después de pasar por Narbona y Carcasona. Tolosa se había convertido en un foco importante de las actividades de los herejes. En ella Antonio funda una nueva escuela de teología, a cuya enseñanza se dedica, además de la predicación. En 1217, en la carta que el Papa Honorio dirige a los profesores de París, les decía: "Suplicamos a vuestra universidad, y con este escrito apostólico insistimos, para que defendáis con algunos de los vuestros la causa de Cristo y que se dediquen a la enseñanza, a la predicación y a la exhortación". Este es el deseo de Antonio: sembrar la semilla del Evangelio. En perfecta comunión con los dominicos, instruye a hermanos y sacerdotes. Viendo la necesidad de robustecer la fe en el ambiente universitario, desempeña su apostolado en Tolosa con discusiones públicas con los cabecillas de los herejes.

 Antonio es también invitado al sínodo del 30 de noviembre de 1225, que convoca en Bourges el arzobispo Simón de Sully para reflexionar sobre la situación de la Iglesia francesa. En la asamblea están presentes seis arzobispos, un centenar de obispos, prelados y superiores religiosos, además del legado pontificio. Asisten también nobles y señores, sedientos de poder, que hacen un doble juego: con una mano ayudan a frenar la herejía y con la otra buscan la forma de extender los confines de sus propios dominios. El mismo arzobispo de Bourges se encuentra en esta situación, como metropolita y, simultáneamente, señor de un inmenso patrimonio. Al momento de la predicación, encomendada a Antonio, éste, sin ningún temor, armado con la espada de doble filo del Evangelio, se dirige al patrón de casa: "Ahora he de dirigirte la palabra a ti, ¡oh mitrado!". Sin medir sus palabras, con la libertad de quien no tiene nada que perder, le echa una durísima reprimenda. Para Antonio la reforma de la vida cristiana, que es la principal respuesta a la herejía albigense, debe comenzar por arriba, pues "el ejemplo de su vida debe ser su arma de persuasión. Echa la red quien vive según lo que enseña". El concubinato y la simonía, consecuencia del feudalismo, aún persiste, haciendo de obispos, abades, monjes o clérigos "vendedores de palomas". A ellos Antonio les dice:

Apacienta mis corderos. Fíjate que Jesús dice tres veces apacienta. Ni una vez dice trasquila u ordeña. Si me amas a mí por mí, y no a ti por ti, apacienta mis corderos como míos y no como tuyos. Busca en ellos mi gloria, no la tuya; mis intereses, no los tuyos; porque el amor de Dios se prueba en el amor del prójimo. ¡Ay de aquel que no apacienta ni una sola vez, pero que trasquila y ordeña tres y cuatro veces! A tal pastor o, más bien, lobo que se apacienta a sí mismo, amenaza Dios: La espada le herirá en el brazo y en su ojo derecho (Job 19,29). El pastor que desampara la grey a él encomendada es un fantasma o ídolo en la Iglesia, como Dagón junto al Arca del Señor. Verdaderamente es un ídolo, que tiene ojos para ver las vanidades del mundo y no ve las miserias de los pobres. Tiene narices para frasquitos de olor, como una mujerzuela, y no huele el olor del cielo o el hedor del infierno. Tiene manos para amontonar riquezas, y no palpa las cicatrices de las llagas de Cristo. Tiene pies para recorrer campamentos y para exigir tributos, y no para predicar la palabra del Señor. Ni hay en su boca clamor de alabanza ni de confesión. ¿Qué tiene que ver la Iglesia de Cristo con este podrido ídolo? ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? (Jr 16,14). O como dice el Apóstol, ¿qué concordia entre Cristo y Belial? A causa de los pecados de los pastores de la Iglesia, el lobo, es decir, el diablo dispersa las ovejas, y el lobo, es decir, la herejía les roba el rebaño. Mas Cristo, que dio su vida por su grey, solícito por ella, porque la compró a tan caro precio, recomienda sus ovejas a Pedro diciendo: Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas con la palabra de la santa predicación, de la devota oración y con el testimonio de vida.

 No muy distinto de este sermón escrito, sería el pronunciado ante el arzobispo. Pues, ante un auditorio atónito, el arzobispo, tocado en lo más íntimo, ve como en un espejo sus pecados, se echa a llorar y pide a Antonio que le confiese. Antonio más tarde escribe: "Raramente se recurra al reproche, y esto sólo en caso de necesidad y sólo después de haberse corregido a sí mismo". En esta ocasión Antonio ha creído que era necesario hacerlo. Y Dios confirma su palabra. Desde entonces el arzobispo se dedica fielmente al servicio de Dios y de los hermanos.

 En medio del torbellino albigense, Antonio más que a refutar los errores doctrinales, desenmascarar la hipocresía y vulgaridad de los herejes -que también hace-, se dedica sobre todo a reavivar la auténtica vida cristiana.

Los predicadores son los pies de Cristo. Ellos le llevan por todo el mundo. Deben ser sumamente humildes. El testimonio de su vida debe ser su arma de persuasión. Pescadores de almas, si desean recoger las redes llenas, no deben echarlas en su propio nombre. Echa la red en el nombre de Jesucristo quien nada se atribuye a sí, sino todo a El, y el que vive lo que enseña: sólo de este modo la pesca será copiosísima.

 Corta es también su estancia en Tolosa, pues el mismo año de 1225 Antonio es nombrado, primero, Guardián del convento de Le Puy-en-Velay y, después, Custodio del grupo de conventos de Limoges y de toda la Provincia o Custodia del Limousin, formada por algunos conventos anteriormente fundados, a los que se añaden los fundados por él mismo. Las crónicas dicen de él:

Los hombres de letras admiraban en él la agudeza de ingenio y la belleza de su elocuencia. Calibraba su palabra según las personas a quienes se dirigía, de modo que quien estaba en el error abandonaba la vía equivocada, el pecador se sentía arrepentido y cambiado, el bueno se sentía estimulado a más perfección; ninguno quedaba decepcionado. Severo y áspero en su lenguaje contra el error, era siempre misericor-dioso con los pecadores. Su misión no era aplastar a nadie, sino salvar a los pecadores, conduciéndolos a Cristo, para que gustasen su amor. Comentando la parábola del hijo pródigo, dice: "Cuanto de más lejos regresa el pecador al Padre, con tanto más amor es acogido por El".

 Su permanencia en Francia, -unos dos años-, se concluye en el eremitorio de Brive. Allí, en un pequeño valle, entre castaños y encinas, Antonio funda un convento franciscano y, lo mismo que en Montepaolo, también aquí "amaba retirarse a una gruta, viviendo a solas con gran austeridad, dedicado a la contemplación". Siempre que la predicación y las visitas a los conventos se lo permiten se esconde en este eremitorio. Como escribirá después: "Esto es lo primero que debe hacer el predicador: darse a la oración. Nada se debe interponer entre la vida del predicador y la pasión de Cristo, de suerte que pueda clamar con el apóstol a los Gálatas (6,14): El mundo está crucificado para mí como yo lo estoy para el mundo". Reti-rado en la pequeña gruta, en lo oculto, se defiende de la insidiosa tentación del éxito. Iluminado por el Señor, puede decir tras el combate:

Ensoberbecerse, ¿de qué? ¿de la santidad de vida? Si quien te santifica es el Espíritu de Dios y no tu espíritu. ¿Te complaces quizás en el aplauso con que el pueblo acoge tus discursos? Pero si es el Señor quien te da el don de la elocuencia y de la sabiduría. ¿Qué es tu lengua sino una pluma en la mano de un escribano?.

 Teólogo, predicador, Custodio y pronto Provincial, a Antonio le amenaza la insidiosa tentación de la vanagloria; con frecuencia le toca escuchar el susurro venenoso de las alabanzas. De ese combate sale experto desvelador de la tentación y nos dice:

Cuando alguien, adulándote o aplaudiéndote, te dice: "Eres docto, sabes mucho", te está diciendo: "Tienes demonio". Y tú has de responder al punto con Cristo: "Yo no tengo demonio. Por mí mismo nada sé, nada bueno poseo, sino que honro a mi Padre. Todo lo atribuyo a El y doy gracias a El, de quien proviene toda sabiduría, toda gracia y toda ciencia. Yo no busco mi gloria", diciendo con San Bernardo: "No me toques, palabra de vanagloria, pues gloria es debida solamente a Aquel a quien se dice Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo".

 Antonio es un testimonio vivo del Evangelio que predica. Vive pobremente; en sus viajes no lleva nada consigo. Pasa por todas partes como peregrino, pasando a veces hambre, pero feliz en su indigencia. En Brive, en el convento que él ha fundado, ha descubierto unas grutas donde se retira a orar. Allí, en el silencio de la soledad, se siente feliz. Un día, se cuenta, el cocinero del convento advierte que no hay nada para preparar la comida de los hermanos. Antonio pide entonces a una señora, amiga del convento, que le envíe algunos puerros y algunas verduras. La señora pide a su vez a su criada que vaya a cogerlas al huerto. Pero está lloviendo a cántaros. La criada va a coger las verduras y, al volver, la ropa y las verduras estaban totalmente secas. Todos los años, a finales de agosto, en Brive, durante la "feria de las cebollas", se recuerda esta tradición.

 De su paso por Francia las biografías recuerdan otros muchos hechos prodigiosos, en los que se muestra cómo Dios escucha los deseos, que Antonio expresa en su oración: "En la abadía benedictina de Solignac, Antonio cae enfermo. El monje que le cuida se siente atormentado por fuertes tentaciones sexuales. Antonio, que ve el combate del monje, comprende el peligro en que se encuentra y le pide que se ponga su propia túnica. Tan pronto como la túnica de Antonio toca el cuerpo del monje, desaparece del todo la tentación para el resto de su vida".

 Jean Rigaud, Hermano Menor, que a finales del siglo XIII escribe la llamada Vita rigaldina de Antonio, sitúa en este tiempo de Francia, la conversión de una banda de salteadores. El relato está en boca de uno de ellos:

Yo era un bandido de oficio en una banda de doce salteadores. ¡Pobre del viajero que pasara por los alrededores de las montañas donde nos ocultábamos, si olfateábamos dinero o riquezas! Un día llegó a nuestros oídos el eco de la predicación de Antonio y decidimos ir a escucharle. Sus palabras de fuego tocaron nuestros corazones y comenzamos a sentir remordimientos por nuestros crímenes. A la salida del sermón fuimos a confesarnos. Nos escuchó, nos impuso a cada uno una penitencia saludable y nos hizo prometer que no volveríamos más a nuestros antiguos pecados... Algunos de nosotros faltaron a su promesa. La mayoría de los que fueron fieles descansan al presente en la paz de Dios. En cuanto a mí, fui doce veces en peregrinación a Roma como penitencia por mis faltas.

 Lo importante en la vida de Antonio es la predicación, la llamada a conversión que Dios realiza en el corazón de los oyentes. Los milagros, como repite el mismo Antonio, no son más que signos con los que Dios acude en ayuda de la fe. Es la vida de amor a Dios y a los hombres lo que permanece para la vida eterna. Lo demás pasa. Hasta la predicación. Antonio, en su interior, libra el combate de todo predicador: ¿Sus obras están en consonancia con sus palabras? ¿Vive lo que predica a los demás? En el Sermón de Pentecostés exclama:

Es viva la palabra cuando hablan las obras. Cesen, pues, las palabras, hablen las obras. Estamos llenos de palabras, pero vacíos de obras y, por lo tanto, maldecidos por el Señor, porque El mismo maldijo a la higuera en que no halló fruto, sino solamente hojas.

 10. MINISTRO PROVINCIAL

 El último tiempo de Antonio en Francia lo pasa como Custodio de los conventos del Limousin. Ha sido elegido en el capítulo provincial de 1226, célebre por la aparición de Francisco. Los franciscanos llevan unos tres años en la región. Los conventos formados no son suficientes para formar una Provincia; son, pues, reunidos en una Custodia. Limoges es el centro de la región. Allí se traslada Antonio. Pero no dura mucho su permanencia, quizás menos de un año. Antonio nunca permanece mucho en un lugar. Está siempre de paso, como mensajero de Dios, que anuncia la Buena Nueva y parte a llevarla a otra parte.

Dice Ezequiel: El espíritu de los seres estaba en las ruedas (Ez 10,9). Las ruedas en movimiento eran los apóstoles, que llevaron al Hijo de Dios por todo el mundo.

 El 3 de octubre de 1226, al atardecer, en una celda de la Porciúncula, rodeado de los hermanos, muere Francisco. Antes de morir, descendiendo del Averna, a la vista de Asís, exclama: "Bendita tú del Señor, santa ciudad fiel a Dios, por ti se salvarán muchas almas, en ti habitarán muchos siervos del Altísimo, y muchos de sus hijos serán elegidos para el reino eterno". Fray Elías, vicario general de la Orden comunica a todos los Hermanos la "muerte de nuestro padre y hermano común". Y, al mismo tiempo, convoca en Asís el Capítulo para nombrar el sucesor. Al Capítulo son convocados todos los Provinciales y Custodios, encargados de la elección según la regla. El Capítulo se fija para Pentecostés del año siguiente.

 Pasada la Pascua, Antonio, como Custodio de Limoges, abandona Francia y se embarca para Italia, dirigiéndose directamente a Asís. Es la segunda vez que llega al valle Umbrio, recostado en las faldas del monte Subiaco. Ya no es un desconocido, como cuando seis años antes, recién llegado a Italia, acudió a otro Capítulo General, al que habían sido convocados todos los frailes. Entonces nadie había fijado en él su mirada. Hasta se había visto obligado a rogar por caridad al Provincial de la Romaña, fray Gracián, que le admitiera entre sus religiosos. Ahora llega con toda la fama de predicador y maestro. La primera vez llegó con la emoción de conocer personalmente a Francisco; ahora vuelve con el deseo de postrarse ante su tumba. Los dos santos apenas se han relacionado más en toda su vida.

 El elegido como sucesor de Francisco es Juan Parenti, entonces Provincial de España. Y éste, que ya había recibido a Antonio en el convento de los Olivares, le elige ahora para el delicado cargo de Ministro Provincial del Norte de Italia, la Emilia Romaña, que comprende Bolonia, Milán y Venecia, es decir, desde el Piamonte hasta la actual Yugoslavia, y de norte a sur, desde Trento hasta Rímini. Antonio ejercerá este cargo desde finales de 1227 hasta finales de mayo de 1230.

 Antonio, enviado a Francia en 1224, para combatir la herejía de los albigenses, al año siguiente es nombrado Guardián del convento de Puy-en-Velay. Un año después recibe el cargo de Custodio de Limoges. Y, un año más tarde, tornado en Italia para el capítulo general de Pentecostés, sale de Asís como Ministro Provincial de toda Italia septentrional. Padua es la base de su misión. En ella pone cuerpo y alma. Naturalmente, lo primero que le toca hacer es visitar los conventos para conocer los cientos de frailes, que le han sido encomendados, guiarlos y amonestarlos en lo que sea necesario; y vigilar igualmente los conventos de las clarisas y el estado de la tercera orden.

 El paso de Antonio por las ciudades, pueblos y aldeas de todo el Norte de Italia queda marcado por una estela de milagros. La mayoría son milagros, que no recogen las crónicas, pues se dan en lo íntimo de las personas, que se convierten tocados por su palabra y la gracia de Dios. Y son también los milagros que realiza como signo de la fuerza de Dios, que acompaña a su enviado; milagros, que el amor de Dios realiza para ablandar el corazón endurecido, que se resiste a su palabra. Este es el significado, por ejemplo, del milagro "del avaro sin corazón".

 La ciudad de Florencia es la patria de los banqueros. Desde el más pequeño al más grande, la usura es un vicio capital y difundidísimo. Antonio ve que la palabra no puede prender en unos corazones endurecidos por el ansia del dinero. En su intimidad con Dios siente la necesidad de liberar a Firense de la "maldita raza de los usureros". Muerto uno de los más conocidos usureros, al llevarle a la iglesia para las exequias, Antonio detiene el cortejo. Alzando la voz dice que el difunto no es digno del rito sagrado ni de recibir sepultura en tierra consagrada: "abridle el pecho y veréis que no tiene corazón; id y abrid su caja de valores y allí lo encontraréis". La muchedumbre, estafada tantas veces por el difunto, no lo duda un momento; en la misma calle abren el pecho del cadáver y, realmente, no tiene corazón; corren a buscar la cajafuerte y, en efecto, allí está el corazón, aún palpitante entre joyas y billetes. "Donde está tu tesoro allí está tu corazón", puede gritar Antonio a todos. Y, en el lenguaje colorido de sus Sermones, comenta el texto del Evangelio: "Yo soy la puerta. El que entre por mí se salvará, y entrará y saldrá, y hallará pastos" (Jn 10,9):

Había una puerta en Jerusalén llamada del orificio de la aguja, por la cual no podía entrar el camello porque no era humilde. Esta puerta es Cristo, por la cual no puede entrar la soberbia o el avaro giboso, porque el que quiera entrar por esta puerta es necesario que se humille, que deponga la giba para que no tropiece en la puerta, por la cual quien entre se salvará a condición, sin embargo, de que persevere y entre en la Iglesia, para que aquí viva por la fe y salga de esta vida para vivir eternamente donde hallará pastos de toda fecundidad.

 Contra los usureros Antonio clama continuamente en sus sermones. Con ellos y con los avaros es implacable. Sobre la riqueza y la pobreza insiste también frecuentemente en sus Sermones escritos, reflejo de su predicación. En la pobreza ve la expresión de la verdadera libertad:

Cuando un hombre, miserable hasta el presente, de pronto abunda en delicias y nada en la opulencia, decrece, porque pierde la libertad. Le esclaviza el afán de riquezas. Mientras sirve a éstas, desciende de categoría. El tal es, ciertamente, infeliz, puesto que se empequeñece, precisamente por lo que tiene de bienes temporales, los cuales, en lugar de estarle sometidos, lo dominan... El estiércol, allegado en casa, exhala hedor. Disperso, fecunda la tierra. Así las riquezas, cuando se acumulan, sobre todo si provienen no de lo propio, sino de lo ajeno, hieden a pecado y muerte. Cuando se distribuyen entre los pobres, o se devuelven a sus dueños, fecundan el campo del alma y la hacen fructífera... Y es ajeno aquello que, cuando mueras, no podrás llevarte contigo... Los pobres debieran ser los amigos predilectos de los ricos, pues lo son de Cristo y pueden ser sus valedores en el momento supremo y definitivo, porque Cristo aprecia como hecho a sí lo que a sus pobres se hace. El pobre, si lo es según Dios, tendrá a Dios mismo como limosnero y no quedará defraudada su esperanza, porque es fiel y no quiere que desfallezcan los suyos.

 Toda la comprensión y caridad que le inspiran los pecadores, se convierte en santa indignación cuando se topa con los usureros y también con los hipócritas, como "los flagelantes", que practican el "desventurado comercio en el que, en razón de alabanzas, se vende la recompensa del reino de los cielos". "El bronce -dice de ellos- tiene tañido y cierta apariencia de oro. Así el hipócrita ama el tañido de la alabanza y muestra apariencia de santidad. Este hombre es humilde en la cara, humilde en el vestido, delicado en la voz, pero grave y pesado en el alma". Con humor describe su triste figura:

El hipócrita cojea de un pie. La razón es porque, mientras mantiene levantado de la tierra uno de sus pies, lleva el otro asentado en el suelo. En efecto, cuando exhibe vileza en el vestido, humildad en el habla y palidez en el rostro, levanta de la tierra un pie. Y al apetecer alabanzas por todo esto, queriendo ser considerado como santo, coloca el otro pie en tierra.

 A unos y otros dirige Antonio la palabra de Dios, esperando que dé fruto. "Para merecer ser contado entre los bienaventurados, que siembran sobre las aguas" (Is 32,20), arrojaré entre vosotros la semilla en nombre de Jesucristo, que salió del seno del Padre y vino al mundo a esparcir su simiente: "Salió el sembrador a sembrar" (Lc 8,5):

El sembrador es Cristo o quien lo anuncia; la simiente es la palabra de Dios; el camino son los lujuriosos; espinos son los avaros y usureros; tierra buena son los penitentes y los justos... Salió, pues, Cristo del seno del Padre y vino al mundo para sembrar y edificar su Iglesia, en la cual se conserva la simiente incorruptible que dura para siempre. La semilla es la palabra de Dios. De madrugada, esto es, en el tiempo de la gracia, que aleja las tinieblas del pecado, siembra, oh predicador, tu simiente de la palabra, es decir, la simiente que te ha sido confiada. Y mira con cuanta razón la palabra de Dios se llama simiente. Porque la simiente puesta en la tierra brota y crece, primero hierba, luego espiga y después trigo abundante (Mc 4,28). Así la palabra de Dios, sembrada en el corazón del pecador, primeramente produce la hierba de la contrición; después la espiga de la confesión, que se eleva por la esperanza de verse perdonado; por último, el trigo maduro de la satisfacción...

Pero como no todos obedecen al Evangelio (Rom 10,16), al arrojar la simiente, una parte cae junto al camino, que son los lujuriosos, que ponen su cuerpo como suelo y como calle para los transeúntes (Is 51,23), esto es, para los demonios, que al pasar pisan la simiente, para que no germine... Los lujuriosos son embriagados (Is 28,3) con la copa de oro de Babilonia, es decir, de la abundancia de bienes temporales... No dice el Evangelio que la simiente cayó en el camino, sino junto al camino, porque el lujurioso no recibe la palabra dentro del oído del corazón, sino que le pasa ligeramente junto al oído del cuerpo como un ruido. De este modo no es posible que la simiente del Señor germine en esta tierra. Siendo camino pisado por el demonio, desaparece en ellos la simiente de la palabra de Dios, pues el diablo arrebata lo que estaba sembrado.

Otra cayó en lugar pedregoso, que son los falsos religiosos, que se glorían por la excelencia de su vida religiosa. Estos venden la mercancía de su propia vida por el dinero de honras humanas. A esto se refiere el profeta Abdías cuando lanza improperios contra el religioso soberbio diciendo: Te enalteció la soberbia de tu corazón a ti que vives en las grietas del roquedal (Ab 1,3). El soberbio va caminando por encima de sí mismo. La soberbia de tu corazón, oh religioso, te ha enaltecido, es decir, te ensalzó sobre ti mismo para que vanamente andes por encima de lo que eres... Si la simiente de la palabra divina cae sobre roca, no lleva fruto, porque le falta la humedad de la gracia del Espíritu Santo, que no habita en las cavidades de la discordia, sino en la mansión de la unidad: formaban un solo corazón y una sola alma, dice san Lucas (He 4,32). Realmente hay hendiduras en la vida religiosa porque no hay acuerdo en el capítulo, ni armonía en el coro, ni silencio en los claustros, ni moderación en el refectorio, ni modestia en el dormitorio. Con razón, pues, dice el Señor: otra cayó sobre piedras y apenas brotada se secó, porque no echó raíz (Mt 13,6), que es la humildad, fundamento de todas las virtudes. De aquí se sigue que se abren cavidades en la vida religiosa cuando hay un corazón soberbio. La religión no puede fructificar cuando falta la raíz de la humildad...

Otra cayó entre espinas y, creciendo con ellas, la sofocaron. Las espinas representan a los avaros y usureros, porque la avaricia seduce, hiere y hace sangre. Por eso el Señor mismo dice que las espinas son las riquezas. Para que no le aprisionaran y le impidiesen caminar, Pedro dijo al Señor: Nosotros hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido. Y San Bernardo lo comenta: "Bien hiciste, Pedro, pues cargado no podías seguir al que corre"... Las espinas hieren y al herir hacen sangre. Por lo cual dice Oseas: sobre sus altares crecerán zarzas y abrojos. Zarza es una mata que se pega al vestido y los abrojos hacen penar cuando hieren. Zarza y abrojos son para el hombre las riquezas, que se le apegan y hacen sufrir al rozarle. Ahogan la simiente de la palabra de Dios en el corazón de los avaros... Con estas espinas nos referimos a los usureros, cuya avaricia empobrece las iglesias y despoja los monasterios. Por eso, se queja de ellos el Señor por el profeta Joel: Ese pueblo convirtió mi viña en un desierto y descortezó completamente mi higuera; sus ramas quedaron blancas (Jl 1,6-7). Convierte la Iglesia del Señor en un desierto, reteniendo sus propiedades con usura. Descorteza la higuera del Señor, o sea, la casa de alguna comunidad, y totalmente la despoja, apropiándose por la usura de los bienes, ofrenda que los fieles le habían hecho. Por eso, sus ramas se hicieron blancas, que son los monjes y los canónigos, allí profesos, obligados a pasar hambre y sed...

Sigue diciendo que otra cayó en tierra buena y, creciendo, dio fruto como treinta, como sesenta, y como ciento. La buena tierra es la santa Iglesia, el arca de Noé, donde hay animales mansos, hombres y aves. Los animales mansos significan los fieles casados, que se entregan a obras de penitencia, dan su dinero a los pobres sin ofender a nadie. De ellos escribió el Apóstol en la Epístola de hoy: Gustosos soportáis a los fatuos, vosotros que sois sabios. Soportáis que os esclavicen, que os devoren, que os roben, que se engrían, que os abofeteen (2Cor 11,19-20). Los hombres representan a los continentes y a los de vida activa, quienes se exponen al peligro por favorecer al prójimo, predican la vida eterna con el testimonio y con la palabra. Estos, como añade el Apóstol, viven en trabajo y fatiga; en noches sin dormir, muchas veces; en hambre y sed; en muchos días sin comer; en frío y desnudez (2Cor 11,27). Y las aves significan las vírgenes y los contemplativos, quienes levantándose sobre las alas de las virtudes contemplan al rey en su trono de gloria. Allí escuchan con el oído del corazón lo que no pueden explicar con palabras, ni siquiera comprender con el entendimiento... Estos dan fruto: treinta, sesenta y ciento por uno. Así, pues, te rogamos, Señor, que nos hagas tierra buena, capaz de recibir la simiente de tu gracia y producir fruto digno de penitencia, para que podamos con tu ayuda vivir eternamente contigo, el bendito, en tu gloria por los siglos de los siglos. Amén.

 Antonio, como Francisco, conoce la alegría del seguimiento de Cristo pobre y canta a la pobreza del pobre verdadero, "contento con lo mínimo", que "desea el mínimo" para saciarse y nutrirse de Dios. Sobre todo, Antonio predica la pobreza como "espíritu de pobreza", que manifiesta el "espíritu del Señor" y da la fuerza para "no vacilar ni en la prosperidad ni en la adversidad": "El espíritu de pobreza y la herencia de la Pasión son más dulces que la miel y el panal en el corazón de quien ama la verdad".

 Antonio sigue su itinerancia, dejando sembrada su palabra de vida. Una breve visita no puede por menos de hacer al eremitorio de Montepaolo, que guarda tantos recuerdos de otros tiempos y que ahora está bajo su jurisdicción. También pertenece a su jurisdicción Forlí, donde el Señor cambió el rumbo de su vida. Seguro que se detiene también algún tiempo en Rímini, donde hace no tantos años ha combatido con pasión la herejía cátara. Durante su ausencia, la herejía ha vuelto a cobrar vigor. Su presencia y su palabra ardiente vuelve a resonar en la ciudad, renovando en la multitud el fervor de su primera misión.

 Unas veces como visitador y otras como predicador recorre todo el norte de Italia. Habla, aconseja, disputa, predica, confiesa. Sólo enumerar algunos lugares de su itinerancia nos da una idea de su actividad misionera: De Rímini pasa a Trieste, visita Porta Cavana, Pola, Udine y Cremona. En Udine le toca soportar insultos y desprecios y, según el consejo de Jesús a sus discípulos, sacude el polvo de sus sandalias y marcha a otra ciudad. A principios de 1228 recorre Cividale, Treviso, Conegliano y Venecia. La cuaresma la pasa en Padua, de donde parte para Ferrara y Bolonia. Durante el adviento predica en Florencia. Combate con los valdenses en Milán, de donde se traslada a Varesse, Bérgamo, Brescia, Breno, Val Camina y, siguiendo la ribera del Garda, llega a Trento, para dirigirse desde allí, siempre a pie, a Verona y Mantua...

 En cada ciudad queda una huella de su paso. Los testimonios de Antonio como superior son abundantes. Estos testimonios nos permiten descubrir el lazo indisoluble que se da en él entre la palabra predicada y la vida cotidiana. Así, pues, según le indica la regla, gira por todos los conventos del vasto territorio que le han encomendado. Lo hace a pie, acompañado de un hermano, mendigando frecuentemente el pan y el techo para pasar la noche.

 Según la narración de Tomás de Celano, San Francisco veía el superior franciscano de esta manera: "En la mañana temprano debe celebrar o asistir a la misa y, en una prolongada oración, encomendarse a sí mismo y su grey a la protección divina. Después de la oración, en un lugar accesible a todos, se pondrá a disposición de los frailes, dispuesto a ser importunado por todos, dispuesto a responder a todos y a proveer a todos con toda mansedumbre. Sea igualmente diligente con los menores y simples que con los doctos y mayores. Recuérdese de ser más que los demás simple en sus costumbres, favoreciendo así la virtud. Tenga horror del dinero, principal ruina de nuestra profesión y perfección; sepa que es cabeza de una Orden pobre y que debe dar buen ejemplo a los demás, por ello no se permita ningún abuso en cuestión de dinero". El prior debe ser capaz de dar consuelo a los afligidos; sea el último refugio de los atribulados, ayude a los enfermos a no caer en la desesperación y para "plegar los soberbios a la mansedumbre, no se avergüence de humillarse y abajarse a sí mismo, renunciando en parte a su derecho". Los superiores deben ser "moderados en el mandar, prontos más bien a soportar que a devolver las injurias, enemigos de los vicios, pero médicos de los viciosos". Siempre pacientes y simples.

 También Antonio, en sus Sermones, nos ha dejado su descripción del superior:

Quien es constituido como superior debe sobresalir por su pureza de vida, modelada sobre un amplio conocimiento de la Sagrada Escritura; debe saber hablar con facilidad y elocuencia; ser fervoroso en la oración, misericordioso con sus súbditos, manteniendo siempre la disciplina entre ellos, cuidando con solicitud las almas que le han sido confiadas. Debe saber usar la vara dorada de la benignidad, con la que, mientras corrige, usa la dulzura de un padre, más aún, de una madre. El superior sea como el pelícano que da su misma sangre a los hijos, para vivificarlos y nutrirlos. De este modo, al mismo tiempo que corrige a los súbditos con la vara de la disciplina, los atrae a su corazón con la elocuencia de las lágrimas que derrama por ellos, ya que debe estar inflamado de caridad y ser benigno en el hablar y manso en el trato". "Los prelados son como estrellas que deben dar luz a los otros con la palabra y con el testimonio de su vida.

"Los buenos prelados de la Iglesia son imagen de Jesucristo. Dichoso el que pueda decir: Yo soy el buen pastor. Para ser tal ha de asemejarse al Hijo del Hombre". "Al superior se le llama también casa del padre, porque en ella el inferior, como en la casa paterna, debe refugiarse".

 Con solo treinta y dos años goza de un gran prestigio en la Orden, por la santidad de vida, la pureza de doctrina y por su actividad misionera. Pero su salud está quebrantada. A los tres años, exhausto físicamente, en el Capítulo General, celebrado en Asís en 1230, pide que se le exonere del cargo. Como Provincial de la Romaña, Antonio es uno de los capitulares. En el Capítulo se discuten cuestiones vitales para la Orden. Se enfrentan las dos corrientes de opinión, que ya echaron sus brotes en vida de Francisco, pero que tras su muerte se agudizan. Por una parte están quienes desean permanecer fieles al carisma primitivo, observando la Regla primera sin comentarios ni mitigaciones. Por otra parte están los que desean adaptar la Regla en lo tocante a la pobreza, teniendo en cuenta las nuevas necesidades, surgidas con la multiplicación de los Hermanos.

 Antonio, con la salud quebrantada y perturbado por la división interior de los Hermanos, pide, pues, ser liberado del cargo de Provincial.

 11. PADUA

 Nacido en Lisboa, estudiante en Coimbra, misionero fracasado de Marruecos, predicador aplaudido en Francia, ministro provincial de la orden en el norte de Italia... y, sin embargo, el nombre de Antonio ha quedado para siempre ligado a Padua: es San Antonio de Padua para todos, menos para los habitantes de Padua. Para ellos es "el Santo" sin necesidad de más especificaciones. Más concretamente: Antonio nace a la vida de Dios en la pila bautismal en la catedral de Lisboa. Permanece en Portugal treinta años de su vida; pasa unos meses en Marruecos y, de los diez restantes, dos o tres en Francia y el resto viajando por todo el norte de Italia. ¿Cuánto vivió en Padua? Sólo durante los tres últimos años de su vida pasó algunas temporadas en Padua. Pero Antonio llegó a ella cansado de andanzas y luchas, de agitaciones, éxitos y fracasos y la ciudad le acogió con amor y en ella pudo descansar amándola. Desde ella pasó a la patria del cielo y a ella quedó ligado para siempre.

 Padua, cuando Antonio se establece en ella, es una pequeña ciudad medieval, llena de torres, en la que las estrechas calles, flanqueadas por las arcadas de las casas, se extienden a los pies de una iglesia románica o desembocan en amplios espacios en los que crece la hierba. Su universidad, fundada en 1222, comienza a dar sus primeros ilustres vagidos. La vida cultural es vivaz, las escuelas de los monasterios y la de la catedral están provistas de buenas bibliotecas. El obispo Olderico, buen literato, ha sido un gran protector de los estudiosos. La provincia, habitada por unos cuarenta mil habitantes, es amplia. La fertilidad del suelo, regado por el Brenta, ha creado una próspera agricultura. Padua es conocida por la elaboración del lino y de la lana y por los tejidos de piel curtida.

 Situada en la encrucijada de grandes vías de comunicación entre el norte y el sur y el este y el oeste, la vida de Padua es animada. Estudiantes y profesores, soldados, mercaderes y religiosos y cuantos, sin residir en ella, llegan por los más variados motivos, dan un tono alegre a la ciudad. Hay dinero, jolgorio y alegría. Pero, en medio del fasto y la alegría, no faltan las explosiones de violencia y de odio. Las luchas entre güelfos y gibelinos ensangrentan las calles. Los güelfos, a los que pertenece Padua, son partidarios del Papa; pero al lado está Verona, que pertenece a los gibelinos, partidarios del emperador de Alemania. Pero no son sólo estos los problemas. En Padua se hace evidente algo común a la época: el contraste y convivencia de grandes virtudes y grandes vicios. En la misma persona conviven bien y mal, violencia y bondad, odio y misericordia. Ni siquiera el clero está exento de estas contradiccio-nes. Es la época de los grandes pecadores convertidos en grandes santos; arrepentidos que dejan todo y se retiran a un convento a hacer de por vida penitencia de sus pecados. Pero, a diferencia de otras ciudades del norte de Italia, Padua se ha mantenido libre de la herejía cátara, fiel a la fe católica.

 La Orden franciscana llega a Padua diez años antes de que Antonio decida residir en ella. Los franciscanos se alojan, en primer lugar en Arcella, una casona de labriegos. En 1220, al regresar Francisco de su misión en Oriente, personalmente abre el convento de clarisas en la Arcella, con el eremitorio anexo de los frailes, según establece la regla. Los hermanos se encargan de la celebración de la misa en la iglesia común y de pedir limosna para las dos comunidades. Aquí se hospeda Antonio la primera vez, a su llegada a Padua. Después lo hallamos en un humilde convento, más cercano a la ciudad. Se trata de unas cuantas celdas construidas con palos entrelazado y cubiertas de ramas y una pequeña iglesia de cañas de maíz con el techo de paja. Este será el lugar preferido por Antonio para pasar los últimos días de su vida. A este convento quiso ser trasladado cuando sintió que le llegaba la muerte. Allí desea cerrar los ojos a este mundo y abrirlos a la vida eterna. Dios no se lo concede, pero la iglesia de Santa María Madre del Señor recibe su cuerpo, en espera de la resurrección.

 En torno a la ciudad se forman otras ocho pequeñas comunidades de Hermanos Menores. Son todas ellas casas como las de los labriegos y la misma iglesia de Santa María Mater Domini no es diversa; casas viejas con el techo de paja. Son casas de acuerdo con el espíritu de pobreza que han elegido los hermanos seguidores de Francisco. Pero tampoco necesitan más. La casa sólo les sirve para dormir; su jornada transcurre fuera de casa, en el trabajo del campo, en la asistencia a los enfermos, en la predicación y en pedir de casa en casa limosna para comer. La misma iglesia sólo les sirve para sus oraciones y no para suntuosas ceremonias litúrgicas; la frecuenta algún pobre, que va a misa o a confesarse con un fraile tan pobre como él.

 A finales de 1227, Antonio, apenas nombrado ministro provincial, llega a Padua en su gira por los conventos. En la Arcella, el convento de las clarisas, y en el anexo eremitorio de los frailes, la esteras comienzan a ser sustituidas por piedras. Ya han construido una iglesia dedicada a la Virgen María. Por ello todo el conjunto recibe el nombre de Santa María Madre del Señor o de la Arcella. Antonio se detiene en este convento más de lo habitual en sus visitas. La enfermedad, que lo llevará en plena juventud a la muerte, ya ha comenzado a dar sus primeras señales. En la Arcella o en el eremitorio de Camposampiero decide reposar un poco y además allí encuentra el ambiente propicio para dar comienzo al escrito de los Sermones dominicales, que hace tiempo había prometido a sus hermanos. Como dice en el prólogo: "Se decide a escribir vencido por las súplicas y el afecto de los hermanos, que no dejaban de insistirle".

 Antonio, durante esta primera estancia en Padua, da vida a una confraternidad de personas generosas, convertidas. Visten un sayal ceniciento, se sienten unidos por un pacto de asistencia recíproca y recogen fondos para la beneficencia. Son llamados "palominos" porque se reúnen en la iglesia de Santa María de la Paloma, que ellos mismos han erigido. También funda la escuela de teología, al estilo de las de Bolonia, Montpellier y Tolosa. Desde esta escuela de teología entabla relaciones con los profesores y estudiantes de la universidad, al mismo tiempo que se gana la simpatía de los notables, del clero y de los habitantes de la ciudad y alrededores.

 Esta primera estadía de Antonio, aunque es sólo de algunos meses, es suficiente para echar raíces en Padua. La ciudad le ha acogido con los brazos abiertos y Antonio se halla tan bien en ella que, realizado el giro de visitas a los conventos y dejado el cargo de Ministro Provincial en el capítulo de 1230, la elige como su residencia definitiva. Quebrantado por el trabajo y minado por la enfermedad, en Padua espera encontrar el descanso que necesita su cuerpo y su espíritu, dedicado a la oración y al estudio. El convento de Santa María, en las afueras de la ciudad, en contacto con la naturaleza, le ofrece el mejor ambiente para ello.

 Libre de las obligaciones del gobierno, Antonio se dedica de lleno a la predicación y a las confesiones. A esto se añade el encargo de escribir los Sermones para las fiestas de los santos, que le hace el cardenal Rainaldo de Jenne, obispo de Ostia, protector de la Orden y futuro Papa con el nombre de Alejandro IV. Su intensa actividad durante este período, que en realidad no dura ni un año completo, le une para siempre a la ciudad de Padua.

 Antonio pasa horas y horas en el confesonario de Santa María Mater Domini, a veces desde el alba al anochecer:

La confesión es la puerta del cielo, es la casa de Dios, en ella los pecadores se reconcilian con El, como el hijo prodigo se reconcilia con el padre, cuando éste le recibe en la casa paterna con el banquete, la sinfonía y el coro. Sí, verdaderamente es puerta del cielo, porque por ella pasa el penitente a besar los pies de la divina misericordia, se levanta hasta besar las manos de la gracia celestial, y es acogido para recibir el ósculo de la reconciliación con el Padre. ¡Dichoso el que entre por ti!.

 Lo que siembra desde el púlpito, lo recoge en el confesonario. Antonio, en sus escritos, llama a la confesión "segundo bautismo". Y en las páginas dedicadas a este sacramento se siente la alegría que ha supuesto para él llevar a tantas almas a la paz del Señor. En el confesonario de Antonio no se acaba nunca la fila de penitentes. No faltan tampoco los milagros relacionados con su actividad de confesor, como el que recuerda la talla de bronce de Donatello. Un joven, llamado Leonardo, se acusa un día de que ha dado una patada a su madre. Antonio le reprende duramente y le dice: "el pie que golpea al padre o a la madre merecería ser cortado". El joven sale tan impresionado de la confesión que, al llegar a casa, se corta el pie. Informado de lo ocurrido, Antonio corre a casa del penitente demasiado celoso y le cura. Donatello ha inmoratalizado la escena en uno de sus insuperables bajorelieves de bronce, que adornan el altar mayor de la basílica.

 Al llegar la cuaresma de 1231 Antonio suspende la redacción de los Sermones y predica diariamente a los fieles, preparándoles para la celebración de la Pascua. Consagrado con todas sus fuerzas a la evangelización del pueblo, predica y oye confesiones todo el día, olvidándose de sus dolencias y permaneciendo a veces en ayunas hasta la puesta del sol. Es una verdadera novedad, que la Assidua resume en estas pocas frases:

Es maravilloso que, afligido como estaba por una cierta corpulencia y asaltado por la continua enfermedad, mantuviera tan amplia predicación. Un celo infatigable por la salvación de las almas le sostenía en la enseñanza y en el ministerio de las confesiones hasta la puesta del sol, y con mucha frecuencia sin haber comido nada.

 Por entonces los sermones de cuaresma tenían lugar el domingo en la catedral y estaban reservados al obispo. Pero Antonio, "poderoso en obras y en palabras" introduce la predicación diaria y restablece la antigua práctica de las Estaciones penitenciales. Una gran multitud se apiña desde los primeros sermones. Satanás mismo se siente afectado por la predicación y, según cuenta el mismo Antonio a un hermano, trata de ahogarlo en el sueño. Antonio lo vence y aleja de sí invocando a la Virgen María.

 Las gentes, "sedientas de la palabra de vida", acuden a escucharle de todas partes, aumentando cada día el número. Las diversas iglesias, que va eligiendo, no bastan para acoger a tantas personas. Finalmente tiene que predicar en el campo, al aire libre, donde la gente le escucha sentada sobre la hierba. Toda Padua va a escucharle, comenzando por el obispo y sus sacerdotes, los hermanos de su Orden y los frailes de las otras; nobles y artesanos, profesores y estudiantes, viejos y jóvenes... Y no sólo le escuchan, sino que después de oír la predicación buscan un confesor; todos los sacerdotes y frailes de la ciudad no son suficientes para escuchar a tantos penitentes. La palabra de Antonio, penetrante como espada de doble filo, desvela los secretos más escondidos de sus oyentes, llevándoles a la conversión a Cristo. En Las florecillas tenemos la narración sabrosa de esta predicación:

Acercándose con la cuaresma el tiempo de la predicación y pareciéndole oportuno insistir en ella, San Antonio predicó al pueblo la penitencia de los pecados cuarenta días continuos; y a pesar de que le fatigaba su natural corpulencia y de lo que le debilitaba su continua enfermedad, llevado de su inquebrantable celo por la salvación de las almas, permanecía, desde la salida hasta la puesta del sol, predicando y oyendo confesiones. Y como el envidioso de la virtud y enemigo del género humano se empeña en estorbar las obras buenas, quiso al principio de dicha cuaresma apartar al siervo de Dios de su santo propósito; y una noche, que se había entregado al descanso, le apretó la garganta intentando ahogarle. Invocó el Santo fervorosamente el glorioso nombre de la Virgen Madre de Dios, e hizo la señal de la cruz sobre la frente y, abriendo los ojos para mirar al que huía, vio la celda bañada toda de resplandor celestial, y es de creer que por disposición divina descendiese a la celda del siervo de Dios esta luz para que por ella reconociese al dispensador de los dones celestiales y no pudiendo el padre de las tinieblas sufrir tal resplandor, huyese confuso y aterrado.

Luego que sonó en los pueblos de Padua el nombre de San Antonio, concurrían de todas partes en grandísima muchedumbre a oír su predicación, y la recibían como tierra sedienta de la lluvia. No bastando el ámbito de las iglesias para contener tanta muchedumbre de pueblos, salió a predicarles en campos espaciosos. Pues de las ciudades, pueblos y villas de los alrededores de Padua venía innumerable multitud de toda edad, sexo y condición, todos sedientos de oír la palabra de vida. Hasta el venerable obispo de Padua vino devotamente con su clero a la predicación del siervo de Dios, constituyéndose en dechado de la grey y dándola humilde ejemplo de cómo debían escuchar.

Era tal la multitud de hombres y mujeres, que enviaba a confesar sus pecados, siguen Las florecillas, que ni bastaban nuestros frailes ni los otros sacerdotes muy numerosos que le acompañaban.

 Para poder oírle mejor, algunos se levantan a media noche y, llevando luces encendidas, se apresuran y corren a porfía para ocupar los primeros puestos. A la hora de la predicación, los comerciantes cierran sus negocios, para ir a escucharle y, además, porque nadie habría ido a comprar nada. La ciudad vive una cuaresma inolvidable, con repercusión en la vida: se apagan muchas discordias, encendidas desde hacía años; ladrones y prostitutas suspenden, e incluso muchos cambian, su forma de vivir; muchos restituyen como Zaqueo el dinero malhabido; hasta se da libertad a muchos de los prisioneros. Alguien ha escrito que, por unas semanas, toda la ciudad se transformó en "un monasterio".

 Esta ola de fe tiene repercusiones incluso en los usureros y en las costumbres que regulan los préstamos de dinero. La ley republicana condena a ir a la cárcel a los deudores que, porque no quieren o porque no pueden, no devuelven el dinero recibido con sus intereses. Justo el 15 de marzo de 1231, en la vigilia de la Semana Santa, "bajo la instancia del venerable hermano Antonio, confesor de la Orden de los hermanos menores" la autoridad ciudadana establece que el deudor, insolvente sin culpa, no puede ser privado de la libertad personal.

 Los avaros y usureros eran una lacra de la época, que reducían a la miseria a numerosas familias. Antonio se encara con ellos con las palabras más duras de sus sermones. En los mismos Sermones escritos les ataca con suma dureza. ¡Desgraciados! ¡No saben que al nacer estaban completamente desnudos y que al morir serán envueltos en un miserable paño! ¿De dónde les vienen las riquezas? Del hurto y la usura. Como el escarabajo, que amasa excrementos haciendo con ellos una pequeña bola, para que al final un asno pase y aplaste la bola y al escarabajo, así el avaro y el usurero reúnen el estiércol del dinero. De repente el diablo les estrangula. Y su alma va al demonio y su dinero... a los herederos.

 La cuaresma de 1231 fue ciertamente para la ciudad de Padua una bendición de Dios, por su renovación espiritual y moral. Y es que se cumple lo que Antonio escribe: "El Señor está dispuesto a entrar siempre que encuentra una pequeña abertura en la pared (Ez 8,8) del pecador: esta abertura es el reconocimiento de la propia culpa. Vi una puerta abierta en el cielo (Ap 4,1). La puerta abierta es la misericordia de Dios, dispuesta a recibir los penitentes". Un biógrafo nos da cuenta de los frutos:

Inducía a una paz fraternal a los que vivían en desacuerdo; obtenía la liberación de los prisioneros; movía a restituir lo que se había robado con la usura o la violencia; libraba a las prostitutas de su infame comercio y curaba de su vicio a los mayores ladrones. De tal suerte que, al cabo de cuarenta días, recogió una mies copiosa, agradable al Señor.

 Antonio, en esta cuaresma ha vivido lo que él luego escribe comentando el evangelio de Mateo 20,1:

En las primeras luces, al romper el día, el padre de familia salió para cultivar la viña, de la cual dice Isaías: Una viña fue adquirida para mi amado en un fértil otero; la cercó, la despedregó y plantó en ella cepas exquisitas (Is 5,1-2). Una viña es el alma, que fue adquirida para gloria del amado; sobre el otero, es decir, con el poder de la Pasión; para mi amado, esto es, por la misericordia, pues sólo por la misericordia, y no por las obras de justicia que nosotros hacemos (Tit 3,5), salvó su propia viña, que cercó con la ley escrita y con la ley de gracia... La despedregó, o sea, quitó de ella la dureza del pecado; edificó la torre de la humildad en medio de ella; y en ella construyó el lagar de la contrición, en el que exprime el vino de las lágrimas y, de esta manera, plantó en ella cepas exquisitas.

El penitente, ungido con el óleo de la gracia, en la vigilia de la mañana, es decir, del corazón contrito, crece como la hiedra. La hiedra por sí misma no puede subir muy alta, pero agarrándose a las ramas de los árboles se levanta a mucha altura. Es como los ricos de este mundo, que se levantan al cielo, no por sí mismos, sino por sus limosnas a los pobres, que son como sus ramas. Por eso dice el Señor en el Evangelio: Haceos amigos con las riquezas injustas, para que, cuando lleguen a faltar, os reciban en las eternas moradas (Lc 16,9).

 Esta última cuaresma, a pocos meses de su muerte, es para Antonio un anticipo de la vida eterna. El sabe que, quien lleva al Padre un pecador, es acogido en su reino: "Hay más alegría en el cielo por un pecador arrepentido que por noventa y nueve que no necesitan penitencia". Antonio se alegra con la alegría multiplicada del cielo. No un pecador frente a noventa y nueve justo, sino cientos de pecadores están volviendo al Padre. Un trasunto de este gozo hallamos en lo que está escribiendo por este tiempo:

Dice Santiago: El labrador espera el fruto precioso de la tierra, aguardándolo con paciencia hasta recibir las lluvias (Sant 5,7). El labrador que cultiva el campo el es predicador. Con el sudor de su frente, con la azada de la palabra, el predicador cultiva las almas de los fieles. Si el campo es así cultivado, dirá de él el Señor: Mira, el aroma de mi hijo es como aroma de un campo florido, que ha bendecido el Señor (Gén 27,27). El labrador, pues, espera el fruto precioso de la tierra. Por el mismo hecho de que el predicador cultiva el campo del Señor, espera el fruto de la tierra, que es el fruto de la vida eterna. Por eso el Señor promete al predicador en Jeremías: Si te vuelves porque yo te hago volver, estarás en mi presencia; y si sacas lo precioso de lo vil, serás como mi boca (Jr 15,19). Si vuelves, es decir, si haces que un pecador se convierta, yo te convertiré, infundiéndote la gracia; y si sacas lo precioso, es decir, el alma que yo rescaté con mi preciosa sangre, de lo vil, o sea del pecado, serás como mi boca.

 Antonio se siente como un pequeño David enfrentado al gigante Goliat. Contra él se enfrenta armado con el cayado de la cruz y con la honda de la fe y el testimonio de su vida:

David tomó su cayado en la mano, escogió en el torrente cinco cantos lisos y los puso en el zurrón de pastor (1Sam 17,40). El cayado significa la cruz de Cristo; David, es decir, el predicador, debe tener siempre este cayado en la mano. Los cinco cantos son los cinco libros de Moisés, por los que entendemos todo el Antiguo Testamento. Como ayuda de su predicación, el predicador debe tomarlos del torrente, es decir, de la abundancia de la Sagrada Escritura, y colocarlos en el zurrón del Evangelio. Pues en el Nuevo Testamento está la inteligencia del Antiguo, pues una rueda está dentro de la otra (Ez 1,16).

Y con su honda en la mano se acercó al filisteo. La honda, de correas iguales, significa la armonía entra la doctrina y la vida. El predicador debe tener en la mano esta honda para que su mano esté de acuerdo con su boca, su vida con su predicación. Así podrá acercarse al filisteo y matarlo. Filisteo quiere decir el que cae con la bebida, y significa el rico de este mundo, vestido de púrpura, ebrio con el brebaje de la gula y la lujuria. De él se dice en el Evangelio de hoy: Era un hombre rico que vestía de púrpura y celebraba todos los días espléndidas fiestas (Lc 21,15).

 12. EN ROMA

 Pero volvamos, por un momento, hacia atrás. Mientras Antonio está en la Arcella dedicado a escribir los Sermones, el Ministro General de la Orden le encomienda una misión delicada y confidencial. Antonio es mandado a Roma, donde llega para la Pascua de 1228. Nada se conoce del problema que lleva Antonio a Roma. Se trata seguramente de alguna cuestión sobre la regla franciscana; la Orden se halla dividida en torno a la forma de vivir la pobreza. Algunos hermanos desean conservar la pobreza con estricta fidelidad a la regla, sin comentarios ni glosas; otros buscan, en cambio, adaptarse a las nuevas exigencias de los estudios y de las numerosas comunidades que van surgiendo por todas partes.

 Lo cierto es que el Papa Gregorio IX, que conoce la fama de Antonio como predicador, le invita a predicar ante él a todo el colegio cardenalicio. Así el Papa, como testimonia en la bula de canonización, conoce personalmente la fuerza de la palabra de Antonio. No esgrime una vana retórica, cargada de argumentos y citas profanas, según el uso de la época, sino un lenguaje austero y, a la vez, conmovedor por la fe sincera y el profundo conocimiento de la Sagrada Escritura. Al Papa y a los cardenales les impresiona el dominio de los textos sagrados; las concordancias, las analogías, los sentidos más escondidos le afluyen espontáneamente a los labios. En esta ocasión el Papa le llama Arca del Testamento, título que desde entonces lleva Antonio, como prueba de su conocimiento y amor a la Escritura.

 Pero Antonio no sólo habla ante el Papa y los cardenales, sino a la multitud de peregrinos congregados en Roma con ocasión de la Semana Santa y de la Pascua, a los que se añaden los que han ido a Roma para asistir al Concilio convocado por el Papa para el Jueves Santo para renovar la excomunión al emperador Federico II, que ha impedido al arzobispo de Teranto llegar a su sede episcopal y visitar a sus fieles y que acaba además de apropiarse de los bienes de los Templarios y de los Hospitalarios. A esta inmensa multitud de peregrinos, llegados de todas partes, dirige su palabra Antonio, reproduciendo el milagro de Pentecostés, según la narración de Las florecillas de San Francisco:

El maravilloso vaso del Espíritu Santo, San Antonio de Padua, uno de los discípulos escogidos y compañeros de San Francisco, que lo llamaba su obispo, una vez predicó en el Consistorio delante del Papa y de los Cardenales; había allí hombres de diversas naciones, es decir, griegos, latinos, franceses, alemanes, eslavos e ingleses y de otras diferentes lenguas del mundo; e inflamado por el Espíritu Santo, Antonio propuso la palabra de Dios tan devota, clara e inteligiblemente que cuantos allí estaban, aunque de idiomas diversos, entendieron perfectamente todas sus palabras clara y distinta-mente, como si él hubiera hablado en la lengua de cada uno. Todos se hallaban asombrados y les parecía ver renovado el antiguo milagro de los apóstoles en el tiempo de Pentecostés, cuando ellos hablaban por virtud del Espíritu Santo en todas las lenguas... Maravillado también el Papa y, considerando la profundidad de la doctrina, dijo: Verdaderamente éste es arca del testamento y armario de la Escritura divina.

 La palabra de Antonio llega a los doctos cardenales y del mismo modo alcanza a los simples. La palabra, que brota del corazón encendido en la fe y el amor a Cristo y a los hombres, encuentra el camino del corazón de los oyentes. En Antonio se cumple lo que él dice de los Apóstoles:

Quedaron llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar otras lenguas, según el Espíritu les concedía hablar (He 2,4). Esto es signo de plenitud. El vaso lleno se desborda; el fuego no puede ocultarse.

 Y es que Antonio, como predicador del pueblo da más importancia a los hechos que a las palabras; privilegia la celebración sobre el saber, el testimonio sobre las doctas explicaciones. Antonio se muestra así como un signo de la presencia de un Dios de amor en la vida cotidiana de los hombres. Cuando Francisco, reacio como era a los estudios, permitió a Antonio enseñar teología, no olvidó recordarle: "con tal que el estudio no apague en los hermanos el espíritu de la santa oración y de la devoción". Aquí radica la fuerza de la predicación de Antonio. El estudio nunca ha apagado en él el espíritu de oración, sino todo lo contrario: en la oración e intimidad con el Señor halla siempre la fuerza para su misión de predicador y maestro. Y en la oración se refugia cuando le aturden los aplausos de las gentes. El se dice a sí mismo lo que frecuentemente repite a los demás: "Antes que nada el predicador debe ser un hombre de oración, en ella puede escrutar y ver si vive según lo que enseña a los demás". Como escribe Juan Pablo II:

Precisamente porque estaba enamorado de Cristo y de su Evangelio, ilustraba con inteligencia de amor la divina sabiduría que había tomado de la lectura asidua de la Sagrada Escritura... De la sed de Dios y del anhelo de Cristo nace la teología que, para san Antonio, era irradiación del amor a Cristo: sabiduría de inestimable valor y ciencia de conocimiento, cántico nuevo...

 En uno de sus Sermones, hablando de los auténticos predicadores, inconscientemente, Antonio se describe a sí mismo. Después de decir que esos siervos de Dios son penitentes y pobres, que a nadie perjudican y perdonan a quienes les hacen mal, escribe:

Alimentan con la palabra de la predicación a las almas que les son confiadas y reparten alegremente a otros la gracia que se les concede. No ingieren cosa muerta (el pecado) y, sin embargo, de nada se escandalizan. Su comida es el grano limpio de la enseñanza de la Iglesia. Hechos todo para todos, se consumen en celo santo para la salvación de propios y extraños, pues a todos aman en las entrañas de Jesucristo. Con el fin de precaver y evitar la tentación del demonio, fijan su residencia junto a la corriente de las Sagradas Escrituras y fabrican su nido en el agujero de la piedra, es decir, en el costado de Cristo, y, si se levanta alguna tempestad de la carne, se refugian y esconden pronto en ese mismo costado, diciendo con el profeta: "Sé tú el baluarte firme contra el enemigo. Sé para mí un Dios protector" (Sal 60,3-4). Se defienden, no con las uñas de la venganza, sino con las alas de la humildad y de la paciencia. Y después de haber tenido a los fieles bien unidos con la Iglesia, vuelan con ellos al reposo eterno.

 La teología de Antonio tiene siempre una impronta práctica; la verdad se ordena a la vida, entre otras cosas porque a su alrededor ve más inmoralidad que herejías. Agudo conocedor del hombre, comprende y absuelve sus defectos cuando son fruto de la ira, del miedo o del deseo, es decir, cuando no hay en ellos obstinación en el mal. No es un fariseo, que aleja del mal la mano, pero no el corazón. Antonio ve los vicios en su profundidad, pues ha mirado muy a fondo en su interior.

 Buscando las razones por las que los hombres se alejan de la confesión, Antonio enumera cuatro: el apego al pecado, la vergüenza, el temor de la penitencia y la desconfianza del perdón. Hablando de la penitencia, que llama segundo bautismo, donde el pecador renace a la vida divina, Antonio encuentra las imágenes más tiernas y las expresiones más afectuosas. Describe al pecador perdonado como un niño que le nace a la madre Iglesia e invita a todos a manifestar con voces exultantes el júbilo del corazón por el nuevo cristiano.

 Antonio, que vive en intimidad con Dios y entregado a los hombres, presenta su experiencia como camino de perfección cristiana: "La suavidad de la vida contemplativa conserva el alma en la frescura de la gracia en medio de su dedicación apostólica" El alma renace, el espíritu cobra agilidad en la intimidad con Dios, haciendo fecundo el apostolado. Como dice la Assidua: "Los labios cerrados durante mucho tiempo se abren para anunciar la gloria de Dios hasta el punto de merecer el nombre de evangelista por la importancia de las obras realizadas". Con una de sus imágenes lo dice el mismo Antonio: "Lo mismo que el águila, el hombre que es justo por la agudeza de la contemplación, pone su mirada fija en el esplendor del sol verdadero... Y sólo la plenitud de la inspiración interior permite captar la verdad divina para poder anunciarla".

 Además, como hemos visto, la vida de Antonio está marcada por los milagros que le acompañan, aunque el nunca se sintió un milagrero. Su satisfacción le viene del ver a las personas convertirse a Cristo. Siendo un teólogo instruido y docto, se siente enviado, siguiendo las huellas de Cristo, "a llevar la buena noticia a los pobres", a los sencillos, a los menores. Como él escribe:

Sólo los pobres, es decir, los humildes, son evangelizados. En la actualidad los pobres, los simples, los iletrados, la gente del pueblo, las viejecitas, tienen sed de la palabra de vida, del agua de la sabiduría. Sólo los pobres son evangelizados, es decir, alimentados con la palabra del Evangelio, porque ellos son el pueblo del Señor y las ovejas de su rebaño".

 Le parece lo más lógico que escuchen con interés su predicación: "Es un signo de predestinación escuchar con gusto la palabra de Dios. Como muestra amor a su patria terrena el exiliado que oye y busca con gusto las noticias que le llegan de su patria, así se puede decir que tiene su corazón vuelto hacia el cielo el cristiano que escucha con gusto a quien le habla de su patria celestial".

 La vida de Antonio en su paso por este mundo es breve. Y el tiempo dedicado a la misión mucho más breve aún. Pero los kilómetros recorridos son incontables. Es un peregrino en la tierra, no tiene morada fija, va de una parte a otra y, a pesar de su precaria salud, hace todos sus recorridos en el "caballo de San Francisco", unos ratos a pie y otros andando. A pie y descalzo o con rudas sandalias, con el sayal empapado de lluvia o de sudor, sigue su camino, cantando las alabanzas del Señor, como les ha enseñado Francisco. El amor al Señor y la obediencia le dan las fuerzas para ello. En invierno, a través del fango y la nieve o el hielo; en verano, con el polvo cegador y asfixiante; por llanos y por montes... Como leemos en la primera biografía: "Sería interminable enumerar los lugares que el Santo recorrió, nombrar las tierras en que sembró la semilla de la palabra de Dios".

 Antonio camina como quien no puede perder el poco tiempo que tiene para llevar a cabo la inmensa misión que Dios le ha encomendado. Cuando pasa por donde hay un convento de hermanos halla hospitalidad en él; y si no, mendiga un trozo de pan y una yacija para pasar la noche. Bajo un pórtico o en una cuadra y, a veces, en el campo bajo las estrellas, pasa muchas noches. Pero siempre en compañía de un hermano; con mucha frecuencia éste es Lucas Belludi, que se ganó el título de "compañero de San Antonio", amigo y confidente y, también, su sucesor como Ministro Provincial del norte de Italia.

 Hoy, en condiciones más cómodas y rápidas, innumerables cristianos recorren en peregrinación los igualmente innumerables lugares, que guardan el recuerdo del paso de Antonio, con una iglesia, un convento, una estatua, un cuadro, una celda... Así sigue hablando, sacando como escriba del reino, del Arca del Testamento lo nuevo y lo viejo. Sigue de este modo hablando en todas las lenguas, él que escribió:

Tardo para hablar (Sant 1,19-20). La misma naturaleza nos enseña a practicar esto, pues cerró la lengua con doble puerta, para que no divagase libremente. De hecho, la naturaleza puso delante de la lengua como dos puertas: los dientes y los labios. Bien había cerrado estas dos puertas aquel que decía: Pon, Señor, en mi boca un centinela, un vigía a la puerta de mis labios (Sal 141,3). Nota que debe cerrarse no sólo la puerta de los dientes; también la de los labios. Cierra la puerta de los dientes y de los labios quien evita la detracción y la lisonja. Pues, como dice Santiago, si alguno no cae hablando, es un hombre perfecto, capaz de poner freno a todo su cuerpo (Sant 3,2).

 Pero sin olvidar nunca lo que también dejó escrito:

Toda dádiva excelente y todo don perfecto vienen de lo alto, desciende del Padre de las luces (Sant 1,17), como del sol procede el rayo. Pues como el rayo del sol, teniendo su origen en el sol, ilumina al mundo y, sin embargo, no se aleja nunca del sol, así el Hijo de Dios, que desciende del Padre, iluminó el mundo sin apartarse nunca del Padre, como él mismo dice: El Padre y yo somos una sola cosa (Jn 10,30).

 13. SERMONES

 Palabra y vida en Antonio corren por el mismo binario. La impetuosa palabra va acompañada por el testimonio radical de su vida cristiana. Fe y amor se abrazan sin divorcio posible. Este y no otro es el secreto de la fuerza de atracción que ejerce su predicación. "La fe sin el amor es vana. La fe con el amor es lo propio del cristiano. Creer en Dios es amarle; creyendo, remontarse hacia El; creyendo, adherirnos a El e incorporarnos a sus miembros".

 La época de Antonio marca el paso del románico al gótico. Son los nuevos vientos llegados de Francia. Se advierte un ansia de elevación y de esbeltez. La ojiva refleja la espiritualidad de la teología. Arcos apuntados, arbotantes y pilares, bóvedas de crucería con sus nervios firmes, junto con las vidrieras, son el símbolo de la teología que hallamos en los Sermones de Antonio. En ellos no desea otra cosa que elevar templos vivos a Dios, como racimo gótico de agujas vivientes en el cuerpo de la Iglesia. Como cimiento firme del edificio coloca la Escritura, sobre la que se alzan las piedras sillares de los fieles, edificados en la liturgia y en la sabiduría patrística. Las ojivas, vidrieras y agujas, que dan color y esbeltez al edificio son el amor de Dios, manifestado en Cristo y difundido en la Iglesia por el Espíritu Santo en la liturgia. Porque para Antonio Cristo es siempre Cristo-Iglesia: "La uva es la humanidad de Cristo, prensada en el lagar de la cruz, y que hoy da a beber a los apóstoles". "En el Jordán Cristo oyó para sí y para todos los bautizados: Este es mi querido Hijo".

 Antonio ha sido un estudiante serio y apasionado, dotado de agudeza de ingenio y de una prodigiosa memoria. Ahora es un predicador docto y popular. Es el predicador santo, dotado del carisma de la palabra, que alcanza las fibras más escondidas de los oyentes: "Su modo de comportarse, humanamente desarmado y desarmante, con su lenguaje libre y firme, tan humano y tan penetrante, le hacen el predicador escuchado con afecto y con temor. No afirma nada que no esté en la palabra de Dios o que brote de ella como agua de la fuente. Apasionadamente se sumerge con la palabra, de doble filo, en la realidad viva de los problemas más urgentes y vitales, de los vicios, que desenmascara sin tapujos. Se siente un enviado de Dios y habla con su autoridad, con la parresía de San Pablo".

 Para Antonio, Cristo es la fuente de la gracia, que se comunica a los hombres, distribuyendo carismas personales, con los que cada persona realiza su vocación. Al hombre se le pide la disponibilidad para acoger estos dones y fidelidad al designio de Dios sobre cada uno. Ciertamente, la predicación de Antonio, sin perder el espíritu franciscano de la sencillez, no se limita a exponer simplemente "el vicio y las virtudes, la pena y la gloria con brevedad de sermón", como dice la regla de San Francisco, sino que se amolda a las necesidades de la época y a las exigencias del público, sobre todo cuando se dirige a los herejes. Antonio, sin pretensiones de sabio, cita toda la Biblia y se apoya en los Santos Padres y hasta recurre a los escritos de autores paganos para ilustrar la verdad y refutar el error.

 De su intensa actividad como predicador no nos queda nada. De aquellas predicacio-nes, que tocan el corazón de las gentes, que no se cansan de escucharlo, que les mueve a conversión, no tenemos más que el pálido reflejo, el contenido doctrinal, en los sermones escritos. Con el oído atento nos acercamos a estos escritos para descubrir el eco escondido de su palabra viva y elocuente. Siempre es un don para nosotros escuchar al doctor evangélico, al maestro o, más bien, al apóstol, al santo. Ciertamente, a un escrito le falta siempre la elocuencia de los gestos, el tono de la voz, los comentarios, que actualizan la palabra, aplicándola a las circunstancias concretas de los oyentes. Pero ya en los Sermones escritos se advierte el sentido práctico de Antonio, su ingenio, su sentido del humor, su forma gráfica de presentar las ideas hasta hacerlas casi tangibles a través de las imágenes, alegorías y comparaciones que usa y comenta.

 Como Ministro Provincial del norte de Italia, Antonio llega a Padua a fines del 1227. Después de haberse consumado en la cátedra y en el púlpito, en los confesionarios y en las celdas conventuales, se entrega a escribir los Sermones para los domingos del año. Algo más de un año tarda en redactar el primero, debido a las muchas interrupciones, que le impone su cargo de Ministro General. Pero en el Capítulo de 1230, cuando es inaugurada la catedral de Asís, pide y le es concedido dejar el cargo. Desea dedicarse a la que es su vocación: la predicación. Seguramente también está cansado. Entre los superiores de la Orden hay muchos contrastes, celos y ansias de poder. Antonio, visitando conventos, siente que esta tela de araña le oprime el alma. Desea verse libre de tanta intriga y dedicarse a predicar el Evangelio a las gentes. Dejado, pues, el cargo, vuelve a Padua y se dedica de lleno a las confesiones, al estudio y a la predicación. Pero, desde Roma, el Cardenal Rainaldo dei Conti, más tarde Papa Alejandro IV, le pide que escriba los Sermones para las fiestas de los santos. Tomando, de nuevo, papel y pluma, escribe en latín más de mil páginas.

 Antonio, aunque no busca hacer literatura, ama describir la realidad y, para ello, se sirve de las imágenes más vivas y penetrantes que encuentra. La Escritura es la fuente principal de inspiración. Y con la Biblia la naturaleza, que le ofrece las imágenes más elocuentes del Creador. Sus páginas, están cargadas de pasión y, a veces, de impetuosidad despiadada y desbordante. La humanidad, a la que se dirige con amor apasionado, emerge de sus escritos con palpitante vigor, con sus vicios y miserias. Obispos y priores, canónigos y abades, sacerdotes y frailes, son el blanco de sus flechas; les denuncia sus lujos, ambiciones, avaricias y lujurias. Les describe sin tapujos. Y, para hacerse entender mejor, se sirve de semejanzas llenas de fantasía. El avaro es un escarabajo; el ambicioso se comporta como el perro cuando se le arroja un hueso; el hipócrita es un ladrón nocturno; el prelado negociante es un lobo; el lujurioso es un oso; el diablo tentador es una araña hábil y paciente; la hiena es el hereje, un erizo que minimiza y justifica los propios pecados; el soberbio es el águila, que al volar más alto que las demás aves, por sus alas de arrogancia y vanagloria, desea ser tenido por superior a todos. En otro sermón, comentando Is 34,13, escribe:

En el dragón está significada la malicia venenosa del odio y la denigración; en el avestruz la mentira y la hipocresía; en el asno la lujuria y la pereza; en el toro la soberbia; en los velludos la avaricia y la usura, que mutuamente se convidan, pues la avaricia llama a la usura y la usura a la avaricia; en el chacal la perfidia herética; en el erizo la excusa artera del pecador.

 Fiel discípulo de Agustín, Antonio es apasionado y concreto, nunca un puro y frío especulador. Parte siempre de la observación de la naturaleza y del hombre en su situación concreta. Antonio nunca escribió libros, sino únicamente sermones o, más bien, una síntesis de su predicación, con la que sólo pretende indicar al hombre la vía para acercarse a Dios, moviendo todos sus sentidos y sentimientos para que se ponga en camino hacia El desde el estado en que se encuentre. No hace ciencia, sino que comunica sabiduría para suscitar en los hombres la vivencia cristiana. Sabe teología, y mucha, pero no le interesa ser teólogo, sino apóstol que busca la conversión al Evangelio, la conversión a Cristo. Como Doctor evangélico de la Iglesia con sus escritos nos ayuda a escrutar las Escrituras para encontrarnos en ellas con Cristo, pues "ignorar las Escrituras es desconocer a Cristo". Como recuerda Juan Pablo II "la Escritura era para él la tierra fecunda, que engendra la fe, fundamenta la moral y atrae al alma con su dulzura".

 Amante, además, de la liturgia desde sus tiempos en los conventos agustinos de San Vicente y de Santa Cruz, construye sus Sermones concordando las palabras de ambos Testamentos usadas en la liturgia dominical de la Iglesia, con los otros textos bíblicos de la liturgia. La liturgia del día le ofrece el punto de partida para presentar el sermón como comentario de la Biblia y como iluminación concreta de la vida. Palabra, liturgia y vida cristiana forman un trípode inseparable en todos los Sermones. La palabra proclamada y celebrada es la palabra que ilumina y sostiene la vida de los cristianos. No cabe el divorcio entre la fe, la celebración y la vida. Como dice él mismo:

Jesucristo, que nos congregó con sus brazos extendidos en la cruz, nos apacienta cada día con la doctrina del Evangelio y con los sacramentos de la Iglesia.

 Antonio hace un amplio uso del Antiguo Testamento: unas 3700 citas. Pero lee el Antiguo Testamento con la clave y el sentido espiritual que le proporciona el Nuevo, del que hay en los Sermones otras 2400 citas.

El Nuevo Testamento estaba ya en el Antiguo; en el Nuevo se esclarece, pues, el Antiguo. Como dice Ezequiel: La rueda estaba en la rueda (Ez 1,16), que quiere decir, el Nuevo Testamento estaba ya en el Antiguo; y la cortina arrastra la cortina (Ex 26,3), es decir, en el Nuevo Testamento se esclarece el Antiguo.

 La red de citas, que traza en torno al Evangelio del día, ofrece una concordancia de toda la Escritura, que se explica por sí misma, y se despliega hasta ofrecer el sentido pleno y último de la Palabra de Dios, hecha presente y viva en la celebración litúrgica, arrastrando a los fieles a la conversión del amor a sí mismos al amor a Dios y al prójimo. En definitiva lo que busca Antonio es dar muerte al hombre de pecado para formar el hombre interior, el hombre nuevo, que reproduce en su vida el Evangelio o, mejor, la imagen de Jesucristo, que nos ha dibujado el Evangelio. Comentando Ez 4,1 compara al pecador con el ladrillo, que toma forma entre dos tablas:

Dice el Espíritu Santo a Ezequiel, o sea, al predicador: Y tú, hijo del hombre, toma un ladrillo y dibuja en él la ciudad de Jerusalén. El ladrillo por las cuatro propiedades que tiene es símbolo del pecador. Adquiere forma entre dos tablas, se le da una forma determinada, se endurece al fuego y se vuelve rojo. Así mismo el corazón del pecador ha de formarse entre las tablas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Entre los montes, o sea, entre los dos Testamentos, dice el Profeta, fluirán las aguas (Sal 104,10), es decir, el agua de la doctrina. Y con razón dice que se forma, porque el pecador, deformado por el pecado, adquiere forma por la predicación de uno y otro Testamento. Al ladrillo se le da una extensión determinada, pues la anchura del amor ensancha el corazón estrecho del pecador, conforme está escrito: Tu mandamiento es inmenso (Sal 119,96). El ladrillo se endurece con el fuego: una vez que desaparece la humedad de que está lleno el espíritu de éste se fortalece gracias al fuego de la tribulación, para que no se derrame por el amor de las cosas temporales, pues dice Salomón: Como el horno al oro, la lima al hierro, la trilla al grano, así modelan al justo las tribulaciones (Eclo 27,6 y Sab 3,6). El ladrillo se vuelve rojo. Con esto se da a entender la audacia del celo santo, al que se refiere el Profeta: me devora el celo de tu casa (Sal 69,10), es decir, de la Iglesia o del alma fiel. Como dice Elías: Ardo en celo por la casa de Israel (1Re 19,10). Cuatro son, pues, las cosas significadas con el ladrillo: la ciencia de uno y otro Testamento para instruir al prójimo; amor desbordante a los demás; paciencia en la tribulación para sufrir oprobios por amor de Cristo y la audacia del celo para acabar con el mal. Hazte, pues, con un ladrillo y traza en él la ciudad de Jerusalén.

Así, pues, en nombre del Señor cogeré un ladrillo, es decir, el corazón de cualquier oyente y escribiré en él los artículos de la fe de la Iglesia, las virtudes del alma y los premios de la patria celestial, sacando y explicando frases de ambos Testamentos.

 De este modo la conformación o dar forma al pecador significará llevarle a Cristo, cuya vida se ha desenvuelto en la pobreza y humildad por su nacimiento; se ha manifestado en su vida pública como misericordia inagotable y sabiduría perenne; y, finalmente, en el momento de su entrega, pasión, muerte y resurrección, como paciencia y obediencia. Uniéndose a Cristo en la pasión, el pecador llega a destruir en él el cuerpo de pecado y por la caridad se hace capaz de amar a Dios y al hombre, imagen de Cristo, a quien la caridad llevó a la cruz:

El Señor te manda lo mismo que mandó a Abraham, como se refiere en este domingo: Toma a Isaac, tu hijo único, al que amas, vete al país de Moria y ofrécelo allí en sacrificio (Gén 22,2). Isaac quiere decir risa o gozo y significa, en sentido moral, nuestra carne que ríe cuando las cosas temporales le sonríen, y goza cuando satisface sus deseos. Toma, pues, a tu hijo, tu propia carne, que amas, que tan afectuosamente nutres... Y en el Evangelio de hoy leemos: Tomó Jesús a sus doce discípulos y les dijo: Mirad que subimos a Jerusalén (Mt 20,17-18). Toma tú también a tu hijo y sube con Jesús y los Apóstoles a Jerusalén y allí, sobre el altar, es decir, meditando en la Pasión del Señor y en la cruz de la penitencia, ofrece tu cuerpo en holocausto, hasta que quede todo quemado. Ofrece, pues, todo tu hijo, todo tu cuerpo a Jesucristo, que se ofreció al Padre por completo para destruir este cuerpo de pecado (Rom 6,6)...

 Los Sermones dominicales comienzan en el domingo de Septuagésima, porque en las lecturas del primer nocturno de los maitines de dicho domingo se comenzaba la lectura del Génesis. Con él quiere comenzar, aunque comenta también los evangelio de los domingos, las epístolas y los introitos, además de las lecturas del Breviario. Su predicación se centra plenamente en el ciclo litúrgico, que la Iglesia propone. En vez de seguir dando más explicaciones sobre los Sermones lo mejor es que gustemos algunos párrafos de ellos.

 La Palabra de Dios es la fuente de su oración, de su vida, de su predicación y de sus escritos. Como dice ya en el prólogo "No sabe de letras quien ignora las Sagradas Escrituras". De la Palabra de Dios nos dice:

Palabra del Señor, palabra de paz y de vida, de gracia y de verdad, aquella palabra que conoció Isaías, hijo de Amós, en la visión que tuvo acerca de Judá y Jerusalén, es decir, acerca del amor. Palabra del Señor, que mora dentro de sí, pacíficamente. ¡Oh palabra, no digo hiriente, sino embriagante del corazón! ¡Oh dulce palabra de esperanza dichosa, que conforta al pecador! ¡Oh palabra refrigerante como el agua fresca para el alma sedienta, feliz mensajera que trae buenas nuevas de tierras lejanas! Este es el blanco susurro de aura suave o, por mejor decir, la inspiración de Dios todopoderoso.

Dos querubines de oro cubren con sus alas el carro del Antiguo y del Nuevo Testamento, en que se halla la plenitud de la sabiduría. Así cubren el arca de la alianza del Señor... Arca es el alma fiel y se llama alianza del Señor porque el alma contrajo con El en el bautismo la alianza perpetua. Esta arca se cubre con las alas de los querubines cuando el alma, por la predicación del Nuevo y del Antiguo Testamento, se protege y defiende contra el ardor seductor de la prosperidad mundana, de la lluvia de la concupiscencia carnal y del furor de las sugestiones del demonio.

 Esta Palabra de Dios, se encarna en Jesucristo, icono viviente, imagen visible de Dios. Dios y hombre verdadero, Jesucristo nos muestra a Dios y el camino del hombre hacia Dios. Jesucristo, Hijo de Dios, como David (1Cro 28,18),

es misericordioso por la Encarnación, de mano fuerte por la Pasión y de agradable aspecto por la bienaventuranza eterna. Muestra su misericordia prodigando su gracia en favor de los principiantes, y tanto más resplandece su bondad cuanto más lo necesita el corazón. Y es fuerte de mano cuando a los proficientes hace progresar en la virtud. Como la madre cariñosa toma de la mano a su hijo pequeño que hace esfuerzos por subir y lo lleva tras ella, así el Señor con ternura toma de la mano al penitente humilde para que pueda ascender por la escala de la cruz al más alto grado de perfección y pueda ver en su gloria al Rey de rostro encantador que los ángeles desean contemplar. Por lo cual, nuestro David, el Hijo de Dios, Señor clemente y compasivo (Sal 111,4), prodigó el oro de la inteligencia para conocer las Santas Escrituras, pues, "les abrió (a sus discípulos) la inteligencia para que comprendieran las Escrituras" (Lc 24,45). Les dio oro purísimo, sin la menor mancha de escoria de herética malicia.

Cuando un fuerte armado guarda la entrada de su casa, están seguros sus bienes; pero si llega uno más fuerte que él, le vencerá, le quitará las armas en que confiaba y repartirá sus despojos (Lc 11,21-22). Antes de la venida de Cristo, casa del diablo era todo el mundo; no por creación, sino por la prevaricación del primer hombre. Por su desobediencia, Dios permitió que el diablo tuviese poder sobre la descendencia del hombre. Campeaba el diablo a sus anchas... hasta que descendió del trono real, es decir, del seno del Padre el invencible guerrero y se lanzó con los dos pies, la divinidad y la humanidad, en medio de la tierra destinada a la ruina (Sab 18,15) por la actuación del diablo. Así libró a aquellos que, por temor a la muerte, estaban de por vida sujetos a servidumbre (Heb 2,15). Pues si llega uno más fuerte que él, le vencerá... El más fuerte es Jesucristo, de cuya armadura dice Isaías: Se revistió de la justicia como de coraza, y puso en su cabeza el casco de la salvación (Is 59,17). Coraza de Jesucristo era la justicia, con la que expulsó al diablo de la casa que ocupaba pacíficamente. Por haber levantado el diablo la mano contra Cristo, sobre el que no tenía derecho alguno, mereció perder a Adán y su descendencia, sobre quien se creía tener algún derecho... Recibió Jesucristo las vestiduras de nuestra humanidad, para vengarse del diablo, el enemigo, y librar de sus garras a su esposa, que es nuestra alma. Le venció y le despojó de sus armas al hacer de los hijos de ira hijos de gracia. David tiró a tierra a Goliat con la honda y una piedra (es la lectura del Antiguo Testamento); así Cristo con la honda de la humanidad y con la piedra de la Pasión venció al diablo. Por lo cual dice David: Empuña el escudo y la adarga, y álzate en ayuda mía (Sal 35,2). Coge tu armadura, oh hijo de Dios, es decir, tu cuerpo humano, y tu escudo, es decir, la cruz, para que así armado puedas derrotar al diablo, que tenía al género humano aherrojado en la cárcel.

 Al final de su sermón del domingo XII después de pentecostés eleva esta oración:

¡Señor Jesús! Dirige tu mirada sobre la herencia que, para no morir sin dejar testamento, has confirmado a tus hijos con tu sangre, y concédeles proclamar tu palabra con confianza. La vida de tus pobres, redimidos por ti, no la abandones porque no tienen otra herencia fuera de ti. Sosténlos, Señor, con el poder de tu báculo, porque son pobres tuyos. Protégelos y no los abandones, para que sin ti no se desvíen del camino recto, y guíales hasta el final de su camino para que viviendo hasta el fin en ti puedan alcanzarte a ti, que eres su meta.

 La respuesta de Cristo a esta súplica es el don del Espíritu Santo, que reforma e ilumina la imagen de Dios en el hombre:

Con la venida del Espíritu Santo, la imagen de Dios, deformada y oscurecida en el hombre, quedó reformada y se iluminó mediante la inspiración del Espíritu Santo, que sopló en el rostro del hombre y le inspiró la vida (Gén 2,7). Y asimismo se refiere en los Hechos de los Apóstoles: De repente vino del cielo un ruido como de viento impetuoso (He 2,2). Y ten en cuenta que se dice vehemente el Espíritu Santo porque eleva el alma a las alturas. Y el profeta David dice: Grabada está sobre nosotros, Señor, la luz de tu semblante (Sal 4,7). Rostro del Padre es el Hijo. Y como por el rostro conocemos a una persona, así conocemos al Padre por el Hijo. La luz del semblante de Dios es el conocimiento del Hijo y la iluminación de la fe, marcada e impresa como un sello en los corazones de los Apóstoles el día de Pentecostés. De esta forma el hombre se convirtió en alma viviente (Gén 2,7).

 Antonio muere con el nombre de la Virgen en los labios, nombre que ha invocado durante toda su vida. A ella dedica seis sermones. Cuando habla de ella se abandona al impulso del corazón y de la fantasía para cantarla con toda clase de imágenes. "El esposo habla a la esposa en los Cantares: Suene tu voz en mis oídos; que tu voz es dulce y encantador tu rostro (Cant 2,14). Voz dulce es toda alabanza en honor de la Virgen gloriosa; suena dulcísima en los oídos del Esposo, es decir, Jesucristo, Hijo de la Virgen. Levantemos, pues, todos y cada uno, la voz en loor de la Santísima Virgen y digamos a su Hijo: Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron" (Lc 11,27). Es el canto de un enamorado, en el que desborda el entusiasmo y la devoción que siente por ella:

Ave gratia plena... Nada es aquí de carne, nada es de tierra, sino todo espíritu, porque todo es gracia. A la primera mujer, hecha de tierra, carne de carne, hueso de hueso, le dice Eva; pero a la Bienaventurada Virgen María, cuya conversación ya estaba en el cielo, le dice Ave, llena de gracia. Forzoso era que entre la mujeres oyera ser bendita la que ya entre los ángeles era bendita. Este es el Tabernáculo, no hecho por mano de hombres, sino por la gracia del Espíritu Santo construido y dedicado.

 Dice la esposa en el Cantar de los Cantares: Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles. La bienaventurada María eligió esta flor, desechando todas las demás, y se adhirió a ella y de ella recibió cuanto había menester. Vivía de aquel a quien lactaba. Aquel a quien nutría le daba la vida.

Se dice en el Génesis: Plantó luego el Señor Dios un jardín en Edén, al oriente, y allí puso al hombre para que lo guardase y cultivase (Gén 2,8; vulgata). Pero lo cultivó y guardó mal. Fue, pues, necesario que el Señor Dios plantase otro paraíso mucho mejor: María Santísima, para que retornasen a él los desterrados. En este Paraíso fue puesto el segundo Adán, que lo cultivó y guardó. Grandes cosas cultivó, como ella misma dice: Grandes cosas hizo en mí (Lc 1,49). La guardó cuando la conservó íntegra; la cultivó cuando la hizo fecunda. Gracias a su custodia no perdió la flor de la virginidad. Antes la tierra, maldita por las obras de Adán, producía con el trabajo del hombre espinos y abrojos. Nuestra tierra, es decir, la Virgen, sin trabajo del hombre, produjo el fruto bendito, que ofreció en el templo hoy (fiesta de la Presentación) a Dios.

El arco iris se origina al entrar el sol en la nube. Así, entrando el Sol de justicia, el Hijo de Dios, en la nube, o sea, en la gloriosa Virgen, fue transformada en arco iris refulgente, signo de alianza, de paz y de reconciliación entre Dios y los pecadores. Por eso se dice en el Génesis: Pondré mi arco en las nubes del cielo como señal de mi pacto con la tierra (Gén 9,13). Del arco iris dice el Eclesiástico: Pon la vista en el arco iris y bendice al que lo hizo. ¡Qué hermoso es su esplendor! Con su círculo de gloria abarca el cielo (Eclo 43,12-13). Contempla el arco iris, es decir, la belleza y santidad de María, y bendice con el corazón, la boca y las obras a su Hijo que así la creó. Pues ella, bendita entre todas las mujeres, abarcó el cielo, es decir, rodeó la divinidad con el cerco de su gloria.

Seguro acceso al Señor tienes, ¡oh hombre!, pues tienes ante el Hijo a la Madre y al Hijo ante el Padre. La madre muestra al Hijo el pecho y los senos. El Hijo muestra al Padre el costado y las llagas. Ningún rechazo habrá allí donde concurren tantas muestras de amor.

 Con la encarnación del Hijo en el seno de María comienza la peregrinación de la Iglesia, pues Cristo salió del seno del Padre y vino al mundo para sembrar y edificar la Iglesia:

La verdad brotó en la tierra. Cristo es la verdad brotada de la tierra, a saber, de la Virgen. La verdad de la misma fe brotó de la Madre Iglesia. Aquella precedió para que ésta siguiera.

 La Iglesia, para Antonio, es pasión y sufrimiento. La ama con amor filial renovado cada día por encima de la experiencia de la realidad eclesial, que contempla y le estremece. Antonio es incapaz de fingir, no acepta silencios ingenuos, interesados o cómplices. La reforma propuesta por el IV Concilio de Letrán corre el riesgo de quedarse en simple ideal. Antonio alza su voz, habla de la Iglesia con la pasión, la libertad y la esperanza del profeta. A su Iglesia santa, pero necesitada cada día de conversión, Antonio le recuerda que es "cuerpo de Cristo", "mujer vestida de sol, que engendra una multitud de hijos "del agua y del Espíritu Santo", "casa del pan, es decir de Cristo", "ciudad de Dios", "campo de Dios"... Pero esta Iglesia, este cuerpo de Cristo "está crucificado y muerto". El clero calla y se enriquece, se mancha por la simonía y el concubinato, prefiere las vestimentas suntuosas a las virtudes, el poder al servicio. Hay, además, religiosos sedientos de alabanzas humanas, divididos entre sí, pobres sólo de frutos espirituales: "disputas en los capítulos, abandono del coro, murmuración en el convento, mesa abundante en el refectorio, comodidades en el dormitorio". Y los fieles se encuentran enfermos de lujuria, de avaricia, de usura, de violencia, de abusos de poder... No obstante esto, la Iglesia sigue siendo la "tierra buena" donde cae la palabra de Dios y produce treinta, sesenta, ciento por uno. Antonio mira a la Iglesia con ojos de profeta y no desespera ante sus pecados. Conoce su misterio y su historia:

Dios dijo: Produzca la tierra yerba verde (Gén 1,11). Tierra es el cuerpo de Cristo, que fue triturado por nuestros pecados (Is 53,5). Tierra que fue cavada y labrada por los clavos y la lanza. De ella se dice: la tierra cavada dará frutos en el tiempo deseado (Is 53,5). La carne de Cristo en que cavaron dio el fruto del Reino celestial. Produjo hierba verde con los Apóstoles, semilla de predicación con los mártires y árboles que dan fruto por los confesores y vírgenes...

... Esta estatua de Nabuconosor (Dn 2,31-33) representa a la santa Iglesia, que con los apóstoles tuvo la cabeza de oro, según se lee en los Cantares: Su cabeza de oro finísimo. Los brazos y el pecho, en donde el valor es más subido, los tuvo de plata: la Iglesia de los mártires, que permanecieron en pie, llenos de valor en el combate. Por eso dice el Esposo en los Cantares a esa misma Iglesia: Garganta de oro haremos para ti (1,10). Los collares son unas cadenas que se tejen con varillas de oro y de plata. Las gargantillas de la Iglesia fueron la humildad y la pobreza, que ella tuvo en tiempo de los apóstoles, y que en la era de los mártires fueron como taraceadas de plata, es decir, rubricadas con su sangre para que aparecieran más hermoseadas. La plata y el oro de la sangre de los mártires es la que purifica sus vestidos; unidos con la pobreza y humildad de los apóstoles, presentan ante los ojos de nuestra mente una maravillosa belleza. De igual modo tuvo la Iglesia hierro y cobre en los confesores, que, con la voz de su predicación, quebrantó la perversidad de los herejes. El coro de los confesores, calzados con el cobre de la predicación y el hierro de la constancia indomable, hollaron las serpientes y los escorpiones, es decir, a los herejes y cismáticos. Por eso dice el Señor por boca de Jeremías: Yo he contado hoy con una ciudad fuerte, y con una columna de hierro y un muro de cobre contra toda la tierra... Fíjate en estas tres palabras: ciudad, columna y muro. En la ciudad fuerte está simbolizada la unidad, que en verdad hace fuertes y con tal fortaleza protege; en la columna de hierro está simbolizado el amor fraterno, que sostiene firmemente; en el muro de cobre está simbolizada la fuerza invencible de la paciencia y la asiduidad en la predicación, con la que derrotan a los forjadores de la mentira.

 El conocimiento de Dios es el anhelo de Antonio en sus estudios y también en su contacto con la creación. Por ello su deseo, para sí y para los demás, es la vida eterna, entrar en la comunión de amor de la misma Trinidad:

La granada significa la unidad de la Iglesia triunfante y la diversidad de premios. Se llama granada, porque tienen dentro granos de olor agradable. Como en la granada se ocultan todos los granos bajo una sola corteza y, sin embargo, cada grano tiene su alveolo distinto, así en la vida eterna todos los santos tendrán una sola gloria, un denario y un goce. Sin embargo, cada uno tendrá su celda o habitación propia, porque en la misma Trinidad son diversas las personas. Pues una es la claridad del sol, otra la de la luna y otra la de las estrellas. Sin embargo, en desigual claridad, será igual el gozo, porque así me gozaré de tu bien como del mío, y tú del mío como del tuyo. De ahí la palabra del Señor: En la casa de mi Padre hay muchas moradas.

 14. DOS SERMONES

 (FRAGMENTOS)

 El monasterio de Santa Cruz de Coimbra se inspiraba en la espiritualidad de los maestros Hugo y Ricardo de San Víctor de París. Para el monasterio de San Víctor de París la Biblia ocupaba el primer puesto entre todas las ciencias, siendo la primera preocupación del teólogo deducir de la Escritura la enseñanza destinada a fortalecer la fe y a modelar la vida cristiana. Para ello, esas escuelas recurrían a los Padres de la Iglesia: Orígenes, Jerónimo y sobre todo a Agustín, que había enseñado a extraer los sentidos de la Biblia: el sentido literal y el sentido espiritual, que a su vez comprendía la alegoría, aplicaciones morales y referencias a la vida futura. En los Sermones, Antonio no hace más que aplicar estos métodos de exégesis con miras a los predicadores encargados de instruir la fe de los cristianos y reformar sus costumbres. Busca la gloria de Dios y la edificación de las almas.

 Antonio, el docto, no se dedica a especulaciones abstractas; conoce bien la condición de vida de los hombres e instituciones y busca su conversión. En sus escritos le gusta fotografiar la vida de un modo simple, que todos puedan entender. Se fija en tres momentos fundamentales: nacimiento, decisiones personales y muerte. Se entretiene, sobre todo, en el segundo momento. Antonio sostiene que la vida es una continua conversión al plan de Dios sobre el hombre. El camino de la salvación y de la vuelta al Padre es una conversión continua, pues la vida es un combate permanente entre el bien y el mal. Después de haber recogido tantas citas de cada uno de los treinta y seis sermones, deseo ofrecer dos amplios fragmentos, que nos muestren, además del contenido, el estilo de los Sermones.

 1. ACOGIDA DE LOS PECADORES: (Tercer domingo de Pentecostés)

 Los publicanos y los pecadores se acercaban a Jesús para oírle (Lc 15,1). Se dice en el segundo libro de Samuel que Benaías hijo de Yehoyadá bajó y mató a un león dentro de un pozo, un día de nieve (2Sam 23,20). Banaías quiere decir albañil del Señor y significa el predicador, el cual, con la argamasa de la palabra divina junta las piedras vivas, los fieles de la Iglesia, en la unidad del espíritu (Esd 3,7). De este albañil dice el Señor al profeta Amós: ¿Qué ves, Amós? Yo respondí: Una llana de albañil. El Señor dijo entonces: ¡He aquí que yo voy a poner una llana en medio de mi pueblo Israel! (Am 7,8). La llana es un hierro ancho, con que se enlucen las paredes, porque encierra con cal o con barro las piedras. La llana representa la predicación, que el Señor ha puesto en medio del pueblo cristiano, para que sea común a todos y abarque con su anchura al justo y al pecador y una en Cristo a los creyentes con la cal de la caridad.

 El predicador debe ser hijo de la ciencia y del conocimiento. Debe primero saber lo que predica; luego debe reconocer en sí mismo si vive conforme a lo que predica. De este conocimiento careció Balaán (Nú 24,15-16). El ojo de la razón del predicador perverso está cerrado; el cual, aunque vea por la ciencia la doctrina del Altísimo, sin embargo, no la conoce por experiencia. En cambio, el verdadero predicador desciende de la contemplación de Dios para instruir al prójimo, y mata al león, es decir al diablo, o el pecado, que está en la cisterna, en el alma fría de los pecadores.

 Como dice el Evangelio de hoy: Los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este acoge a los pecadores y come con ellos. (Lc 15,1). Jesús acoge a los pecadores cuando infunde en los penitentes la gracia de la reconciliación. Leemos en San Lucas: Corrió el padre a su encuentro, se echó a su cuello y le besó efusivamente (Lc 15,20). El beso del padre significa la gracia de la reconciliación divina. Jesús come con ellos, con los penitentes, a quienes su gloria saciará de riquezas en el día del descanso eterno. Así leemos en el segundo libro de Samuel: Todas las tribus acudieron entonces a David, en Hebrón, y le dijeron: Aquí nos tienes, somos tu misma carne y sangre (2Sam 5,1). Con unidad de espíritu, todos se presentan a David, que es figura de Jesucristo, en Hebrón, es decir, en la contrición del corazón. En la contrición del Espíritu Santo, Cristo se une como esposo al alma, su esposa arrepentida de sus pecados.

 Aquí nos tienes, dicen, somos hueso de tus huesos. Así los penitentes dicen a Cristo: Ten compasión de nosotros, perdona nuestros pecados, porque somos hueso de tus huesos y carne de tu carne. Por nosotros, los hombres, te hiciste hombre, para redimirnos. En efecto, por tus padecimientos aprendiste a ser compasivo. No podemos decir a un ángel: Aquí estamos, somos hueso de tus huesos, carne de tu carne. Pero a ti, Dios, Hijo de Dios, que tomaste nuestra carne, verdaderamente podemos decir: Aquí estamos, somos carne de tu carne, hueso de tus huesos. Por consiguiente, ten compasión de tus huesos y de tu carne. Eres nuestro hermano, nuestra carne (Gén 37,27) y, por eso, estás obligado a tener misericordia y compadecerte de las miserias de tus hermanos. Tú y nosotros tenemos un solo Padre; tuyo por naturaleza, nuestro por gracia. No nos prives, pues, de la herencia del Padre, porque somos tus huesos y tu carne. Los hijos de Israel se llevaron de Egipto los huesos de José a la tierra prometida (Jos 24,32). Tú, de las tinieblas de este Egipto, llévanos a nosotros, tus huesos, a la tierra de la bienaventuranza, porque somos tus huesos y tu carne. Con razón dice: Los publicanos y los pecadores se acercaban a Jesús.

 Para oírle. Sobre esto también concuerda lo que dice el segundo libro de Samuel, donde dice que el rey David se levantó y vino a sentarse a la puerta. Se avisó a todo el ejército y toda la gente se presentó ante el rey (2Sam 19,9). Jesucristo, Rey de reyes, nuestro David, que nos libró de la mano de nuestros enemigos, se levantó cuando salió del seno del Padre y se sentó a la puerta, es decir, se humilló, encarnándose en la Santísima Virgen María, de la cual dice Ezequiel: Esta puerta permanecerá cerrada. No se abrirá, y nadie pasará por ella, porque por ella ha pasado el Señor, el Dios de Israel. Quedará, pues, cerrada. Pero el príncipe sí podrá sentarse en ella para tomar su comida en presencia del Señor (Ez 44,2-3). Estuvo cerrada para el príncipe de este mundo, el diablo (Jn 12,31); y sólo el príncipe Cristo se sentó en esa puerta por la humildad de la carne asumida; para comer su pan delante del Señor, o sea, para cumplir la voluntad de Dios. Mi alimento, dice, es cumplir la voluntad de mi Padre (Jn 4,34).

 Los apóstoles anunciaron a todo el pueblo que el Rey estaría sentado en aquella puerta, es decir, que había tomado carne de María Santísima. De esta forma toda la multitud de los penitentes y de los fieles vino delante del rey, dispuesta a obedecerle en todo. Y Este acoge a los pecadores. Con esto concuerda lo que se lee en el segundo libro de Samuel: Absalón fue llamado, entró donde el rey y se postró rostro en tierra delante del rey. El rey David besó a Absalón (2Sam 14,33). Este es el penitente que, por medio de la penitencia, ha hecho la paz con Dios Padre, a quien ofendió pecando. Este, llamado, con el corazón contrito entra en la presencia del rey por la confesión y lo adora rostro en tierra, mortificando la tierra de su carne y teniéndose por vil e indigno. El rey lo acoge como hijo con el beso de la reconciliación.

 De esta acogida habla el introito de la misa de hoy, donde el pecador convertido dice: Mírame, ten piedad de mí, que estoy solo y desdichado. Alivia los ahogos de mi corazón, hazme salir de mis angustias. Ve mi aflicción y mi penar, quita todos mis pecados (Sal 25,16-18). Mírame con ojos de misericordia, tú que miraste a Pedro, y ten piedad de mí, perdonando mis pecados; porque estoy solo, acompáñame; estoy pobre, vacío, llena tú este vacío. Y come con ellos. Concuerda esto con lo que se lee en el libro de Samuel, donde se dice que Meribbaal comía a la mesa de David como uno de los hijos del rey. Vivía en Jerusalén y comía siempre a la mesa del rey (2Sam 9,11-13). Es lo que dice también el Señor en el Evangelio: Dispongo un Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mi, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino (Lc 22,29-30).

 Con esto concuerda la epístola de hoy, en la cual Pedro dice a los pecadores convertidos: Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios para que, llegada la ocasión, os ensalce; confiadle todas vuestras preocupaciones, pues El cuida de vosotros (1Pe 5,6-7). Bajo la poderosa mano de Dios, que derriba a los poderosos y exalta a los humildes (Lc 1,52), humillaos para que os exalte hasta la mesa celeste en el tiempo de su visita.

 Pidamos, pues, a nuestros Señor Jesucristo que haga que nosotros pecadores nos acerquemos a El y le escuchemos. Que se digne acogernos y alimentarnos consigo a la mesa de la vida eterna...

 Ayúdenos el mismo que libertó la oveja perdida, Adán con toda su descendencia, de las fauces del lobo, que es el diablo, y, gozoso, cargó con ella sobre sus hombros, sujetos a la cruz, devolviéndola a la casa de la felicidad eterna. Con semejante hallazgo dio gozo también a los ángeles.

 2. EL BUEN PASTOR (Domingo segundo después de Pascua).

 Jesús dijo a sus discípulos: Yo soy el buen pastor (Jn 10,11). Cristo nos apacienta todos los días en el sacramento del altar con su carne y sangre. Nuestro pequeño y humilde David (1Sam 16,11), como buen pastor, apacienta las ovejas. Este es nuestro Abel, que fue pastor (Gén 4,2). A cerca de este pastor dice Ezequiel: Yo suscitaré para ponérselo al frente un solo pastor que las apacentará, mi siervo David, esto es, mi Hijo Jesús; él mismo las apacentará y será su pastor (Ez 34,23). Y en Isaías: Como pastor pastorea su rebaño; recoge en brazos los corderitos, en el seno los lleva, y trata con cuidado a las paridas (Is 40,11). Habla como un buen pastor, que al llevar o traer su rebaño de los pastos, toma en sus brazos los corderos pequeños, que no pueden caminar y los lleva en su seno; y va al paso de las paridas, preñadas y cansadas.

 De modo semejante nos apacienta Jesucristo todos los días con el Evangelio y con los sacramentos de la Iglesia; nos reunió con sus brazos extendidos en la cruz, como dice San Juan: Para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos (Jn 11,52). Como una madre toma al hijo, así nos tomó en el seno de su misericordia. Por lo cual dice Oseas: Yo enseñé a Efraín a caminar tomándolo en mis brazos (Os 11,3). Nos nutre con su sangre como si fuera leche. En el pecho fue herido por la lanza en el monte Calvario de nuestra salvación, para darnos su sangre como la madre da la leche al hijo. Y nos acogió en sus brazos extendidos en la cruz.

 De ahí lo que dice San Pedro en la epístola de hoy: El llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, a fin de que, muertos a nuestros pecados, vivamos para la justicia; con sus heridas hemos sido curados (1Pe 2,24). El mismo cuida de las preñadas, es decir, de las almas de los penitentes, cargadas con el peso del pecado, herederos de la vida eterna. Por eso dice en el Exodo: Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí (Ex 19,4). Hunde a los egipcios, esto es, a los demonios y los pecados en el mar Rojo, es decir, en la amargura de la penitencia (Sal 136,10), enrojecida con la sangre de las lágrimas y de la mortificación, y levanta a los penitentes sobre las alas del águila cuando, menospreciando los bienes terrenos, los eleva a los celestiales, para que contemplen, sin encandilarse, el sol de justicia. Con razón dice: Yo soy el buen pastor.

 El buen pastor da la vida por sus ovejas (Jn 10,11). Esto es lo propio del buen pastor: dar la vida por las ovejas. De ellas dice Pedro al final de la epístola: Erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras almas (1Pe 2,25). ¡Mira que gran misericordia! De ella se dice en el introito de la misa de hoy: De la misericordia del Señor está llena la tierra.

 Las ovejas por las que dio su vida el buen pastor, Jesucristo, son las siete Iglesia de las que habla el Apocalipsis, que se lee este domingo (Ap 1,10-16). Los siete candelabros de oro significan todas las iglesias, que arden y están iluminadas por la sabiduría del Verbo divino. Como el oro, purificado en el crisol, extendido a golpes, se convierte en un candelabro, así la Iglesia llega a la perfección cuando es purificada por las tribulaciones y alargada por los golpes de las tentaciones. Y en medio de los siete candelabros vi a un hombre semejante al Hijo del hombre, es decir a Cristo, con cinto de oro ceñido al pecho, es decir, con el cíngulo de la caridad, por la cual se entregó a la muerte por nosotros...

 Sus pies, los predicadores que le llevan por todo el mundo, parecían de auricalco acrisolado, porque brillan con la claridad de la sabiduría y con la sonoridad de la elocuencia. Su voz es como ruido de grandes aguas, pues su voz es manantial de gracia. Por lo cual continúa: Tenía en su mano derecha siete estrellas, o sea, los siete dones del Espíritu Santo. Las siete estrellas son también los obispos, que deben ser luz para los demás con la palabra y el testimonio. Y de su boca salía una espada de dos filos. De su boca, o sea, por insinuación suya, salió la predicación, que pone a raya las obras de la carne con el Antiguo Testamento y refrena las concupiscencias con el Nuevo. Su rostro como el sol cuando brilla con toda su fuerza. Rostro de Cristo son los buenos prelados de la Iglesia y todos los santos. Conocemos a Cristo a través de ellos, como si fuesen su rostro. Brillan como el sol cuando está en toda su fuerza, es decir, a mediodía y sin nubes, es decir, se volverán semejante al verdadero sol, Jesucristo. Y el rostro del prelado son sus obras, a través de las cuales es conocido como lo es por su rostro. Por sus frutos los conoceréis (Mt 7,16). Si sus obras son buenas, resplandecerán como el sol cuando está en todo su esplendor. De ahí la palabra del Señor: Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5,16). Si tal fuere el prelado, de verdad podrá decir: Yo soy el buen pastor.

 Dichoso el prelado de la Iglesia que puede decir con verdad: Yo soy el buen pastor. Para ello es necesario que sea semejante al Hijo del hombre y esté en medio de los siete candelabros de oro, que ve San Juan. Estos indican las siete cualidades necesarias del prelado de la Iglesia: pureza de vida, conocimiento de la Sagrada Escritura, facilidad de expresión, oración, misericordia para con los pobres, disciplina para con los súbditos, cuidado solícito del pueblo que le fue confiado. Estos son los siete candelabros que iluminan todas las Iglesias reunidas por el espíritu de gracia septiforme. En medio de ellos el prelado, semejante al Hijo del hombre, que es Jesucristo, debe caminar en pobreza, humildad y obediencia, vestido con túnica talar, que significa la castidad del cuerpo y del corazón.

 Cantad al Señor un cántico nuevo (Sal 96,1). El cántico nuevo es el conocimiento de la Sagrada Escritura. Todas las ciencias mundanas y lucrativas son un cántico viejo, el canto de Babilonia. Sola la Teología es cántico nuevo, que resuena dulcemente a los oídos de Dios y renueva el alma. Esta debe ser el cántico de los prelados. ¿Por qué los hijos de Israel, que son los prelados, bajan al país de los filisteos (1Sam 13,19-20), que significa los que se tambalean por la bebida? Descienden precisamente para embriagarse con la bebida de la dignidad transitoria, de la gula y de la lujuria, con la ambición de la vanagloria y del dinero y, después de haberse embriagado, caer en lo profundo del infierno... Más bien debían perseverar en la oración, que realmente ilumina. Dice el Apocalipsis: La ilumina la gloria de Dios y su lámpara es el Cordero (Ap 21,23). El cordero se caracteriza por la inocencia y la sencillez, virtudes especialmente necesarias al que ora. Lo contrario del espino. El espino es la avaricia, amarga y sin fruto. La ortiga significa la lujuria de la carne, En vez de la ortiga el Señor hace crecer el mirto de la continencia (Is 55,13).

 La puerta es Cristo (Jn 10,9). No entra por ella quien busca los propios intereses, en vez de buscar los de Cristo (Flp 2,21). Es salteador el que, por simonía, consigue una prelatura, usurpando el oficio de pastor. Hace suyas las ovejas que ha robado al Señor. Y ladrón es el que finge ser un santo; se hace pasar por oveja cuando en realidad es un lobo. Con la espada de la discordia y de la envidia, los ladrones y salteadores, los prelados simoníacos, se matan unos a otros, cuando se calumnian, murmuran y ladran contra sí mismos. Como asalariados, sólo sirven a la Iglesia por el salario que perciben. De ellos dice San Juan: En verdad os digo: vosotros me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado (Jn 6,26).

 Este mercenario no es pastor sino ídolo. De ahí lo que dice Zacarías: ¡Ay del pastor e ídolo que abandona las ovejas! (Zac 11,17). Dice pastor inútil o ídolo. Lo dice corrigiéndose, como si dijera: no es realmente pastor sino ídolo. El ídolo tiene nombre de Dios, pero no lo es. Lo mismo sucede con el mal pastor, que abandona el rebaño, porque no son suyas las ovejas. El mercenario vende, como negociante, la paloma de la gracia de Dios (Jn 2,13), que ha de ser dispensada gratuitamente, y así se convierte la casa de Dios en casa de negocio. Según dice Oseas: Canaán tiene en su mano balanzas engañosas, es amigo de hacer fraudes (Os 12,8). Canaán quiere decir negociante (Nú 14,43;Pr 31,21) y significa el mercenario de la Iglesia que, entregado a negociar, no cuida las ovejas de Dios. En su mano tiene una balanza engañosa, porque predica una cosa y vive otra (Mt 23,4). Predica la pobreza, siendo avariento; la castidad, siendo lujurioso; el ayuno y la abstinencia, estando dominado por la gula; pone cargas pesadas e insoportables en los hombros de los hombres y él ni con el dedo quiere moverlas (Mt 23,4).

 El asalariado, que no es pastor, a quien no pertenecen las ovejas, ve venir el lobo, abandona las ovejas y huye. Aquel abandona y éste arrebata; aquel huye y éste dispersa. El diablo, como el lobo, prepara emboscadas a las ovejas, a los fieles de la Iglesia, agarrándolos por la garganta para que no confiesen sus pecados. Tan grande es su soberbia que no puede, lo mismo que el lobo, doblar su cerviz a la humildad. Embiste de frente con el ímpetu de la tentación. Sólo puede ser burlado por los santos, que ya conocen sus astucias.

 Sigue diciendo: Yo soy el buen pastor y conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí. Como me conoce el Padre y yo conozco al Padre, y doy mi vida por mis ovejas (Jn 10,14-15). Después de presentar al pastor fingido, contrapone la imagen del verdadero pastor, Cristo, que conoce a sus ovejas, marcadas con su carácter. Estas ovejas tienen su nombre y el nombre del Padre escrito en su frente (Ap 14,1). Con esto coincide lo que se lee en el Apocalipsis: Y oí el número de los marcados con el sello (Ap 7,4-8).

 Con el simbolismo de los doce nombres de las tribus de Israel se indica la perfección de la gloria y de la gracia; para alcanzarla hay que estar marcado con la Tau en la frente. De ahí la palabra de Ezequiel: Llamó el Señor al hombre vestido de lino y le dijo: pasa por la ciudad, por Jerusalén, y marca con una Tau (cruz) la frente de los hombres que gimen y lloran por todas las prácticas abominables, que se cometen en medio de ella (Ez 9,4). El hombre vestido de lino es Jesucristo, vestido con el lino de nuestra carne. El Padre le mandó que grabase una Tau, es decir, la señal de la cruz y la memoria de su Pasión, en la frente, o sea, en el espíritu de los penitentes, que gimen por la contrición y se duelen en la confesión de todas las abominaciones, que ellos mismos u otros cometen o han cometido. Es el cordón rojo de Rajab puesto en la ventana (Jos 2,17-18), que es el signo de la Pasión del Señor, puesto, como recuerdo para nuestros sentidos, en la ventana. Por eso debemos hacer lo que el Señor mandó en el Exodo: Tomaréis un manojo de hisopo y lo mojaréis en la sangre que está en la vasija y untaréis el dintel y las dos jambas de la puerta (Ex 12,22). A todos los que estén marcados con esta señal, el Señor los conocerá y ellos conocerán al Señor. Por eso dice: Yo conozco mis ovejas y ellas me conocen a mí, como el Padre me conoce y yo conozco al Padre. El Hijo conoce al Padre por sí mismo, nosotros conocemos al Padre por el Hijo (Mt 11,27).

 Y doy mi vida por la ovejas. Esta es la prueba de amor para con el Padre y para con las ovejas. De esta manera también a Pedro, habiendo hecho por tres veces confesión de amor, le fue encomendado apacentar las ovejas y morir por ellas (Jn 10,15). Por eso el Señor le dice tres veces: Apacienta, apacienta, apacienta (Jn 21,15-17). No le dijo: Trasquila, trasquila, trasquila.

 Las ovejas son los fieles de la Iglesia de Cristo. Esta es la mujer de la que se dice en el Apocalipsis: Una gran señal apareció en el cielo: una mujer, vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta y grita con dolores de parto y con el tormento de dar a luz (Ap 12,1-2). Esta mujer significa, pues, la Iglesia, llamada justamente mujer por la fecundidad de tantos hijos, nacidos del agua y del Espíritu Santo. Mujer vestida de sol. El sol es Jesucristo, que habita una luz inaccesible (1Tim 6,16). Con su fe y su gracia está vestida la santa Iglesia. Date cuenta que el sol tiene tres propiedades: blancura, fulgor y calor; la blancura de la castidad, el brillo de la humildad y el calor de la caridad. Con estas tres virtudes está hecho el manto del alma fiel, esposa del Esposo celestial.

 Con la luna bajo sus pies. Luna, por sus continuos cambios, significa la inestabilidad de este estado miserable. Por eso se dice en el Eclesiástico: El necio cambia como la luna (Eclo 27,12; Vulgata). Desde el cuarto creciente de la soberbia hasta la luna llena de la concupiscencia carnal, y viceversa, el necio, es decir, el amante de este mundo, está cambiando. La Iglesia debe tener bajo sus pies esta mudanza de las cosas caducas. Fíjate que en la luna se dan tres propiedades, opuestas a las del sol: mancha, oscuridad y frialdad. El cuerpo del pecador está manchado con la lujuria, se ciega con la oscuridad de la soberbia y se enfría con el hielo del odio y del rencor. La mujer debe tener esta luna bajo sus pies.

 Y una corona de doce estrellas sobre su cabeza... Las doce estrellas son los doce Apóstoles, que iluminan la noche de este mundo. Vosotros, dice el Señor, sois la luz del mundo (Mt 5,14). La Iglesia tiene hijos que concibió de la semilla de la palabra de Dios; grita como parturienta por los que hacen penitencia; sufre tormentos por dar a luz a los pecadores que convierte. Por eso, ella misma dice con palabras de Baruc: Os despedí con duelo y lágrimas, pero Dios os devolverá a mí con gozo y alegría (Bar 4,19-23). Esto acontece el miércoles de ceniza, cuando los penitentes son echados fuera de la Iglesia, y el Jueves Santo, cuando son recibidos...

 Te pedimos, Señor Jesús, que tú, el buen Pastor, nos guardes a nosotros, tus ovejas, nos defiendas del mercenario y del lobo, y nos corones en tu reino con la corona de la vida eterna.

 15. HA MUERTO EL SANTO

 Güelfos y Gibelinos están en lucha constante. Padua pertenece al partido de los Güelfos; frente a ella está su rival Verona, regida por Ezzelino, lugarteniente de Federico II. En la guerra entre ambas ciudades, el conde Ricardo de Sanbonifacio, caudillo de los güelfos, cae prisionero de Ezzelino, con muchos de sus partidarios. A primeros de mayo de 1231, las autoridades de Padua encargan a Antonio una misión de paz ante el conde Ezzelino, que retiene prisioneros a algunos notables de Padua. "El santo hombre, confiando en la fuerza de Dios, se encaminó hacia Verona y, con gran insistencia, pidió al conde y a sus consejeros que liberaran a los prisioneros. Pero fue despreciado en todo y no se le concedió nada de lo que pedía". Sin embargo, poco tiempo después, en 1232, Ezzelino libera a los prisioneros; pero vuelve enseguida a las andadas, llegando a encerrar en prisión durante dieciséis años al mismo obispo de Padua.

 A su regreso de Verona, donde no ha sido escuchado, Antonio se siente cansado y abatido. Sólo le queda refugiarse en la pasión del Señor, de la que, según escribe, "hemos de servirnos como de un sudario para secar el sudor de nuestras fatigas y la sangre de nuestra pasión". El ha aprendido a no juzgar a nadie más que a sí mismo:

David maldecido por Semeí dice: Dejadle que maldiga, pues se lo ha mandado el Señor (2Sam 16,7-13). Con estas palabras indica que cuando huía del hijo, que se había rebelado contra él, se acordó del mal que había hecho pecando con Betsabé (2Sam 11). Pensó que los insultos más que ofensas eran ayuda, pues con ellas creyó poderse purificar y que Dios se compadecería de él. Toleramos bien los insultos recibidos cuando recordamos, en el secreto del corazón, los males que hemos cometido. Leve, en verdad, nos parecerá el ser golpeados con injurias, cuando vemos que hemos merecido algo peor. Por ello debemos agradecer las ofensas en vez de airarnos cuando las recibimos.

Si quieres reprender a alguien mira antes si tú eres como él. Si lo eres, llora a la vez y no pretendas que te obedezca; ruega y exhorta que lo procure juntamente contigo. Si no eres como él, pero lo fuiste o pudiste serlo en otro tiempo, condesciende y reprende, no desde el odio, sino desde la misericordia. ¡Ojalá el ojo que todo lo ve se viera a sí mismo!

 Antonio no se queda en el convento de Santa María Mater Domini. Necesita descanso y tranquilidad, porque las gentes no dejan de asediarle. Aunque, por ser la época de cosechar los campos, donde la gente pasa el tiempo, Antonio se siente más libre y cree conveniente retirarse a Camposanpiero, buscando un poco de alivio al calor de la ciudad. El conde Tiso es un convertido de Antonio, que posee el castillo de Camposanpiero y ha donado a los Hermanos Menores un terreno de su propiedad, cercano a su castillo. Allí ha construido para los frailes un eremitorio y una capilla, para que se retiren cuando tengan necesidad de paz y descanso y para asegurar los servicios religiosos de lo trabajadores de sus tierras. Como Antonio se halla exhausto, allí es conducido, probablemente en una carroza del conde.

 Rodeando el castillo hay un espeso bosque y en él un gigantesco nogal con un tupido ramaje en forma de corona. En las ramas del grueso nogal encuentra Antonio un poco de alivio durante el día. Sentado en ese nogal, en oración con el Señor, en otras ocasiones ha preparado su predicación. Ahora prepara su encuentro con el Señor. Por la noche se reúne con los demás hermanos. Sobre el nogal Antonio pasa las horas en paz y oración. "Así, dice la Assidua, elevándose a las alturas, mostraba que se aproximaba al cielo. Y aquella fue su última mansión entre los mortales". Desde el nogal, a solas con Dios, contempla la historia que Dios ha hecho con él y le parece todo un milagro. Su vida ha sido una peregrinación continua y veloz. Desde la infancia tranquila hasta la vida monástica, estudiosa y segura, para salir de ella hacia la experiencia franciscana, vivida en una itinerancia casi continua por los caminos de la tierra, pero sobre todo siguiendo un continuo itinerario interior, que él no programaba. Siempre llevado en alas del Espíritu, que como el viento no sabes de donde viene ni a donde te lleva, aunque va dejando sus huellas en el corazón, como memoriales de su paso.

 Antonio, con la luz del Espíritu, que le recuerda todo lo que Cristo le ha dicho y hecho con él, va recordando esos memoriales: el combate interior de su adolescencia con la victoria de la cruz de Cristo, los deseos de huir de la tentación, el desgarrón de su corazón y la alegría interior al romper los lazos de familia y amistades, las delicias de las horas pasadas con la Escritura, las experiencias nunca borradas de las liturgias en los dos monasterios agustinos, la turbación profunda de las intrigas de Coimbra con sus noches oscuras antes de abandonar a los agustinos y pasar a la simplicidad de los franciscanos, las ansias de martirio, la desilusión del fracaso de su primera misión en Marruecos, la soledad y el anonimato al desembarcar en Italia, la conmoción interior a la vista de Francisco, el susto de la fama inesperada y repentina, el don inefable de haber consumido su vida sin interrupción por los demás, el agotamiento suscitado por el tumulto de las multitudes, sólo compensado por la alegría de ver a los pecadores volver a la casa del Padre, la nostalgia de soledad, de retiro para la contemplación del Señor, la alegría purificadora, como espina en la carne, de su permanente enfermedad... Y aún le queda el final, que es ya su único deseo: ver a su Señor.

 Sufriendo de hidropesía -los tejidos acumulan demasiada agua- no puede caminar con facilidad. Su persona aparece cansada y pesada. El aire de Camposanpiero, más saludable que el de la ciudad, oscurece cada día más "su piel aceitunada es común a la de tantos portugueses", pero arrugada por la aspereza de las penitencias y como consecuencia de las altas fiebres que sufrió en el norte de Africa.

 Viste un saco que le cubre el cuerpo y dos tubos de la misma vasta estofa, cosidos en la parte alta, formando una cruz, le cubren los brazos. Una vasta capucha le cubre la amplia tonsura de la cabeza. Todo ello atado por el cordón de esparto.

 Hidrópico y asmático, apenas logra conciliar el sueño; respira mal y sufre dolores continuos. En una de estas noches de insomnio, mientras ora y reflexiona sobre su fin inminente, tiene la visión consoladora del Niño Jesús. El amigo Tiso, yendo a ver cómo se encuentra, se siente atraído por la luz que envuelve la celda y asiste conmovido a la escena. Hizo propósito de no contarlo a nadie; pero, una vez muerto Antonio, se sintió libre de la promesa y reveló el suceso. Murillo, y otros muchos artistas, han representado a Antonio con el Niño Jesús, como el sello distintivo de la vida de Antonio, gastada y gastada en el amor a Jesucristo.

 Esta última estadía en Camposanpiero no dura más que unas tres semanas. La "hermana muerte", a la que Francisco ha cantado, va a visitarle en la tarde del viernes 13 de junio de 1231. No es una sorpresa para Antonio; la está esperando. El ha escrito: "la vida humana es semejante a un puente. Y el puente está hecho para pasar por él, no para quedarse en él". La muerte es el final del puente, que le lleva al encuentro con el Padre:

Con la muerte todos volveremos a Dios, como el navegante entra en la ensenada tranquila de un puerto; escapados de la tormenta del mundo, nos encontraremos en la paz de la vida inmortal. Volveremos a Dios como el niño, que llora, se dirige al seno de su madre, que, acariciándolo, le seca las lágrimas; desde el llanto de este mundo los justos entrarán en la gloria, donde Dios les secará todas sus lágrimas.

 Sentado entre las ramas del nogal, Antonio se prepara para la muerte, seguramente repitiendo la oración que escribe como conclusión del Sermón del III domingo de cuaresma:

Oh Señora nuestra, esperanza nuestra, escucha esta plegaria. Tú, que eres la estrella del mar, brilla sobre nosotros sacudidos por la tempestad y guíanos al puerto. En la hora última de la muerte, confórtanos con tu presencia protectora, para que podamos evadir sin temor la cárcel del cuerpo y subir alegres al gozo inefable.

 Hijo de Francisco, Antonio escucha la voz de Dios en las criaturas que le rodean. Con ellas eleva su mente al Creador. El verdor del bosque, el canto de las aves, los templados soplos de la brisa de primavera, los rayos del sol, que se filtran entre las hojas del nogal, penetran su espíritu y le unen con Dios. Así pasa las últimas horas de su vida, cuya delgada tela estaba a punto de romperse, para gozar sin velos del encuentro con el Señor. Como sintetiza Juan Pablo II:

Después de haberlo desarraigado de su tierra y de sus proyectos de evangelización en ultramar, Dios lo llevó a vivir la experiencia franciscana sólo durante once años, pero asimiló hasta tal punto su ideal, que Cristo y el Evangelio se convirtieron para él en regla de vida encarnada en la realidad de cada día.

 El viernes, 13 de junio de 1231, a mediodía, la pequeña campana del eremitorio llama a los hermanos a su modesta comida en común. Antonio con dificultad desciende del nogal y, apoyado en sus dos compañeros, se dirige al convento. Se sienta a la mesa con los demás, pero apenas comienza a comer, siente un improviso malestar. Los hermanos le ven empalidecer y reclinar la cabeza sobre el pecho. Socorrido y animado por los hermanos, vuelve en sí, pero no tiene fuerzas ni para seguir comiendo ni para levantarse. Los hermanos le colocan sobre una cama de sarmientos. La enfermedad se agrava y, presintiendo su próximo fin, con voz apagada ruega a los hermanos Lucas y Ruggero que le lleven a Padua. Desea morir en la ciudad, en su convento. En el primer sermón para después de Pentecostés había escrito: "Haz, Señor, que podamos morir en el pequeño nido de nuestra pobreza".

 Es trasladado en un carro de labranza, arrastrado por dos bueyes y conducido por un labrador. Los saltos del camino de tierra y el sol abrasador son un martirio, que se prolonga unas cinco o seis horas. Llegado a las cercanías de la ciudad encuentran a fray Vinotto que, viendo el estado ya moribundo del hermano, aconseja que se detengan en el convento de Arcella. Allí todos comprenden que el final es inminente. Tumbado sobre una yacija, después de un tiempo en que está adormilado, Antonio pide a un religioso que le confiese y le dé la santa Unción. Con fervor sigue el "canto de los siete salmos penitenciales". Por un momento parece arrebatado en éxtasis y murmura: Video Dominum meum, veo a mi Señor. Antonio contempla a su Señor, a cuyo servicio ha consagrado toda su vida. Después, mientras el sol se oculta en el poniente, también él deja este mundo.

 Un biógrafo nos describe el aspecto exterior del cadáver de Antonio: "Tenía el color moreno, porque los españoles, vecinos de los moros, son todos de color moreno. Su estatura era inferior a la mediana; pero corpulento e hidrópico. Su fisonomía era delicada y tenía tal expresión de piedad que, desde luego, sin conocerle, se adivinaba en él un carácter apacible y santo. Su carne, que en vida era morena y rugosa por su origen español así como por su austera vida y por razón de su estado enfermizo, se tornó blanca y delicada después de su muerte. Esta, en vez de alterar sus rasgos y su mirada, volvió más serena y beatífica su expresión, de forma que parecía no difunto, sino vivo y dormido". Los frescos del Giotto, de fines del siglo XIII y principios del XIV, reflejan también esta imagen.

 Los hermanos, entristecidos, quieren ocultar a los extraños la muerte del hermano, pero en un momento la noticia de la muerte corre toda la ciudad. Los muchachos recorren las calles gritando: "Ha muerto el padre santo, ha muerto San Antonio". Una multitud se precipita al oír la noticia para a ver por última vez "al Santo"; muchos con la esperanza de poder, quizás, llevarse a casa como reliquia un trozo del sayal.

 Pronto se desencadenan también los intereses de las clarisas, de los habitantes del barrio y de los frailes, divididos a su vez: por un lado los de Arcella y por otro los de Santa María. Todos pretenden el cadáver del Santo. Al final, según el deseo de Antonio, es trasladado a Santa María. El obispo preside los funerales, bendice el ataúd y le encierran en una urna de mármol.

 Desde aquel mismo día, Antonio es venerado como santo por el pueblo. Y, antes de que pase un año de su muerte, Gregorio IX, después de escuchar la lectura de los milagros, inscribe a Antonio en el catálogo de los santos, ordenando que su fiesta se celebre el 13 de junio de cada año, aniversario de su nacimiento a la vida eterna:

Habiendo tenido ocasión de comprobar un día Nos mismo la santidad de su vida y su agradable trato, pues que vivió honorablemente algún tiempo cerca de Nos, a fin de que se le tributen en la tierra los honores al que es ya honrado en los cielos, hemos decidido inscribirlo en el catálogo de los santos. Y puesto que, según el evangelio, "nadie enciende una lámpara para ocultarla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero para que todos los que están en la casa vean la luz", y que Dios lo ha colocado, no bajo el celemín, sino en el candelero, ordenamos celebrar su fiesta el 13 de junio de cada año.

 Santo de todo el mundo, le llamó el Papa León XIII. Y Pío XII en 1946 le ha declarado Doctor evangélico de la Iglesia:

Por cuanto Antonio hizo un uso muy frecuente de textos y sentencias tomadas del Evangelio, con toda justicia y derecho se le debe el título de Doctor Evangélico. Y con tanta mayor razón cuanto que muchos Doctores en teología y predicadores de la divina palabra, que siempre bebieron y ampliamente beben hoy día su inspiración en ese manantial perenne de agua viva que es el Evangelio, consideran a Antonio como maestro suyo y Doctor de la Santa Iglesia, siendo los primeros los romanos Pontífices... No podemos pasar por alto la alabanza de máximo peso e importancia, la que Gregorio IX le tributó al oírle predicar y escuchar su conversación maravillosa, llamándole Arca del Testamento y Archivo de las Sagradas Escrituras.

 BREVE CRONOLOGIA

1188-1195: Nace en Lisboa. El año 1191 es la fecha probable; el 1195, la fecha oficial.

1198: Frecuenta la escuela catedralicia.

1208-1210: Entra en el monasterio de San Vicente de Fora, de los canónigos de San Agustín.

1212: Se traslada al monasterio de Santa Cruz de Coimbra.

1219: Probable ordenación sacerdotal.

1220: Deja los canónigos agustinos para hacerse franciscano y parte para Marruecos.

1221: Desembarca en Sicilia y participa en Asís en el Capítulo de las Esteras. Se retira al eremitorio de Montepaolo.

1223: Predica en Romaña y Rímini.

1224: Es nombrado maestro de teología. Enseña en Bolonia.

1224-1227: Predica en Francia y enseña en Montpellier, Tolosa y Puy-en-Veley.

1226: Es designado Custodio de Limoges. Muere Francisco de Asís.

1227: Vuelve a Italia y, en el Capítulo General es nombrado Provincial de la Romaña.

1230: Enviado a Roma, predica ante el Papa y los cardenales.

1230-1231: Enseña teología en Padua y compone los Sermones.

1231: Predica en Padua la cuaresma. Muere el 13 de junio.

1232: El 30 de mayo es canonizado en Espoleto por el Papa Gregorio IX.

1263: Se trasladan sus restos a la Basílica y se halla la lengua incorrupta.

1946: El 16 de enero, Pío XII le declara Doctor de la Iglesia, con el título de Doctor evangélico.

1994: El 13 de junio, Juan Pablo II escribe el mensaje "San Antonio, hombre evangélico", con motivo del VIII Centenario de su nacimiento.